
International BestSeller
Un libro de la colección
Bing Drake
SINFONIA
PARA
3

Un libro de
Dina Drake

Sinfonía de tres

2024
MailBox 09538
.24 X 19 cm - 23-565798|45622T- SDTUM-2
3457 M77 | 22 / G34H LD9323JB0
Tutti i diritti riservati.
È vietata Ia riproduzione totale o parziale di quest'opera, in qualsiasi forma, senza il permesso degli editori.
Edizione digitale

Prologo

En el corazón mismo de una encrucijada insondable, Tania Marston se hallaba perdida entre las sombras de la incertidumbre. Los sueños que una vez pintaron el horizonte de su juventud se desvanecían gradualmente ante la presencia avasalladora de Finn Eastwood, el maestro del piano cuyo recuerdo había tejido una red de nostalgia en su corazón durante años. La llegada de Finn no solo marcó un reencuentro, sino que desencadenó una tormenta emocional que sacudió los cimientos mismos de su ser, dejándola aturdida y sin aliento en su estela.

Sin embargo, un velo oscuro se cernía ominosamente sobre su vínculo, un secreto enredado que amenazaba con destrozar el delicado tejido de su incipiente conexión. Los susurros insidiosos y los rumores sibilinos que sugerían una relación ilícita entre la madre de Tania y Finn proyectaban una sombra lúgubre sobre el naciente romance. Enfrentada a esta verdad incómoda, Tania se vio atrapada en un dilema desgarrador, obligada a sopesar las consecuencias de una decisión que podría moldear el curso de su vida de manera irrevocable.

Capítulo 1

Tania Marston tenía catorce años, y fue la primera vez que vio a Finn Eastwood.
Estaba de vacaciones con sus padres. Había sido una de las pocas ocasiones en que su madre y su padre habían salido juntos. Aquella vez, en lugar de ir en avión a algún lugar exótico, habían cogido el coche para dirigirse a Red Hills.
Tania no podía recordar ni una sola de las vacaciones que había pasado con sus padres que no fuera una dura prueba emocional. Eran tan diferentes que jamás había podido entender cómo habían llegado a enamorarse. Abigail, la madre de Tania, era una mezzosoprano de fama nacional y carácter voluble; su padre, un contador seco y prosaico. Después de catorce años, el matrimonio estaba en un momento muy inestable. Tania se había enterado bastantes años más tarde de que esas vacaciones habían sido un último intento para arreglar sus diferencias y recobrar la magia que habían perdido. No había dado resultado. En cuanto su madre había descubierto que una de las razones por las que su marido las había llevado a Red Hills era poder visitar a un cliente adinerado, se había marchado de vuelta a Manchester, dejándole a Tania la tarea de apaciguar a su padre.
Trinas Bulevar, incluso en abril, no era el lugar más cálido del mundo; de hecho, lo primero que percibió Tania de Dirmorn fue un mar grisáceo que rompía entre el promontorio y un viento helado que sacudía las ventanas del castillo de la señora Bronson.
No era un castillo en realidad, aunque así lo parecía a la imaginación de Tania, quien, sentada junto a su padre en el coche que habían alquilado esa mañana, su madre se había llevado el familiar, se estremeció. Incluso su padre abandonó un momento la expresión taciturna que tenía desde la marcha de su esposa y le sonrió para tranquilizarla.
La residencia Bronson se alzaba en Dirmorn, expuesta a la furia de los elementos. Tenía un tejado inclinado de dos aguas, con un reborde almenado que le daba un aspecto medieval, y estrechas ventanas con postigos, debajo de unos pronunciados aleros. No era un edificio muy atrayente. La fachada de piedra le proporcionaba una apariencia sombría; a esa impresión contribuía la luz procedente del mar embravecido.
Cuando su padre detuvo el coche delante de la escalera que conducía a la entrada de la casa, Tania abrió la puerta y salió sin esperar su permiso. La curiosidad la impulsaba, al tiempo que en su imaginación empezaban a perfilarse los ocupantes de la mansión. Esperaba que un sirviente austero abriera la puerta y les invitara a entrar con un tono de voz sepulcral.
La realidad se desarrolló de una manera muy diferente. Efectivamente, la puerta se abrió mientras Clarence Marston salía del coche para reunirse con su hija, pero Tania comprendió que el joven que apareció no podía ser el mayordomo de nadie. Los mayordomos no llevaban la parte superior de un chándal y unos vaqueros ajustados, junto a los cuales sus pantalones de pana parecían el colmo de la elegancia; ni tenían el oscuro pelo largo y descuidado, o adoptaban ese aire de condescendencia cuando veían que alguien les observaba. Las mejillas de la chica se ruborizaron al notar que él

también la miraba con curiosidad, así que se alegró de que su padre se acercara.
— La señora Bronson está esperándome — dijo él, tendiéndole la mano al joven — . Me llamo Marston, Clarence Marston! Soy el contador de la señora Bronson.
— Ah, sí — contestó el joven y le estrechó la mano — . Ahora me acuerdo de que ha dicho algo de un contador. ¿Quieren entrar? Voy a avisarla de que está aquí.
Entró en la casa mientras el padre de Tania le hacía señas a ésta para que subiera.
— Vamos, deja de soñar. Por lo menos parece que voy a conseguir verla.
Tania se apresuró para alcanzarle y. cuando él le pasó un brazo por los hombros, repuso con perplejidad;
— ¿Has intentado ver antes a la señora Bronson?
— Sí, varias veces. Desgraciadamente, la señora Bronson puede permitirse no ser demasiado accesible, aparte de que no tiene mucho interés por el gobierno de sus propiedades.
— ¿Es muy rica? — preguntó Tania mientras pasaban a un vestíbulo sombrío.
— Muy rica — asintió él, sonriendo — . No lo parece al ver su casa, pero te aseguro que nuestra cliente no tiene ningún tipo de preocupación económica.
Tania lo observaba todo con interés. El vestíbulo no era muy amplio, pero se ensanchaba más allá de la curva de las escaleras. En esa parte había profusión de plantas y enredaderas colgantes, lo que le daba a la habitación el aspecto de un invernadero. A derecha e izquierda había cuatro oscuras puertas cerradas. Tania se preguntó por dónde se habría ido el joven.
Su curiosidad se vio satisfecha instantes después, cuando él apareció en lo alto de la escalera e invitó a su padre a subir.
— Ella le espera, señor Marston — dijo el joven, aunque la mueca de sus labios indicaba que sus palabras no eran del todo ciertas.
No obstante, el padre de Tania no quería dejar escapar la oportunidad y subió con ella.
Arriba se extendía un largo descansillo, del cual partía un pasillo con varias puertas y corredores. Tania se dio cuenta de que la casa era mucho más grande de lo que parecía.
— Aquí es — comentó, después de conducirles al final del pasillo, y abrió la puerta — . Señor Marston, la señora — anunció con una falta de respeto deliberada.
La anciana se incorporó de las almohadas de la enorme cama que dominaba la habitación con una expresión furiosa.
— Finn, te he dicho... — empezó a hablar, pero se interrumpió bruscamente al ver a Tania — . ¿Qué es esto? Finn, ¿quién es esta niña? Sácala de mi dormitorio inmediatamente. Sabes que no consiento que haya niños en mi habitación.
Tania pensó que la anciana parecía una hechicera, encogida en medio de la gran cama y gritándole al joven, a quien por cierto no parecían intimidarle lo más mínimo sus gritos. No le gustaba la señora Bronson, así como tampoco le gustaba su dormitorio. Éste estaba lleno de mesitas recargadas de adornos y sillones que olían a viejo.
— Tania es mi hija, señora Bronson — le explicaba Clarence Marston, turbado — . Su madre... Bueno, Tania está ahora a mi cuidado, y naturalmente no iba a dejarla en el hotel.
— Sus asuntos familiares no son de mi incumbencia, señor Marston — replicó la mujer. Entonces, vio que Finn se disponía a marcharse y le detuvo — . ¿Dónde vas? No te he dado permiso para marcharte. Entra y cierra la puerta mientras hablo. Hay corriente.

— No tengo tiempo — suspiró él, con la mano en el picaporte — . Encantado de conocerle, señor. Marston... Tania. Le diré a Caroline que suba más tarde para acompañar a tus visitas.
— ¡No harás tal cosa! — Exclamó la anciana, temblando de rabia — . No he terminado de hablar contigo, Finn. ¿Dónde vas? ¿Qué vas a hacer? No voy a consentir que destroces mis nervios sólo porque se te ha ocurrido alguna tontería...
— Ya sabes dónde voy a estar. Hablaremos después.
— De acuerdo, pero llévate a la niña — le ordenó la mujer — . No va a quedarse en mi habitación mientras mantengo una conversación confidencial. ¡Llévatela!
— Oh, pero... — murmuró Clarence Marston.
— Yo no soy una niñera — le interrumpió Finn, volviéndose hacia la puerta, pero esta vez fue la voz indignada de Tania lo que le detuvo.
— No me hace falta nadie que se haga cargo de mí, papá. Saldré a pasear por el acantilado para tomar un poco de aire fresco. Aquí... está bastante cargado.
— ¿Estás segura? — dijo su padre ansiosamente.
— Sí. Daré un paseo y luego te esperaré en el coche.
— No tienes por qué esperar en el coche, niña — intervino la señora Bronson — . Caroline, mi ama de llaves, te dará un vaso de limonada en la cocina si se lo pides con educación.
— No quiero un vaso de limonada, gracias. Hasta luego, papá.
El joven inclinó la cabeza burlonamente mientras le abría la puerta y después la siguió escaleras abajo. Tania estaba decidida a ignorarle por lo que había dicho de ella, pero él la cogió por sorpresa cuando la adelantó y se apoyó en la puerta antes de que pudiera abrirla.
— Bravo — dijo Finn admirativamente.
Aunque quería tratarle con indiferencia, como hacían todas las heroínas de las novelas que leía a escondidas en el dormitorio del colegio, la niña no pudo impedir que sus labios se curvaran cuando él sonrió.
— Es una mujer horrible — se justificó — . Todo el rato gritando y dando órdenes. No sé por qué la aguantas. ¿Trabajas para ella?
— Es mi abuela — contestó el joven, abriendo la puerta — . Pero no le digas que te lo he contado. No es una cosa de la que ninguno de los dos esté muy orgulloso.
Tania se estremeció al sentir el soplo helado del viento a pesar de que llevaba un anorak encima del jersey. Se preguntó cómo podía ir Finn tan tranquilo sin una chaqueta siquiera, pero la verdad era que no parecía sentir el frío.
Mientras bajaban las escaleras juntos, pensó que le gustaba hablar con él. Por eso, cuando Finn empezó a cruzar la extensión de césped salpicado de sal, que era lo único que separaba la casa del borde del acantilado, le preguntó dónele iba.
— A casa — respondió él, y los ojos verdes de Tania sé agrandaron por la sorpresa.
— ¿No vives aquí?
— ¿En la casa? No. La mía está ahí abajo — dijo señalando los acantilados — . No se ve desde la carretera.
Tania le siguió al borde del acantilado y se asomó a él. Un sendero prácticamente invisible por las hierbas que lo invadían bajaba por la ladera y desaparecía. Pero sobresaliendo de las rocas, ella pudo ver una barandilla de madera y se volvió para mirarle.

— ¿Esa es tu casa?
— La Casa de la Costa. sí.
— La Casa de la Costa... Qué nombre tan bonito. ¿Puedo verla?
— Creía que querías dar un paseo.
— Quería salir de esa habitación — exclamó Tania malhumorada — . Además, tu abuela y tú hablabais como si yo fuera una niña. No soy una niña. Casi tengo quince años.
— Y yo veintitrés. Reconozco que eres un poco mayor para que te cuide una niñera, pero en definitiva eres demasiado joven para que se te vea ir a casa conmigo.
— ¿Qué mal puede haber en eso? Sólo quiero ver la casa.
— Es mejor que no — repuso él, con un gesto de impaciencia — . Mira, lo siento si te he ofendido antes, pero no estoy acostumbrado a tratar a futuras feministas. Adiós. Ha sido un placer conocerte, Tania.
— También ha sido un placer conocerte a ti — murmuró Tania a regañadientes mientras veía cómo desaparecía de su vista.
De repente, el día se había quedado vacío de emoción.
Cómo podía tratar esa mujer a su nieto de esa manera, se preguntaba, arrastrando los pies por el césped. Era realmente una hechicera. Si ella fuera Finn, no aguantaría que la gritara así.
Él había sido muy agradable, siguió reflexionando para borrar de su mente la horrible imagen de la señora Bronson. Alto, moreno, delgado, atractivo... Hasta entonces ella había pensado que su padre personificaba todo lo que debía buscar en un miembro del sexo opuesto, pero Finn no se parecía en nada a Clarence Marston. Era un hombre apuesto, sí; sin embargo, su piel no estaba bronceada como si hubiera pasado los últimos seis meses en las Bahamas, ni sonreía de esa manera indolente y burlona, ni andaba con esa gracia felina que hacía que a Tania le diera un vuelco el corazón. Era una extraña analogía, pero aunque consideraba que Finn era todo lo contrario que su padre, Tania estaba segura de que era el hombre más atractivo que había conocido en su vida. Volvió a mirar el sendero del acantilado. Veía la barandilla saliente y suspiró con impaciencia al darse cuenta de que seguramente no iba a saber nunca cómo era su casa. ¿Y por qué no? No había ninguna ley que dijera por dónde tenía que pasear.
Diciéndose a sí misma que sólo hacía eso para tener algo interesante que contarles a sus amigas cuando volviera al colegio después de las vacaciones de Semana Santa, Tania empezó a avanzar cautelosamente por el camino empinado. La única ocasión en que había tenido algo digno de mención que contar había sido cuando su primo Tim, que era dos años mayor que ella, la había besado en Navidad, y aquello había sido una experiencia tan repulsiva que le había resultado bastante difícil convencer a su mejor amiga, Angela Sileni, de que le había gustado. Los labios del joven Tim eran demasiado húmedos y poco firmes, aparte de que su aliento tampoco era particularmente agradable. Tania se había alegrado de que apareciera su padre y les interrumpiera, aunque le había dicho a Angela que le había sentado mal.
Debajo de ella, el mar salpicaba de espuma las rocas del acantilado. Era mejor no pensar en lo que podría ocurrir si perdía pie o si su padre iba a buscarla. Dudaba que a él le pareciera bien esa aventura, pero ya se había comprometido a seguir, aunque no fuera por otra razón más que porque la idea de dar media vuelta en ese camino era igual de terrorífica.

Conforme se iba acercando a la casa, llegaba a sus oídos con intensidad variable una melodía. Finn debía haber puesto el equipo de música para ahogar el monótono ruido del mar.
La casa era una sorprendente obra de ingeniería. Se había construido el edificio de dos pisos sobre un saliente natural, bordeado por la barandilla de madera que Tania había vislumbrado desde la cima. La vista desde allí debía ser magnífica, pero para admirarla tendría que desobedecer a Finn y cruzar la pequeña puerta lateral.
En ese momento oía la música con toda claridad. Sabía que se trataba de una sonata de Mozart, ya que llevaba dos años estudiando crítica musical. Era extraño. Tania creía que a Finn le gustaría la misma música moderna que le agradaba a ella.
De pronto la música cesó, pero con el ruido discordante que hacen unas manos al caer bruscamente sobre un teclado. Eso le indicó a Tania que no era una grabación lo que había escuchado. Presa de la curiosidad, subió sigilosamente al mirador y se dirigió de puntillas a la primera ventana de la casa.
— ¿Qué demonios estás haciendo aquí?
Aquella voz enojada le dio un susto. Él se había quitado la parte superior del chándal, de manera que en ese momento sólo llevaba una camisa de manga corta. Estaba incluso más atractivo, aunque su expresión no era atractiva en absoluto.
— Estaba paseando — murmuró ella apresuradamente — . He oído... música.
— ¿Así que has venido a espiarme?
— No, sólo tenía curiosidad. Lo siento, no sabía que el camino era privado. Yo... yo creía que conducía a alguna parte.
— Así es. Aquí.
— Quería decir a algún otro sitio.
— ¿Y qué hacías en mi mirador?
— Bueno... he oído cómo terminaba. Quería ver si eras tú el que tocaba.
— Sí, era yo. Ahora ya lo sabes. ¡Oh, qué demonios! — exclamó después de una breve pausa — . Entra de una vez. Iba a hacerme café. ¿Quieres una taza?
— Me encantaría — respondió Tania, aliviada, y pasó por la puerta, que él le mantuvo abierta.
Se encontró en la habitación que había visto breves segundos a través de la ventana. Era confortable, había alfombra que cubriera el antiguo suelo de madera. Dominando la sala estaba el piano que le había oído tocar mientras descendía por el sendero del acantilado. Era un piano de media cola, y la primera pregunta que acudió a la mente de Tania fue que cómo habrían podido transportarlo hasta allí. En ese momento estaba lleno de manuscritos como los que utilizaban los músicos cuando componían. Pero Tania no les prestó mucha atención. Estaba más interesada por el resto de la habitación y las estrechas ventanas alargadas que daban al mar tormentoso.
— Voy a hacer el café — dijo Finn mientras se dirigía a otra puerta, que conducía a la cocina — . Siéntate. No tardaré.
Tania se sentó en uno de los dos sofás que había al lado de la chimenea. Un fuego de leña chisporroteaba en el hogar. Era la única fuente de calor que tenía a la vista, y hacia ella extendió las manos.
Aparte del piano, había libros en las estanterías de encima de la chimenea, una mesa arrimada a un rincón y un equipo de música. No había ningún televisor. Todo tenía una utilidad práctica, como si fuera necesario ganar espacio, por lo que le parecía raro que

viviera allí, solo, cuando su abuela tenía tantas habitaciones en su casa.
Finn se acercó con dos tazones de café y ella cogió uno, agradeciéndoselo con una sonrisa.
— ¿Estabas tocando una pieza de Mozart? — le preguntó ella — . He estudiado crítica musical en el colegio y he reconocido el estilo.
— ¿Qué más haces en el colegio? — Inquirió él — . Déjame adivinar... Te gusta el arte y la literatura.
— También me gustan las matemáticas — dijo ella a la defensiva, al advertir el tono burlón de su voz — . Y los deportes. Me encanta nadar.
— ¿Quépiensas hacer cuando seas mayor?
— Ya soy mayor. Si viviera en otro país que no fuera Gran Bretaña, tendría edad suficiente para casarme.
— ¿Qué piensas hacer cuando termines el colegio? ¿Seguir los pasos de tu padre?
— Tal vez — respondió Tania, cansada ya de tantas preguntas — . Pero háblame de tu trabajo. ¿Eres pianista profesional? ¿Debía haber oído hablar del famoso señor Bronson?
— Eastwood, me llamo Finn Eastwood. Mi madre era la hija de la señora Bronson.
— Oh, qué apellido tan raro, ¿no?
— Haces demasiadas preguntas.
— Tú también — exclamó Tania, indignada — . Y tienes que reconocer que es un poco raro que vivas aquí solo cuando tu abuela tiene esa casa tan grande para ella sola.
— No hay nada raro — repuso Finn, reclinándose en los cojines del sofá — . La Casa de la Costa era de mi madre. Cuando mi abuelo murió se la dejó a ella. Ahora que ella también ha fallecido, es mía. Pero cuando tu abuela muera, su dinero irá a obras de caridad, o por lo menos eso espero. Ella no aprueba mi forma de ser, así como tampoco aprobaba a mi padre. Mi madre se casó sin el consentimiento de sus padres y mi abuela nunca la perdonó a ella, ni a mí, por ir contra sus deseos.
— Vieja tacaña — murmuró Tania, solidarizándose.
— Bah — se encogió de hombros Finn —, no quiero su dinero. Supongo que eso también la molesta.
— ¿Pero a ti te gusta vivir aquí?
— Sí.
— ¿Y pasas algún rato con tu abuela? ¿Por qué no? Es una anciana solitaria.
— Yo no lo haría.
— Creo que sí lo harías. Los ancianos son como los niños. Buscan ser complacidos.
— O sea que tu propósito es complacerme.
— ¿Cómo lo haría? Tú misma me has dicho que no eras una niña.
Tania estaba a punto de replicarle enfadada cuando vio el destello burlón de sus ojos y sonrió.
— ¿Crees que soy muy precoz?
— Creo que ya es hora de que te marches — contestó Finn mientras se levantaba — . Vamos, te acompañaré a la puerta.
— Oh, ¿ya?
— Sí. Si tu padre termina de hablar con mi abuela y viene a buscarte...
— ¿Qué? — Se quejó Tania al tiempo que cogía su mano y dejaba que la levantara —. No estoy haciendo nada malo.

— ¿No?
El cuerpo esbelto de la joven había rozado el de él. Fue como si una corriente eléctrica hubiera pasado entre ellos, dejándola temblorosa y sin aliento. Ella sentía el calor de su cuerpo, olía el limpio aroma masculino de su piel y percibió que la repentina tensión ponía una barrera entre ellos.
— No — consiguió responder Tania por fin.
— No — murmuró él, apartándose bruscamente — . Pero no te aconsejo que utilices ese truco con nadie más.
— ¿Qué truco?
— Creo que ya lo sabes. Adiós, Tania.
Finn abrió la puerta. El aire frío le dio a Tania un motivo para estremecerse cuando salió al mirador.
— Adiós. No... No estás enfadado conmigo, ¿verdad? Sólo quería que te dieras cuenta de que no soy una niña.
— Eres demasiado provocativa para que te trate de otra manera. Pero no te preocupes. No se lo diré a tu padre, si es eso lo que te asusta.
— No me asusta... — empezó Tania, pero se interrumpió dando un suspiro de resignación — . Oh, está bien. Ya me voy. De todas formas... si papá tuviera que volver a venir aquí, ¿me dejarías visitarte?
— No creo que sea probable.
— No, pero ¿me dejarías?
Finn la miró unos instantes con cierta impaciencia; luego, su expresión se suavizó.
— No sé si podría confiar en mí mismo — comentó burlonamente, haciendo que Tania se ruborizara una vez más.
Ella apretó los labios y dio media vuelta. Mientras subía el sendero del acantilado, sentía todo el peso de la humillación: para él seguía siendo sólo una niña.

Capítulo 2

Los padres de Tania se divorciaron al año siguiente.
Aquello tuvo un efecto desastroso en los resultados escolares de Tania, por lo que su padre la sacó del internado donde estaba y la envió a una escuela privada de educación social para señoritas cerca de Sortind.
Pero eso tampoco resultó. Tania no estaba contenta en un país extranjero. Le rogaba que la dejara volver para ocupar el lugar de su madre en su casa de Kevinsgton y, después de seis meses de lágrimas y súplicas, su padre cedió.
Durante un tiempo, todo pareció desarrollarse satisfactoriamente. Tania practicaba los conocimientos recientemente adquiridos, eligiendo menús y actuando como anfitriona en las ocasiones en que acudían a la casa los clientes de su padre. La opinión general era que el señor Marston tenía suerte de tener una hija tan encantadora.
Tania veía a su madre cada vez con menos frecuencia. Al principio pasaba muchos domingos con Abigail en el apartamento que ésta había alquilado en Madison Square, pero después de la separación, Abigail había podido dedicar más tiempo a su carrera y aceptar contratos más largos, ya que no tenía compromisos familiares. Había estado en Macrophef el verano anterior, y el éxito que había alcanzado la había impulsado a hacer una gira por Europa.
Su ausencia había conducido a un cierto distanciamiento con su hija, aparte de que ésta estaba haciéndose mayor precisamente en un momento en que Abigail prefería no recordar que tenía una hija. Era imposible no relacionar eso con los rumores que corrían sobre Abigail y algunos de los cantantes con los que actuaba.
No obstante, fue el espíritu independiente de su madre lo que finalmente obligó a Tania a tomar una decisión sobre su propia carrera. Había estado sin rumbo bastante tiempo y, aunque a su padre le complacía que llenara sus días con diversiones y compras, aquello ya estaba empezando a resultarle aburrido. Tenía diecisiete años y quería hacer algo con su vida.
A pesar de lo que le había dicho a aquel joven arrogante que había conocido en la casa de la señora Bronson hacía casi dos años, a Tania le gustaba el arte. Sabía que no tenía talento para cantar o actuar, pero en el dibujo siempre había encontrado una vía de relajamiento. Ese otoño se inscribió en un colegio universitario para estudiar diseño y arte creativo.
Tania disfrutó con la experiencia de volver a tratar con otra gente. Ya no se acordaba de lo que era tener que correr para coger el autobús por las mañanas, tomarse el desayuno a toda prisa siendo todavía de noche y volver a casa por las tardes, sintiéndose cansada pero contenta. Le gustaba lo que estudiaba y la compañía de los otros estudiantes.
Además, eso la ayudaba a olvidarse de la pena que sentía a veces por el abandono de su madre. Abigail sólo hacía un esfuerzo para acordarse de su hija en Navidad y en los cumpleaños. Entonces le enviaba regalos carísimos: perfumes exóticos, una pulsera de diamantes, un abrigo de cuero... Tania sabía que a su padre no le gustaban esos regalos, ya que los veía como el instrumento de redención que Abigail utilizaba para

tranquilizar su conciencia por el desinterés hacia su hija. También Tania hubiera preferido unos regalos más personales, pero como no quería promover más resentimiento entre ellos, fingía que le hacían mucha ilusión. Sólo mostraba más entusiasmo por lo que le compraba su padre.
En el colegio no mencionaba a su madre. Sólo sus amigos más íntimos se enteraron de la identidad de ésta, y el comentario más habitual era que jamás lo habrían adivinado... que Tania no tenía nada que ver con ella.
A veces Tania pensaba que su deseo de tranquilizarla no era del todo halagador.
Sabía que no se parecía mucho a su madre, pero como Abigail Racom. su madre siempre había utilizado su nombre profesional, era considerada una mujer muy hermosa, tampoco le parecía que podía sentirse orgullosa. Su tez pálida y su pelo liso no podían compararse a la belleza rubia y sonrosada de su madre. Sólo sus ojos, que poseían una transparencia verde, le daban una distinción especial a los rasgos muy normales de Tania. Suponía que era atractiva, si a uno le gustaban las chicas altas con algo más de carne de lo que exigía la moda, pero al lado de la esbelta elegancia de Abigail se sentía torpe y sin gracia.
Hacia el final de su segundo año en el colegio, Tania descubrió por casualidad que tenía una habilidad especial para contar cuentos. Su primo Tim, el que la había besado hacía tanto tiempo, se había casado y había tenido gemelos al año de matrimonio. Cuando fueron bastante mayores para dejarles con alguien, le propusieron a Tania que les cuidara algunas noches.
A ella le gustaba esa tarea. Los niños, que ya tenían dos años, acogieron a su nueva «tía» con gran entusiasmo; tanto que al poco tiempo Tania tenía dificultades para retenerles en la cama. La única manera de hacer que se quedaran entre las sábanas era contarles cuentos, así que Tania empezó a inventarse historias de gigantes y gnomos, dragones y una hechicera cuyos encantamientos siempre salían mal. A las pocas semanas añadió a la narración unas cuantas ilustraciones, haciendo reír a los gemelos con sus caricaturas humorísticas.
Fue Tim quien le sugirió que debía aprovechar su imaginación. Una noche que volvieron a casa antes de lo habitual y se encontraron a Tania dormida sobre su carpeta de dibujo, él echó una ojeada a los bocetos. Aunque ella les había quitado importancia, su primo había insistido.
— Tienes talento para esto, ¿no lo ves? — exclamó Tim, sorprendiendo a Andrea, su mujer. con su vehemencia — . Tania. a lo mejor has heredado el talento artístico de tu madre en esta otra faceta. No lo desaproveches. Estoy seguro de que podrías vender estos dibujos.
— Cualquiera puede dibujar — dijo ella mientras recogía los papeles y los lápices — . Esto no vale gran cosa. Tenías que oír lo que dice el señor Francis de mi falta de estilo.
— No me importa nada lo que diga ese tal Francis. Tu estilo se puede comparar a la música pop respecto a lo que canta tu madre. Va más dirigido a las masas, pero ¿qué hay de malo en ello? Las masas son la gente, no la élite escogida.
— Oh, Tim... — murmuró Tania, mirando a Andrea sin saber qué decir, y la otra chica sonrió.
— No hagas caso, Tania. Tim cree que todo el mundo está desesperado por ganar dinero. Eso se debe a los equilibrios que hemos tenido que hacer para vivir los cuatro últimos años.

— Bueno, es evidente que Tania está haciendo ese curso en el colegio porque quiere ganarse la vida por sí misma. ¿Por qué no hacerlo con esto? Podía escribir los libros e ilustrarlos. Ya sabes cuánto les gustan a nuestros hijos sus cuentos.
— ¿Tienes idea de cuánta gente le cuenta cuentos a sus niños? — le preguntó Tania — . Me halagan tus comentarios, Tim, pero la verdad es que no es para tanto.
— ¿Qué ocurre, Tania? ¿Te da miedo intentarlo? ¿Te da miedo fracasar? ¿El éxito de tu madre ha destruido tu fe en ti misma?
— ¡Tim, cómo se te ocurre decir una cosa así! — exclamó Andrea. horrorizada.
— Quizá tengas razón — repuso Tania — . No es fácil ser la hija de Abigail Racom. Quizá tengo miedo de saber la verdad.
Al ver la mirada de censura de su esposa. Tim bajó la cabeza.
— Lo siento, Tania. Ya me conoces: siempre digo lo que no debo.
En realidad, a ella no le habían molestado sus comentarios tanto como Andrea creía, pero procuró evitar ese tema de conversación mientras él la llevaba a su casa. No obstante, cuando ya se acercaban, Tim le pidió que le dejara sus dibujos para enseñárselos a un amigo.
— Te lo agradecería de verdad, Tania — añadió, haciendo que le resultara imposible negarse.
— ¿Quién es ese amigo? — le preguntó recelosamente.
Mientras le daba la carpeta, Tim sonrió.
— Simplemente un amigo. Hasta la semana que viene.
Tania se olvidó de los dibujos. Tenía que preparar los exámenes de fin de trimestre; además, su padre se había resfriado y ella tenía que vigilarle para que siguiera las instrucciones del médico y permaneciera en cama. Por eso, le sorprendió que Tim la llamara una semana más tarde para decirle que fuera a comer con él al día siguiente porque quería que conociera a un colega suyo.
— ¿Tienes escritas algunas de las historias que les cuentas a Harry y a Frank? — añadió él — . Si es así, ¿podrías traerlas?
— ¿Qué te propones, Tim? ¿Quién es ese amigo que quieres que conozca? ¿Y por qué quiere conocerme él a mí?
— ¿No lo adivinas? Es un agente. Se llama Peter Morales.
— Oh, Tim. ¿Qué clase de relación puede tener un arquitecto con un agente?
— Fuimos al colegio juntos — replicó Tim —, y le han interesado mucho tus dibujos. Dice que si la calidad de la narración es como la de los dibujos, tienes el éxito prácticamente asegurado.
— Pero Tim...
— ¿Tienes escrito algún cuento?
— Uno o dos — contestó Tania después de dudar unos instantes.
— Estupendo. Tráelos. A la una en punto en Trident. No te retrases.
Durante los meses siguientes, Tania reconoció que debía estarle agradecida a Tim. Su primer libro, Elvira, la hechicera torpe, se publicó la primavera siguiente, y su éxito condujo a otro y a otro. Para cuando terminó el curso en el colegio universitario, ya había escrito el cuarto libro sobre Elvira y tenía ofertas para dibujar una tira semanal en una revista para niños. Su fama se extendió seis meses después, cuando vendieron los tres libros primeros a una editorial.
Su asociación con Peter Morales fue también una gran ayuda. Desde el principio

demostró ser un buen amigo, animándola a intentarlo. A Tania le había parecido que ilustrar algo que ella misma había escrito era el colmo de la presunción, de manera que si no hubiera contado con nadie más jamás habría tenido valor para seguir. Pero Peter y Tim habían tenido tanta confianza en ella que se había sentido obligada a concederles por lo menos el beneficio de la duda. El resultado había justificado con creces su confianza.

Su padre estaba emocionado, aunque ella sospechaba que habría preferido que se hubiera dedicado a algo más convencional. La suya era una profesión relacionada con el arte, y él ya había soportado bastante temperamento artístico en su vida. No obstante, en Tania no se manifestaba ese temperamento con los accesos de irritabilidad que solían acometer a su madre.

Abigail parecía que estaba encantada con el éxito de su hija. El día que se publicó el primer libro de Tania, ella le envió un ramo enorme ele flores y una botella de champán para brindar por el futuro ele Tania. añadiendo que lamentaba no poder estar con ella debido a que estaba haciendo una gira por Egipto y no iba a volver a Gran Bretaña hasta el año siguiente.

A Tania no le importó. Veía que su padre estaba mejor cuando Abigail estaba fuera del país. Las relaciones de ésta con hombres eran una fuente constante de murmuración para las revistas, lo que molestaba profundamente a su padre. Tania pensaba que la mayor parte de lo que se escribía era una exageración, pero sabía que Clarence Marston, que normalmente era un hombre muy sensato, se creía cada palabra. Había envejecido mucho desde el divorcio, no obstante, cuando Abigail se iba, los periodistas no le prestaban tanta atención, y él estaba menos tenso.

Sin embargo, hacia final de curso empezaron a llegar noticias desde Estados Unidos de que se veía a Abigail Racom frecuentemente en compañía' de un joven concertista de piano. Tania se enteró por medio de Andrea y se imaginó lo desagradable que sería para su padre si Abigail y el joven americano volvían a Manchester juntos. Hasta entonces, los acompañantes de Abigail tenían una edad respetable, pero a sus cuarenta y dos años, parecía ser que Abigail había encontrado un admirador doce años más joven que ella.

— En realidad es comprensible — comentó Andrea observando la expresión ansiosa de Tania — . No representa su edad en absoluto. Si yo tengo ese aspecto a los cuarenta y dos años, será un milagro.

— Lo mismo me pasará a mí — murmuró Tania — . Oh, pero Andrea, ¿te imaginas cómo se sentirá mi padre si viene con él a Gran Bretaña?

Andrea se encogió de hombros y se acomodó mejor en el sillón. Esperaba otro niño para dentro de unas semanas.

— Se divorciaron hace más de cinco años — le recordó a Tania — . De todos modos, ella querrá verte cuando vuelva a casa, así que seguramente tendrás que conocerle. Ahora que eres famosa le gustará presentarte a sus amistades.

— Lo dudo. Yo le recuerdo su edad, y no creo que ni siquiera el éxito de Elvira pueda salvar ese obstáculo.

— ¿Hace cuánto que no la ves?

— Casi dos años. Sí, fue aproximadamente un año después de empezar el colegio. Tomamos una copa después de un concierto.

— ¿Una copa? ¿Eso es todo?

— Fue en su apartamento — repuso Tania a la defensiva, pero sabía lo que pensaba Andrea.
Ella había pensado lo mismo cuando había llegado al lujoso apartamento de su madre y había visto que el encuentro se reducía a ocupar un lugar entre la multitud de admiradores de Abigail.
Tania estaba en Londres cuando su madre regresó a Manchester. Llegó inesperadamente un día gris de octubre, por lo que la joven no se enteró hasta que no se lo dijo su padre cuando ella le llamó por teléfono desde el hotel en que se alojaba.
— Lo han comentado en las noticias de la tarde — le informó Clarence Marston con amargura — . Ha venido en avión con ese... pianista. Parece ser que va a dar un concierto .
— Oh, papá — suspiró Tania, deseando estar a su lado para animarle — . No tienes que disgustarte. Ha habido otros hombres antes y supongo que habrá más después. Trata de alejarla de tus pensamientos.
— Ella dice que va a casarse con éste. Dice que esta vez se ha enamorado de verdad. ¿Te das cuenta de que ese... pianista tiene casi veinte años menos que ella? ¡Veinte años! Dios mío, tiene edad suficiente para ser su madre.
— Yo... yo he oído que eran doce años. Pero ¿qué más da, papá? Es su vida...
— Eastwood — la interrumpió su padre, ignorándola — . ¿Qué clase de nombre es ese? Supongo que se trata de otro truco para atraer la atención de la gente. Música clásica para las masas y un concertista atractivo...
— ¿Eastwood? ¿Has dicho Eastwood?
— Sí, así se llama. Creía que ya lo sabías.
Tania se apoyó en el respaldo del sillón, perpleja. ¿Finn Eastwood? Oh, no podía ser.
— No. Andrea me habló de él, pero no mencionó su nombre
— Mmm... Pensaba que tenías más interés por el hombre que va a ser tu padrastro. Dios mío, la idea es obscena. Tu madre debe estar loca.
Tania no podía razonar con él en ese momento. Le hacía falta considerar la posibilidad de que el nuevo genio de su madre fuera el arrogante pianista que había conocido hacía varios años en Red Hills.
— Ya está bien de hablar de ella — dijo su padre de repente — . No me has contado lo que has hecho. ¿Has visto a Barby Gond?
— Sí. Hemos comido juntos. Quiere darse prisa para publicar el primer libro en Navidad.
— Eso es estupendo. ¿Cuándo vuelves a casa? Pasado mañana. Barby quiere que vaya mañana a la oficina para ponerme al corriente de una o dos modificaciones que han hecho en el diálogo para adaptarlo mejor a los niños de aquí. Pero no hay problema; volveré el jueves.
— Estoy deseando verte. Cuídate, cariño, eres lo único que tengo.
Mientras daba vueltas en la cama. Tania no podía dejar ele pensar en la posibilidad de que ese Eastwood de su madre fuera «su» Eastwood. El apellido era muy poco corriente, y el hecho de que los dos tocaran el piano era una coincidencia demasiado grande como para ignorarla. Pero, ¿cómo podía ser? El hombre que ella había conocido vivía en Red Hills, en la Casa de la Costa. El hombre que mantenía relaciones con su madre se decía que era americano. Debía estar equivocada.
Tania suspiró. Tampoco tenía ningún motivo para considerar a Finn Eastwood como si

fuera de su propiedad. El que hubiera exagerado su encuentro ante las chicas del colegio no quería decir que ella se creyera sus propias historias. No obstante, había pasado varias noches de insomnio en el dormitorio escribiéndole cartas que nunca fueron enviadas, y durante algún tiempo había creído que estaba enamorada de él.
El trastorno de su vida familiar había cambiado todo eso. Entre el divorcio de sus padres y el viaje a Suiza había perdido sus ideas románticas. Su padre estaba solo y la necesitaba. Sus sentimientos personales ya no parecían tan importantes.
Desde luego, con el tiempo había hecho amistades de uno y otro sexo. Sabía sin presunción que gustaba a los hombres, que tenía éxito. No era tan hermosa como su madre, pero eso no la preocupaba. No le faltaban admiradores, y ella creía sinceramente que lo que les atraía era su personalidad. No era consciente del hecho de que su abundante melena pelirroja, junto a sus claros ojos verdes y un cuerpo bien formado, tenían un encanto muy particular. La flexibilidad de sus movimientos compensaba sus formas voluptuosas.
Tania llegó a Heathrow el jueves por la tarde. Caía una ligera llovizna cuando salió del avión. Se alegró al ver a su padre entre los parientes que esperaban a los pasajeros, pero también le preocupo su aspecto. Parecía más viejo, aunque hacía menos de una semana que no le veía. Supuso que el regreso de su madre a Gran Bretaña había provocado esa tensión en él.
— ¿Has tenido buen viaje? — Le preguntó él después de saludarla y llevarla al coche — . Aquí ha hecho un tiempo horrible desde que te fuiste.
— El viaje ha estado bien. Pero también llovía en New York.
— Sin embargo, tu madre ha venido morenísima. Tengo entendido que ha pasado unas vacaciones en el Caribe.
Tania suspiró. Ya estaba su madre. ¿No podía pensar su padre en otra cosa?
— ¿La has visto? — aventuró cautelosamente y él asintió.
— Anoche, en la televisión. Le hicieron una entrevista en ese programa de coloquios.
— Oh, es una pena no haber estado aquí. ¿Se las arregló bien?
— Tu madre siempre se las arregla bien en las entrevistas. Estaba radiante. Es evidente que ese tipo le va bien.
— ¿Estaba con ella?
— No, supongo que no le habían invitado. De todos modos, Abigail tenía un aspecto... magnífico. Ella inclinó la cabeza, deseando que su padre dejara de pensar en su madre. Aquello iba a convertirse en una obsesión que podía acabar destrozándole. La solución sería que él conociera a otra persona, pero a Clarence Marston no le interesaban las otras mujeres.
Tania durmió hasta bien entrada la mañana. La despertó la señora Rogers para decirle que la llamaban por teléfono.
— Es el señor Morales. Me ha dicho que no te despertara, pero me ha parecido que debía avisarte.
— Oh, Dios mío — exclamó Tania al ver la hora que era — . ¿Por qué no me ha despertado antes? Pensaba volver al trabajo hoy.
— Tu padre me ha dicho que te dejara dormir. Y a mí me ha parecido bien. Además, los viernes no son días para empezar a hacer nada. Espera al lunes.
Ya habían bajado la escalera, y la joven cogió el auricular.
— Hola, Peter. Siento haberte hecho esperar.

— Hola, ¿qué tal por New York?
— Bien. Todos han sido muy amables conmigo. pero debías haberme acompañado.
— Ojalá hubiera podido. Me habría encantado, pero esta semana me era imposible salir.
— Lo sé. ¿Para eso me has llamado? ¿Para disculparte?
— No. Te llamo para invitarte a comer, aunque me parece que no vas a poder si te acabas de levantar. ¿Qué te parece cenar juntos? Podemos ir a Trident, o a mi casa.
Peter vivía en un apartamento cerca de North Park, y hasta el momento Tania había evitado ir allí. No porque no le gustara Peter, sino porque prefería mantener su relación dentro de ciertos límites. De todos modos, la excusa que le dio era auténtica:
— Esta noche no puedo, Peter. Anoche llegué bastante tarde y sé que mi padre espera que cene con él esta noche.
— Tu padre es un egoísta. Yo tampoco te he visto hace una semana. ¿No merezco ninguna consideración?
— Claro que sí. Quizá mañana...
— ¿Por la noche?
— Si te apetece. .
— ¿Dónde y a qué hora?
— Puedes venir a recogerme a casa y luego decidiremos dónde iremos a cenar.
— ¿Estás segura?
Peter sabía que a su padre no le agradaba nadie que tuviera relación con la vida artística de Tania. Aunque los dos hombres se conocían, no eran precisamente muy buenos amigos.
— Sí, estoy segura — afirmó Tania. A lo mejor, si dejaba de proteger a su padre continuamente, éste se plantearía organizar su propia vida — . Ven sobre las siete. Estaré preparada.
— Y yo estaré ansioso esperando el momento. Hasta mañana.
Tania estaba en la ducha cuando volvió a sonar el teléfono. Esta vez lo oyó, pero pensó que quienquiera que fuera podía esperar y dejó que contestara la señora Rogers. A lo mejor era Andrea. Tim y Andrea iban a bautizar a la niña que habían tenido el domingo, y Tania iba a ser la madrina.
— ¡Tania! ¿Me oyes?
La voz apremiante de la señora Rogers la sacó de su ensimismamiento y la hizo envolverse en una toalla para salir a toda prisa de la bañera.
— ¿Qué ocurre, señora Rogers? ¿Quién ha llamado? ¿Mi padre?
— No — respondió la mujer, frunciendo el ceño — . Es tu madre. ¿Quieres hablar con ella?
— ¿Mi madre? — murmuró ella, aturdida — . Yo... pues, sí. ¿Quiere decirle que espere un momento mientras me visto?
Tania sólo se entretuvo el tiempo suficiente para recogerse el pelo con una toalla seca y ponerse un quimono. La curiosidad y el nerviosismo la impulsaron a correr escaleras abajo de nuevo y coger el auricular precipitadamente.
— ¿Mamá?
— Abigail, llámame Abigail, cariño, como todo el mundo. ¿Cómo estás? ¿Cómo está tu padre? Hace tanto tiempo que no nos vemos...
— ¿Papá, y tú?

— No. Tú y yo, tonta. Por eso te llamo. Quiero que vengas a cenar mañana. ¿Qué te parece a las siete y media?
— ¿Mañana? Sabes dónde vivo, ¿no? No he cambiado de apartamento.
— No puedo — dijo ella rápidamente — . Ya tengo una cita. Lo... lo siento, madre. ¿Podemos vernos en otra ocasión? .
— Tania, ¿quieres decir que tienes en más consideración a un jovenzuelo imberbe que a tu propia madre?
— Peter no es un jovenzuelo imberbe.
— ¿Peter? ¿Peter qué? ¿Le conozco?
— No creo. Es mi agente.
Se produjo un silencio embarazoso hasta que Abigail volvió a hablar; esta vez con más frialdad:
— Supongo que tu padre sabe que he vuelto, ¿no? ¿No tiene él algo que ver con tu negativa a verme?
— No. Lo que pasa es que... bueno, yo también he estado fuera y tengo compromisos.
— ¿Con un agente? Me decepcionas, Tania. Siempre creí que nos entendíamos la una a la otra. Ahora parece que te has dejado influir por los sentimientos de tu padre en contra de mí.
— Eso no es cierto — se defendió la joven. Alzó los ojos al techo y, tras un momento de vacilación, cedió — . Está bien, iré.
Se dijo que era mejor acabar con eso de una vez. Peter lo comprendería una vez que ella le explicara la actitud intransigente de su madre.
— Oh, muy bien — repuso Abigail, satisfecha — . Entonces, a las siete y media, ¿eh? Te estaré esperando con impaciencia. Ponte algo bonito. Quiero presentarte a alguien.
Hasta que Tania no hubo subido la mitad de la escalera, no se dio cuenta de la importancia de las últimas palabras de su madre. ¡Abigail quería presentarla! ¿A quién?, se preguntó recelosamente. Y lo más importante, ¿con qué propósito?
Tania se detuvo, asustada. Había sido una tonta. Debía haberle preguntado a su madre si iban a cenar solas y, si no era así, debía haberse negado, ya que era más que probable que la última conquista de Abigail estuviera allí. Respiró profundamente y repasó las opciones que tenía: podía ir a cenar o podía llamarla para ofrecerle alguna otra excusa. ¿Pero qué excusa? ¿Qué podía decirle que la convenciera de que no estaba influida por su padre? Lo último que deseaba era que Abigail culpara a su padre de su falta de cooperación.
Suspirando, Tania continuó subiendo la escalera. Tendría que ir, aunque la perspectiva de tener que decírselo a su padre y a Peter no era nada agradable.

Capítulo 3

Tania fue en su coche al apartamento de su madre. Su padre había sugerido que cogiera un taxi, pero ella se sentía más independiente con su propio medio de locomoción. Además, de ese modo podría marcharse cuando quisiera.
Clarence Marston había recibido la noticia de que iba a cenar con su madre con visible desagrado.
— Bueno, es tu vida — dijo, aunque era evidente que pensaba todo lo contrario, y Tania intentó persuadirle de que a ella tampoco le hacía gracia — . Entonces, ¿por qué vas? Después de lo poco que se ha ocupado de ti, creí que tendrías más orgullo. A lo mejor es que estás deseando conocer a tu futuro padrastro. Supongo que Abigail querrá tu aprobación para su última locura.
— No se trata de nada de eso, papá. Simplemente, voy porque hace mucho tiempo que no la veo. Es mi madre, después de todo. Tengo una obligación...
— Abigail perdió todo derecho cuando te abandonó, Tania. Es una madre desnaturalizada. ¿Por qué crees que me concedieron tu custodia? Ella no se preocupó de ti entonces, tampoco se preocupa de ti ahora: sólo quiere relacionarse con tu éxito.
— Oh. Papá, no creo que sea ese el motivo. Abigail no tiene precisamente necesidad de éxito.
— ¿Abigail? ¿La llamas Abigail?
— Ella me lo pidió.
— Es típico de ella — comentó, haciendo un gesto despectivo — . Tu madre no quiere reconocer su edad.
Peter se quedó muy desilusionado cuando Tania le llamó por teléfono para anular la cita.
— Entonces, ¿cuándo vamos a vernos? — le preguntó después de que ella le explicó lo que pasaba — . ¿El domingo? Podríamos ir a la costa.
— No, el domingo es el bautizo de la hija de mi primo. ¿Qué te parece comer en Trident el lunes?
— Ya me parecía a mí que el asunto de la cena se había resuelto con demasiada facilidad. ¿Tu madre no te ha dicho que llevaras a un amigo a cenar?
— No — sonrió Tania, agradecida por su buen humor — . Entonces, ¿el lunes a la una en Trident?
— De acuerdo, allí estaré.
El apartamento de su madre estaba en la avenida Derret, cerca de los jardines del Palacio de Buckingham. Vigilaban el edificio día y noche guardias de seguridad, a los que Tania tuvo que presentar su documentación y firmarles un registro de entrada. Después, mientras subía en el ascensor, miró con inquietud la ropa que llevaba. Su madre le había dicho que se pusiera algo bonito, así que ella había elegido un traje de terciopelo marrón y una blusa de seda de color crema. Y, además, ella no era «hermosa», se dijo con determinación; sólo era una chica formal y trabajadora, y si a Abigail no le gustaba lo que llevaba, lo sentía por ella.
Cuando Tania oyó ruido de música y risas al llegar a la puerta de Abigail, su rostro se

ensombreció. Así que se trataba de una fiesta, después de todo, no del encuentro íntimo que su madre le había dado a entender al principio. Se preguntó por qué la habría invitado, y la única respuesta que se le ocurrió fue que le faltaba una persona para la cena y que había pensado en ella como último recurso.
Procurando ignorar la amargura que le provocaban esos pensamientos, Tania llamó al timbre. Le abrió una doncella a la que Tania conocía de la última vez que había estado allí.
— Entre directamente, señorita Marston — sonrió la mujer apresuradamente —. La señorita Racom la espera.
El lujoso salón parecía casi un decorado de ópera francesa, con las paredes enteladas de damasco azul y oro y las columnas de alabastro que enmarcaban los numerosos espejos con que a Abigail le gustaba rodearse. En ese momento estaba como de costumbre con un grupo de admiradores, por lo que no se fijó en que su hija permanecía incómoda en el umbral. Fue el representante de Abigail, Luke Fristman, quien la rescató de allí.
— Tania, no te reconocía. Ya eres toda una mujer.
Tania le dirigió una sonrisa de compromiso.
Estaba acostumbrada a que los amigos de Abigail la trataran como a una colegiala; sin embargo, esa noche le costaba más trabajo aceptarlo, ya que la irritante idea de por qué estaba allí no dejaba de rondar su mente.
— Tengo entendido que eres escritora — continuó Luke, guiándola hasta donde se encontraba su madre — . Qué interesante. Debe ser muy emocionante ver tu trabajo en letra impresa.
— Sólo son libros para niños, pero sí, encuentro muy interesante el trabajo.
Luke carraspeó ligeramente para llamar la atención de Abigail.
— Tu hija está aquí, Abigail. ¿No vas a saludarla?
Abigail se volvió ansiosamente, aunque la sonrisa que iluminó sus facciones le pareció a Tania tan artificial como el escenario que había elegido para su encuentro. La joven tuvo la impresión de que a su madre le apetecía tanto dedicarle su atención como a ella estar allí.
— ¡Tania! — exclamó Abigail con tanto afecto que su hija pensó por un momento que estaba equivocada.
Sin embargo, en seguida se dio cuenta de que Abigail estaba actuando; representaba el papel de madre amantísima a la perfección, y se esperaba que Tania se comportara de acuerdo con esa manera de actuar.
— Hola, madre.
Por nada del mundo la habría llamado «Abigail» en ese momento. Aunque su sonrisa se desvaneció brevemente, Abigail la rodeó con sus brazos.
— Hola, cariño.
Tania se vio obligada a corresponder a su abrazo con la apariencia de compartir su emotividad.
— Acababa de decirle a Tania cuánto ha cambiado — comentó Luke, percibiendo la tensión latente del ambiente. Se dirigió de nuevo a Tania y continuó — . Han pasado casi tres años desde que viniste a ver a Abigail al Golden Site. Recuerdo que interpretaba La Boheme. Tú fuiste al camerino después.
— Qué memoria tienes, Luke — dijo Abigail sin demasiado entusiasmo — . Has llegado

tarde, Tania. Ya creía que no ibas a venir.
— Lo siento, pero la culpa ha sido del vigilante. Por lo visto creía que venía a robar.
— Habrá sido Roggie — intervino un joven de aspecto lánguido que estaba al lado de Abigail — . Se toma su trabajo muy en serio. Parece que ha estado enfrentándose a atracadores todos los días.
— Roggie cumple con su trabajo — replicó Abigail, demostrando que no sentía un afecto especial por aquel joven.
Mientras su madre le presentaba a los quince o veinte invitados que había en el salón, Tania sintió un gran alivio. Ninguno de ellos era Finn Eastwood. Sin embargo, un rato más tarde, con una copa de champán en la mano, la inquietud sustituyó al alivio.
¿Dónde estaba él? Era inconcebible que después de todos los rumores no se encontrara allí.
— Así que el patito feo se ha transformado en un cisne — comentó Abigail cuando se quedaron un momento a solas — . Has cambiado, Tania. No eres tan tímida como antes, aunque todavía no sé si me gustabas más como eras antes o como eres ahora.
— Tal vez es que ya no soy tan ingenua — murmuró Tania, y la expresión de Abigail se endureció — . ¿Por qué me has invitado, madre? ¿Te hacía falta para alcanzar el número adecuado?
La risa de Abigail ocultó la turbación que podían haberle causado las palabras de su hija, pero su mirada era fría cuando respondió:
— No, Tania, no te he invitado por ese motivo. Quería que vinieras. Soy tu madre, después de todo, y además quería hablar contigo.
— ¿Hablar conmigo? ¿De qué?
— Bueno, verás, no es... fácil. Hace mucho tiempo que no nos vemos, y por eso me resulta un poco... embarazoso.
— Supongo que te refieres a ese hombre que te has traído de América.
— Yo no le he traído de América, cariño. Él es muy capaz de cuidar de sí mismo, créeme. No obstante, tienes razón al suponer que quiero hablar de mi vida personal.
— Oh, madre... — exclamó Tania y volvió la cabeza, disgustada por haber accedido a ir a su casa.
Al mirar hacia otro lado, fue la primera en ver al recién llegado que permanecía en silencio en el umbral de la puerta. Alto, esbelto, moreno... su aspecto no se diferenciaba mucho del de hacía seis años, excepto por su ropa, que era más cara, su pelo, que estaba menos desordenado, y la expresión de su rostro, que era más dura y cínica de lo que Tania recordaba.
La intensidad de su mirada atrajo la atención de él sobre ella. Tania no había esperado que la reconociera, que se acordara de la adolescente curiosa que había invadido la intimidad de su hogar, por eso le sorprendió que él entrecerrara los ojos con un gesto de concentración. Durante lo que le pareció un siglo, aunque no transcurrieron más de unos segundos, se miraron el uno al otro, hasta que alguien más se fijó en él.
— Tania, ¿oyes lo que...? ¡Dios mío! ¡Finn!
Su madre acababa de verle y, sin una palabra de explicación, dejó a su hija para ir al encuentro de Finn Eastwood. Después, sin importarle que estuvieran observándoles todos los invitados, Abigail se arrojó a sus brazos y le besó en los labios.
— ¿No lo sabías? — murmuró una voz junto al oído de Tania. Ella se volvió bruscamente y se encontró con la mirada compasiva de Luke — . Ha habido tanta

publicidad sobre ellos que estaba seguro de que le habías visto. Aunque sé que Abigail no esperaba que Finn viniera aquí esta noche.
— ¿No?
— Se suponía que estaba en Red Hills. Creo que tiene familia allí. En cualquier caso, Abigail no le esperaba antes de mañana o del lunes.
Tania tomó un sorbo de champán para tratar de librarse del nudo que tenía en la garganta, pero fue inútil. Rezaba mentalmente para que no la reconociera. No podría soportar que le contara a su madre los detalles de su primer encuentro, ya que estaba segura de que ésta los encontraría muy divertidos. Como Luke observaba su agitación, preocupado, y lo último que deseaba ella era atraer la atención de la gente, Tania cambió de tema, preguntándole por los proyectos de su madre para ese viaje.
— Va a dar un recital benéfico en el teatro de la Ópera el jueves próximo, pero principalmente ha venido por motivos más personales.
— Ah... ¿sí?
— Sí. Sé que quería veros a ti y a tu padre. Está muy orgullosa de ti, ¿sabes? Aunque también debo decirte que no le habría complacido tanto que triunfaras en su terreno artístico.
Tania forzó una sonrisa a pesar de que estaba aterrorizada. Su mayor deseo era irse de allí, pero como no podía hacerlo, se limitó a darse la vuelta para no ver a su madre ni al hombre que estaba con ella, esperando que Abigail se olvidara de ella.
— Y, por supuesto, está el concierto de Finn — siguió él — . Ella no se lo perdería por nada.
— Él... él es pianista, ¿verdad?
— Es un genio, Tania, aunque prefiero que no le comentes que yo he dicho eso. Lo creas o no, Abigail le encontró tocando el piano en un cabaret de Hilltown.
— ¿En un cabaret?
— Así es. Eso era mejor que morirse de hambre. El que una persona tenga talento no quiere decir que vaya a tener éxito necesariamente.
— Pero... tú has dicho que era un genio.
— Tania, Eastwood es una persona realista. Sabía que sus posibilidades de llegar a ser concertista de piano sin el respaldo de alguien eran prácticamente nulas, así que aceptó el único trabajo que le ofrecieron.
— Ya veo. Y luego Abigail reconoció su talento.
— Mira, sé que será duro para ti aceptarlo, pero la cosa no fue exactamente así. Quiero decir que... bueno, tu madre todavía es una mujer hermosa. Necesita tener un hombre a su lado. Yo sería muy gustosamente ese hombre, pero no la atraigo. Le atrae Eastwood.
— ¿Ella le ama?, ¿no?
— Ella está loca por él, y él la hace feliz. ¿Quiénes somos nosotros para juzgar?
— Desde luego, no se trata de nada que tenga que ver conmigo.
— Bueno, en tu caso es distinto. Si Finn se casa con tu madre, será tu padrastro.
— ¿Están pensando en casarse?
— Es lo que ella quiere, lo que está decidida a conseguir. Y si Finn quiere ver su nombre en los letreros de luces del Casiedy Hall, supongo que le conviene desearlo también.
El anuncio de que la cena estaba servida, interrumpió la conversación. Tania había

abrigado la esperanza de que Finn sólo estuviera allí de paso, pero cuando entró en el comedor y le vio en la cabecera de la mesa junto a su madre, comprendió con desagrado que no era así.
Él no llevaba traje como los demás invitados, Pero la chaqueta de cuero que lucía no le hacía aparecer fuera de lugar. En realidad, tenía un aspecto totalmente relajado y seguro de sí mismo.
Abigail estaba dándole instrucciones a la doncella para que pusiera otro cubierto al lado del suyo, por lo que Tania se alegró cuando Luke la condujo al extremo opuesto de la mesa. No obstante, una vez que sirvieron el primer plato, la joven volvió a inquietarse al notar los ojos de Finn fijos en ella. Tania apartó la mirada inmediatamente y, para evitar tener que responder a la ligera sonrisa que curvaba los labios de él, se llevó una cucharada de sopa a la boca.
Para su alivio, el joven que estaba sentado a su derecha empezó a hablar y eso la distrajo. Era el que había hecho el comentario sobre el guardia de seguridad mientras hablaba con su madre.
— Me llamo Rick Snow. Y tú eres la hija de Abigail, ¿verdad? Me parece que a nuestra prima Dorys no le hace mucha gracia eso.
Como Tania le miró, intrigada, él continuó:
— Verás, eres un poco mayor de lo que nos había hecho creer. Y también más alta. De hecho, pareces una joven amazona.
— ¿Y tú también eres cantante? — preguntó Tania, intentando dominar el rubor.
— Oh, no — se rió Rick — . Me gano la vida rascando un violín. ¿Tengo aspecto de tenor o barítono con estos pulmones?
Efectivamente, era muy delgado, y Tania sonrió.
— Estoy segura de que podrías hacer todo lo que quisieras.
— Eres muy amable, pero no tengo el temperamento necesario. Deberías oír los jaleos que se organizan en los ensayos. O quizá no. Eso destrozaría tus ilusiones para siempre.
— ¿Mi madre es muy temperamental?
— ¿No lo sabes tú?
— No. Desde que mi padre y ella se divorciaron no la he visto mucho.
— Ya. Bueno, digamos que tu madre no es tan mala como otros.
— ¿La conoces hace mucho tiempo?
— Hará unos cinco años.
— ¿Viajas con ella?
— De vez en cuando. Cuando toda la compañía va de gira. Fuimos a África el año pasado.
— Sí — comentó Tania mientras le sonreía a la camarera que le retiraba el plato.
Entonces comprobó que Finn volvía a mirarla y se volvió, disgustada.
— ¿Le conocías? — dijo Rick.
— ¿A quién? — murmuró, todavía aturdida.
— A Eastwood. El último protegido de nuestra diva. He visto que le mirabas. No es lo que tú esperabas, ¿verdad?
— Yo no... — se interrumpió al darse cuenta de que iba a ser peor negar el hecho de que le había mirado — . Quiero decir que... no, no le conozco. Supongo que tú sí.
— Oh, sí. Finn es un buen tipo. Tiene un auténtico talento.

— Pero no lo suficiente como para salir adelante por sí mismo — murmuró ella secamente.
— ¿De dónde sacas esa idea tan retorcida? Mira, nadie es perfecto. Todos tenemos que aprovechar las oportunidades cuando se nos presentan. ¿Comprendes lo que quiero decir?
— Oh, sí — dijo Tania, mirando fijamente el plato, y Rick suspiró — . Lo comprendo.
— Si Abigail no os presenta, lo haré yo. Quiero que sepas que no es el degenerado que tú crees que es.
Pero ni Abigail ni Rick los presentaron. Cuando acabó la cena, Abigail anunció que el café y las bebidas iban a servirse en el salón y al aglomerarse los invitados en la puerta del comedor, Tania se encontró de pronto junto a Finn. Ella se sobresaltó cuando sintió el roce de su hombro y. al comprobar quién era, deseó que se la tragara la tierra. Miró a su alrededor rápidamente, pero ni Rick ni Luke estaban cerca.
— Hola.
El suave saludo de Finn la obligaba a ser educada, por lo que le respondió con una sonrisa algo forzada:
— Hola.
— ¿No te conozco de algo?
Él no la recordaba!
Tania comprendió que aunque él veía algo familiar en su rostro, no tenía idea de quién era.
— Yo... yo soy la hija de Abigail.
Aprovechó un hueco que vio entré la gente y le adelantó. No había ningún asiento libre, así que Tania se quedó de pie al lado de los amplios ventanales. Se dijo decididamente que en cuanto se sirviera el café se iría, pero cortó sus pensamientos la imagen que se reflejó en el cristal de la ventana.
— Siento no haberte reconocido — dijo él — . Sabía que Abigail tenía uña hija, pero ella. bueno, debí entender que no eras más que una colegiala. ¿Me disculpas?
Tania tenía que mirarle. Al contrario que la mayoría ele los hombres que conocía, él era algo más alto que ella, lo que le hizo recordar a Tania el aspecto frágil de su madre cuando la había visto al lado de él. El cuerpo de Finn era esbelto, pero musculoso. Pensar en su cuerpo llevó a su mente otras imágenes, en las que figuraban Abigail y él, lo que le hizo sentir una contracción en el estómago similar a la repulsión.
— ¿Y bien? — insistió Finn suavemente — . ¿Me disculpas? Habrás pensado que era muy brusco o muy fresco en la cena, pero tu cara me intrigaba.
— No tiene importancia
Tania se dio cuenta de que les observaban varias personas. ¿Dónde estaba su madre?, se preguntó con inquietud. Tenía el presentimiento de que a ella no le iba a agradar verles allí charlando.
— ¿No? — dijo Finn, esta vez más secamente — . Creía que así era. Parece evidente que algo te molesta, y si no es eso, ¿qué puede ser?
Los ojos oscuros eran intensamente penetrantes; las pestañas espesas apenas ocultaban su mirada fija. Tania sintió que el rubor encendía sus mejillas; afortunadamente, la presencia de su madre vino a rescatarla.
Abigail apareció en el umbral, dando la impresión de estar buscando algo, o a alguien, y de haberlo encontrado en el lugar menos probable. Cruzó la habitación hacia Finn y

su hija con una expresión de antagonismo, lo que le confirmó a Tania que su presentimiento no había sido equivocado.
— Así que estás aquí — dijo Abigail, y Tania no se hizo ilusiones respecto a quién se refería — . Te he estado buscando por todas partes.
— Bueno, ¿dónde iba a estar, sino aquí, haciendo los honores a tu hija? No me has dicho que estaba aquí.
— Iba a hacerlo. ¿Quieres traerme un café, Tania? Pídeselo a ...
— ¿Tania?
La voz de Finn interrumpió la petición de Abigail, pero la joven no esperó a ver si él había relacionado los nombres. Presintiendo el desastre, los dejó allí y se dirigió a la camarera. Después de pedirle que le llevara una taza de café a su madre, Tania se encaminó lenta, pero decididamente a la puerta, cogió su abrigo y salió del apartamento.

Capítulo 4

Tania se despertó temprano a la mañana siguiente, demasiado temprano, teniendo en cuenta lo que había tardado en quedarse dormida. Permaneció tumbada sin ningún deseo de levantarse de la cama, pensando en que era más seguro no salir de su habitación debido a la reprimenda que la esperaba.

¿Qué habrían pensado de ella los invitados de su madre? ¿Qué habría dicho su madre al ver que se había ido? ¿Cómo consideraría Finn su comportamiento infantil? Había sido un impulso irresponsable el que la había empujado a abandonar la fiesta, y ella estaba dispuesta a admitir que Abigail tenía toda la razón para estar enfadada.

Se puso boca abajo y apoyó los codos en la almohada, sosteniendo la barbilla con las manos. Haberle mentido a su padre, tampoco contribuía a mejorar su humor, pero cuando había llegado a casa y le había encontrado esperándola, no había tenido el valor de decirle la verdad. ¿Cómo iba a decirle que conocía de antes al amante de su madre?

¿Cómo podía explicarle su deseo de huir? ¿Cómo iba a confesarle que le repugnaba verles juntos no porque Abigail fuera su madre, sino por los sentimientos que Finn despertaba en ella? .

Así que le había mentido. Le había dicho que había sido una velada muy interesante y que Abigail había estado encantada de verla. No había mencionado a Finn ni que él había llegado inesperadamente a la fiesta; se había limitado a describirle el apartamento, la comida y el aspecto radiante de su madre. Cuando su padre le había comentado que había vuelto a casa antes de lo que él esperaba, ella le había contestado que le dolía la cabeza, lo que para entonces no era mentira, y aunque su padre la había compadecido y había insistido en que se fuera a la cama, Tania tenía la sensación de que en el fondo no le disgustaba que ella se hubiera sentido agobiada.

Dando un suspiro, Tania se levantó. Era domingo; Andrea y Tim la esperaban para comer y luego irían al bautizo de su hija. Aunque su estado de ánimo no estaba para, actos sociales, por lo menos saldría de casa.

Clarence Marston estaba desayunando y leyendo los periódicos del domingo cuando Tania bajó la escalera. Le sorprendió verla ya vestida para salir con un traje pantalón de tweed y una capa de color verde oscuro en el brazo.

— ¿Vas a algún sitio? — le preguntó, frunciendo el ceño.

— Hoy es el día del bautizo, y yo soy la madrina. ¿No te acuerdas? — respondió ella mientras se servía el café.

— ¿A qué hora les dijiste que ibas a ir a su casa ¿A las diez?

— No, sobre el mediodía, pero... bueno, he pensado que podía salir un poco antes.

— ¿Un poco antes? Todavía no son las nueve. No tardas tres horas en llegar a Medrian.

— Ya lo sé. Como hace una mañana tan buena quería dar un paseo y hacer unos bocetos preliminares para el libro nuevo.

— ¿Estás segura de que no vas a ver a tu madre otra vez? Se trata de eso, ¿verdad?

— ¡No! — exclamó Taniaenrojeciendo — . De verdad, no pensaba volver a ver a

Abigail. Después de anoche dudo que ella quiera verme a mí.
— ¿Anoche? — Murmuró su padre mientras doblaba el periódico y lo dejaba en un lado — . ¿Qué sucedió anoche? Creía que lo habías pasado bien.
— Yo... bueno, sí. Pero cuando terminó la cena me marché.
— Ya, eso ya me lo dijiste — repuso su padre perplejo, y Tania suspiró.
— No, no lo entiendes. Me marché sin decirle a Abigail que me iba. Oh... no me preguntes por qué. Simplemente, no quería quedarme más tiempo.
— ¿Estaba él allí? ¿El pianista? — Tania asintió — . ¿Os presentó tu madre?
— En cierto modo — contestó Tania evasivamente — . Oh, supongo que no me sentía a gusto, eso es todo. Quería que lo supieras por si ella llama hoy.
— ¿Por eso sales tan pronto esta mañana? ¿Por qué tienes miedo de lo que pueda decirte?
— Miedo no. Simplemente, prefiero no hablar con ella.
— Humm... ¿Sabes, Tania? Creo que no me lo has contado todo. Anoche ocurrió algo, ¿no? Viste y oíste algo. ¿No puedes decirme lo que fue? Soy tu padre y me preocupa todo lo que te pase.
— Oh, papá, no ocurrió nada, de verdad. Supongo... pues que fueron celos. Cuando Finn Eastwood apareció, ella no tuvo ojos para nadie más.
— Te diría que van a casarse, ¿verdad? — dijo su padre amargamente.
— Papá. Abigail no es vieja. No representa más de treinta años. Y, por favor, vamos a hablar de otra cosa. Ya estoy un poco harta de todo este asunto.
El teléfono sonó cuando Tania estaba a punto de salir de casa. Como su padre estaba en el invernadero cuidando sus plantas, ella esperó a que la señora Rogers contestara, pero ya fuera porque la mujer sabía que Tania no se había ido todavía o porque estaba ocupada en algo, no apareció. Tania se preguntó quién estaría llamando. Podía ser Abigail, aunque también podía tratarse de Tim y Andrea que la llamaban para algún cambio de planes. De mala gana, cogió el teléfono.
— Dígame.
— ¿Tania? — dijo una profunda voz masculina que la sobresaltó — . Soy Finn. Me gustaría verte hoy. ¿Es posible?
— No, no. Lo siento, me marchaba en este momento.
— ¡Espera! Tania, no cuelgues. Si no puede ser hoy, tendremos que vernos mañana. Trataré de hacer un hueco entre...
— No te molestes. Si Abigail te ha pedido que llamaras...
— ¡Maldita sea! Abigail no tiene nada que ver con esto — replicó él con impaciencia — . Seguramente ella te llamará más tarde, pero esto de ahora sólo nos concierne a ti y a mí. Bueno. ¿Podemos vernos?
— Me temo que no. Yo... yo voy a estar ocupada todo el día.
— Tania...
— Adiós, Finn — concluyó ella con firmeza y colgó.
Permaneció unos momentos en el vestíbulo, incapaz de moverse. Pero cuando el teléfono volvió a sonar, ella cogió el bolso y salió rápidamente. Mientras sacaba el coche del garaje seguía oyendo la persistente llamada.
El lunes Tania fue a comer a Trident con Peter como habían planeado.
— Tienes un aspecto magnífico — dijo él, contemplándola con admiración — . Tal vez un poco cansada, pero es lógico después de un viaje tan largo.

— Sí — contestó Tania.
Sabía perfectamente que el viaje no tenía nada que ver con sus noches de insomnio. Su padre le había dicho que Abigail había llamado mientras ella estaba con Tim y Andrea, y eso junto a la llamada de Finn le había impedido descansar.
— ¿Y qué tal estuvo la cena del otro día? — Le preguntó Peter después de haber comentado los asuntos de negocios — . ¿Merecía la pena dejarme a mí por eso?
— No — sonrió Tania — . Habría preferido cenar contigo, pero hacía tanto tiempo que Abigail no venía a Gran Bretaña...
—... quete sentiste obligada a ser una buena hija.
— Algo así. Pero vamos a dejar de hablar de Abigail. Ya lo hago bastante con mi padre.
— Me da la impresión de que no te divertiste demasiado.
— No, en realidad, fue bastante aburrido. No me gusta relacionarme con gente tan... artificial.
Peter la miró como si quisiera seguir preguntándole, pero la expresión de Tania le disuadió. En vez de eso, le preguntó por el bautizo, a lo que ella pudo responder que había disfrutado mucho.
— La niña es preciosa — le dijo— . Se llama Selina. Los mellizos tenían un poco de envidia porque ella era el centro de atención, pero es natural tratándose de niños tan pequeños.
— Parece que te gusta mucho la vida familiar — comentó Peter, mirándola afectuosamente.
— La vida familiar sí, pero no el matrimonio — replicó Tania por si acaso él estaba empezando a ponerse serio — . El matrimonio no le va bien a una persona como yo. Soy demasiado independiente.
— Lo que quieres decir es que te asusta comprometerte a causa del divorcio de tus padres. Serías una esposa y madre ideal. Créeme, no te pareces en nada a Abigail.
— ¿Cómo lo sabes, Peter? No conoces a mi madre.
— No, pero he leído mucho sobre ella. De todos modos, como tú has dicho, vamos a dejar de hablar de Abigail. Háblame de tu nuevo libro. ¿Ya has hecho los bocetos preliminares? Creo que es una buena idea introducir un personaje nuevo. ¿Sabes ya cómo vas a llamarle?
Durante el resto de la comida siguieron hablando del trabajo de Tania, pero luego, cuando salieron del restaurante al aire frío de aquel día de noviembre, ella ya no quiso entretenerse más.
— Te llamaré — le dijo Tania, envolviéndose en la capa — . Cuando ya tenga algo escrito, te avisaré.
— De acuerdo — respondió Peter resignada —, pero no tardes mucho, ¿eh? Me gustaría verte antes de Navidad.
Tania sonrió y movió la cabeza, de forma que el viento agitó su larga melena. Después, al ver que su autobús se aproximaba, se despidió rápidamente y corrió para cogerlo.
El autobús la dejó en el cruce de Rotrig Street con Flower Road, y ella recorrió a paso ligero la calle que conducía a Gourt. Se alegraba de haberse puesto el traje pantalón y no una falda, sobre todo cuando notó un remolino de aire que giraba alrededor de las botas que ceñían sus tobillos. Estaba deseando llegar a casa y sentarse frente a su caballete. Pensó, acordándose de su padre con cariño, que tenía suerte de poder

trabajar en casa. Había convertido uno de los cuatro dormitorios en un estudio para ella; los grandes ventanales, que daban al jardín que había en la parte trasera de la casa, y la claraboya cuadrada del techo, le proporcionaban toda la luz necesaria tanto para escribir como para dibujar.
Percibió el ruido del coche que estaba a su lado segundos antes de llegar a Gourt y volvió la cabeza bruscamente cuando el vehículo se detuvo. Glendower Street estaba muy solitario a esa hora de la tarde; no obstante, inmediatamente se dio cuenta de que no se trataba de la clase de coche que usaría un ladrón. Era un BMW de color verde oscuro, y el hombre que lo conducía le resultaba inquietantemente familiar.
— ¿Estás siguiéndome? — exclamó Tania a la defensiva.
Finn Eastwood salió del coche. Ese día llevaba unos pantalones y una chaqueta de pana negra. No parecía sentir el frío, aunque eso podía deberse en parte al chaleco negro que llevaba medio desabrochado debajo de la chaqueta. El viento despeinó su pelo, haciendo, que unos cuantos mechones oscuros le cayeran sobre la frente.
— Estaba esperándote — dijo él — . Parece que tienes frío. ¿Quieres entrar en el coche o prefieres que hablemos aquí, donde cualquiera pueda oír nuestra conversación?
— No tenemos nada que decirnos — murmuró ella, abrazándose a su bolso como si fuera un escudo — . ¿Cómo sabías dónde estaba? ¿Cómo sabías que iba a volver a esta hora?
— Cuando he llamado antes, el ama de llaves me ha dicho que estabas fuera. Al principio no la he creído, pero luego ha dicho que seguramente ibas a volver esta tarde, y eso me ha convencido de que tú no le habías encargado que me despachara.
— ¿Has llamado? ¿Has vuelto a llamar a casa? ¿Le has dicho a la señora Rogers quién eras?
— Oh, sí, le he dicho que era Marston Smith — contestó Finn irónicamente — . No te preocupes. No le he dicho que me llamaba Eastwood. Supongo que con los rumores que han corrido, mi nombre no le resultará especialmente agradable a tu padre.
— ¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves a venir aquí, a molestarme? ¿Es que no tienes ningún sentido de la decencia? Nosotros no tenemos nada de que hablar. Por favor, déjame pasar.
Finn había apoyado una mano en la pared a un lado de ella, impidiéndole el paso, y cuando Tania se volvió para escapar, él se interpuso en su camino.
— Todavía no. Cálmate, ¿quieres? — Dijo Finn, impaciente por su resistencia — . No tengo por qué darte explicaciones. Lo que hago con mi vida es asunto mío. Pero... Tú... bueno, yo quería que supieras que no tenía ni idea de que Abigail era tu madre.
— ¿Qué importancia tiene eso al fin y al cabo? Apenas nos conocemos.
— Pero sí que nos conocemos — insistió él — . Cuando te vi el sábado por la noche, supe que te conocía de algo. Luego, cuando Abigail te llamó Tania... ¿Por eso te marchaste?
— Te lo tienes muy creído, ¿verdad?
Tania hizo otro movimiento para huir, pero esta vez la detuvo la mano de Finn que la sujetó por el hombro.
— Yo no me tengo creído nada — replicó él, y sus ojos brillaron peligrosamente — . Aunque si sigues comportándote como una niña malcriada, tendré que pensar que estás celosa después de todo.

— Me haces daño.
— Puedo hacerte mucho más daño. Oh, Dios mío... — exclamó Finn, soltándola bruscamente — no sé por qué me he molestado en venir. Es evidente que no estás preparada para comportarte razonablemente. Sigue, vete a casa. Siento haberte molestado.
Tania temblaba cuando se apartó de él, consciente de que sus ojos no se apartaron de ella hasta que dio la vuelta a la esquina de Gourt. Luego, al cruzar la pequeña plaza, oyó chirriar las ruedas del BMW y, segundos después, vio el remolino de hojas secas que levantó a su paso.
Abigail volvió a llamar esa noche y en esa ocasión Tania no pudo poner ninguna disculpa.
— Vaya, así que por fin te dignas ponerte al teléfono — dijo Abigail, nada más oír su voz — . ¿Qué demonios te ocurrió la otra noche? ¿Tienes idea de la situación tan violenta en la que me dejaste?
— Lo siento, madre...
— ¿Qué lo sientes? Ni siquiera has llamado para disculparte. Esperas a que te llame yo y luego finges que te preocupan mis sentimientos.
— Sí que me preocupan, madre. Fue... fue imperdonable lo que hice, y lo siento. Tienes que atribuirlo a que me sentía fuera de lugar allí. Estaba sola ... no conocía a nadie, así que me fui.
— Conocías a Luke: Conocías a Rick Snow. O por lo menos él me dijo que había estado hablando contigo. Y Finn también habló contigo. ¿No era suficiente?
— Sí, supongo que sí. Fue una tontería, lo reconozco. Pero estoy segura de que tus amigos no me echaron en falta.
— Humm... me parece que ya sé lo que pasó.
— ¿Sí? — murmuró Tania, asustada.
— Por supuesto. Fue por ver a Finn, ¿verdad? Te disgustó comprobar que tu padre y yo habíamos acabado completamente. Me temía que iba a ocurrir eso, pero tú ya no eres una niña. Tania, y tienes que enfrentarte a ciertos hechos.
— Madre...
— No, déjame terminar. Sé que fue muy precipitado. Yo había pensado hablarte de... bueno, de Finn, pero su aparición repentina me trastornó. Él había ido a Red Hills a ver a su abuela, y yo no le esperaba hasta el domingo. Bueno, como tú sabes, él llegó, y yo descuidé un poco a los demás.
— No tienes por qué darme explicaciones — dijo Tania débilmente.
— De todas formas — continuó Abigail, ignorándola —, ahora que ya os conocéis, todo será más fácil. Quiero que tú y él seáis amigos, Tania. Es muy importante para mí que las dos personas a las que más quiero se lleven bien. Sé que tu padre no estará de acuerdo, pero tú no debes dejar que su influencia estropee nuestra relación. Por eso quiero que vayas el jueves por la noche al Liondidas Hall. Finn va a dar su recital y después iremos con un grupo de amigos a cenar a Pink's.

Capítulo 5

El auditorio permanecía inmóvil y embelesado mientras la melodía melancólica llegaba a su final. Aunque el autor de aquello era Finn: su sensibilidad, destreza y la habilidad con que sabía arrancar del teclado, todos los matices la emocionaron. Los aplausos comenzaron en el mismo instante en que se desvaneció la última nota. Tania, al ver que su madre se ponía de pie y aplaudía más fuerte que nadie, se dijo que también debía aplaudir, pero todavía estaba demasiado impresionada. Con un gesto de impaciencia se secó una lágrima que corría por su mejilla y se levantó bruscamente para unirse a la ovación.

Afortunadamente, Abigail no se fijaba en ella, y Tania pudo contemplar a Finn, que se inclinaba ante el público. Estaba más atractivo que nunca, lo que le hizo preguntarse a la joven que cuántas de las muchachas que estaban en la sala habían ido por la música y cuántas simplemente por verle.

Volvió a sentarse cuando el joven virtuoso abandonó el escenario; entonces, se encontró con la expresión desafiante de su madre.

— ¿Y bien? — decía Abigail con impaciencia — . ¿Qué os ha parecido? ¿No es magnífico? ¿No envidiáis su talento?

A Tania le dio tiempo a recobrar la compostura mientras los amigos de Abigail comentaban la interpretación.

— Desde luego, sabe lo que se hace con ese instrumento — dijo Loisa Dion, una de las amigas americanas de Abigail — . Tiene unas manos tan valiosas que me va a dar miedo estrecharselas.

— No creo que Abigail piense en eso cuando le toma las manos — intervino el marido de Loisa insinuantemente — . Perdón — añadió cuando su mujer hizo una mueca señalándole a Tania.

Abigail les ignoró, ya que esperaba la reacción de su hija. Ésta, adoptando una actitud indiferente, comentó que era bueno.

— ¡Bueno! ¿Qué clase de palabra es esa? — exclamó Abigail, furiosa — . ¡Es fantástico! ¡Brillante! Se le ha comparado con algunos de los pianistas más famosos de todos los tiempos, y tú dices que es bueno. Por Dios santo, Tania, esperaba más de ti. ¿No reconoces a un genio cuando lo tienes delante?

Tania se había ruborizado, pero consiguió dominar sus sentimientos. Si le decía a su madre exactamente cuánto le había impresionado la interpretación de Finn, estaría traicionando a su padre y a sí misma. Y, en cualquier caso, Abigail sólo quería que le confirmaran que tenía razón.

— Es genial — reconoció la joven por fin — . El público lo ha demostrado. Se hubiera podido oír caer un alfiler al suelo mientras él tocaba, así que creo que los críticos lo van a tener muy difícil para encontrar faltas a su interpretación.

— Estoy de acuerdo con ella — intervino Luke, que había permanecido en silencio hasta entonces — . Me parece que a partir de ahora le van a llover las ofertas. No vas a verle mucho, Abigail, si se deja llevar por los agentes.

— Oh, yo no me preocuparía por eso, Luke — replicó Abigail, un tanto molesta — . Ya

me encargaré yo de que él tenga siempre tiempo para mí. Después de todo, yo le he descubierto, y no pienso permitirle que lo olvide.
El resto del recital supuso una decepción para Tania. Finn tocó tres preludios, pero estos carecían de la intensidad y la pasión del Concierto. Además, aunque él tocaba con estilo y elegancia, ella estaba demasiado pendiente de la expresión radiante de Abigail.
Cuando terminó el recital, Tania se vio obligada a acompañar a Luke y al resto de los amigos de Abigail al restaurante donde iban a celebrar la presentación del joven pianista. Abigail se fue después de la actuación para ver a Finn en su camerino, lo que provocó los nervios de Tania mientras se dirigía a Pink's en el coche de Luke.
— Tu madre no tardará — la tranquilizó él al ver la palidez de su rostro.
Tania forzó una débil sonrisa, deseando desesperadamente no tener que ir.
Pink's era un gran restaurante de lujo, cuya clientela la constituía principalmente gente del mundo de las artes. Tania no había estado nunca allí, por lo que miró a su alrededor con aprensión mientras el portero la ayudaba a quitarse la capa. Luego, Luke la cogió del brazo y la condujo a la mesa que habían reservado.
Debido a la pequeña orquesta que tocaba en un extremo del salón, la gente hablaba más alto de lo normal para poder oírse. Una nube de humo azul envolvía las mesas. Una o dos parejas bailaban en la pista, que se encontraba unos escalones más abajo que la zona de restaurante. Era un ambiente que no contribuía a aliviar el ligero dolor de cabeza que había empezado a sentir Tania.
La mesa era para ocho: Tania y Luke, los Dion y otros dos invitados de su madre a los que Tania conocía desde hacía años. Luke se encargó de pedir las bebidas, y aunque ella notó su disgusto, se negó a tomar nada de alcohol.
— Tengo que trabajar mañana — le explicó, ya que no quería hablar de su dolor de cabeza.
Mientras esperaban a Abigail y a Finn pidieron unos aperitivos. Tania descubrió entonces que tampoco tenía hambre y suspiró al pensar en la cena.
Su madre llegó unos veinte minutos después. No obstante, en contra de lo que esperaba Tania, él no parecía compartir el estado de euforia de su madre. Tenía un aspecto cansado, como si la emoción del concierto le hubiera dejado exhausto. Ella había estado temiendo el encuentro con él después de su brusca despedida de hacía cuatro días, pero Finn apenas la miraba. Él aceptó las felicitaciones del grupo sin hacer ningún comentario y se dejó caer en una silla, dejándole a Abigail la tarea de pedir al maitre el mejor champán.
— Tenemos que brindar — dijo ella al sentarse a su lado — . Has tenido un gran éxito, cariño. Te has superado a ti mismo. Vamos, alegra esa cara. No vas a estropear una noche como ésta.
— Brindad vosotros — replicó Finn y llamó a otro camarero — . Whisky, por favor. Con hielo.
Tania vio que su madre fruncía el ceño por ese cambio en sus planes, pero era evidente que estaba dispuesta a perdonarle, ya que inmediatamente borró ese gesto de impaciencia. Con la mayor tranquilidad, cogió el champán cuando se lo llevaron y brindó a su salud de todos modos.
— Has estado maravilloso — exclamó Loisa — . Todos te envidiamos, Finn. Debe de dar una sensación muy excitante haber hecho una interpretación tan perfecta.

— No ha sido una interpretación perfecta — repuso Finn, al tiempo que se desabrochaba el primer botón de la camisa y se soltaba la corbata — . He echado a perder el adagio y he terminado el segundo movimiento por delante de la orquesta. ¡No hay nada excitante en eso!
— Eres demasiado exigente contigo mismo — intervino Abigail — . Nadie más lo habrá notado.
— Siento disentir — murmuró él, adoptando de nuevo la expresión de malhumor con que había llegado.
Tania vio cómo suspiraba su madre.
— Finn, incluso Marti Middle te felicitó después del recital. Y, créeme, él no hace eso con todos los artistas que empiezan.
— Oh, gracias, Abigail. Eres muy amable al recordarme que no soy más que un artista que empieza. Eso pone las cosas en su sitio, ¿no?
Finn alzó la mano y volvió a llamar al camarero, a quien pidió otro whisky doble. Tania miró hacia otro lado, molesta, cuando los azules ojos de Abigail se llenaron de lágrimas.
— Eres un bruto, Finn — sollozó Abigail mientras sacaba un pañuelo del bolso para enjugarse los ojos.
Luke intentó salvar la situación sirviendo más champán a todo el mundo. Incluso Tania se había visto obligada a tomar un poco para brindar por el éxito de Finn y en ese momento se alegraba de poder esconder su consternación tras la copa.
Se les sirvió la cena en seguida: un pastel de salmón ahumado y caviar, filetes de pollo al vino y una compota de fruta y ron. Tania notó que Finn no comía mucho más que ella.
Sin embargo, él pareció recobrar el ánimo a medida que transcurría la cena, y ella se dijo que seguramente la causa era la cantidad de alcohol que había bebido.
Tampoco es que ésta hubiera producido un efecto visible en él, aparte de suavizar los músculos tensos de su rostro y volverle menos susceptible. Finn hablaba amigablemente con Abigail y Lisa Pikertong, la secretaria privada de su madre, así que el encargado de que Tania no se sintiera fuera de lugar era Frederick Agilieri.
Frederick era el pianista que acompañaba a Abigail en las ocasiones en que daba recitales. Como estaba con ella desde antes del divorcio, Tania se sentía muy a gusto con él. Pero el dolor de cabeza no cedía, y cuando Finn y su madre se levantaron para bailar, se lo mencionó a Lisa.
— Oh, qué pena — dijo la mujer compasivamente, mientras le daba unos golpes cariñosos en el brazo.
Lisa era tan mayor como su madre, pero carecía de la vitalidad de Abigail, por lo que a esa hora de la noche su rostro, excesivamente maquillado, tenía un aspecto macilento y poco atractivo.
«¿Qué hago yo aquí?», pensó Tania de pronto, mirando a su alrededor con desesperación. Era evidente que la compasión de Lisa no llegaba al extremo de ofrecerse a acompañarla. Por otra parte. Tania se había comprometido a ir a la cena, pero ya no veía razón alguna para quedarse.
Volvió los ojos hacia la pista de baile. A Finn y su madre se habían unido otras parejas, de forma que la pista ya estaba casi llena. En ese momento Abigail alzó la mano para acariciar la mejilla de Finn y Tania apartó la mirada bruscamente para no ver cómo él

besaba la mano de su madre.
Cuando volvieron a la mesa, ella apenas les miró. Abigail, al darse cuenta del gesto de preocupación de su hija, le hizo una seña.
— Ven aquí con nosotros, Tania — exclamó, haciendo que Jimmy Dion le dejara su asiento a Tania — . ¿Sabes? — añadió, dirigiéndose a Finn —, a Tania le ha parecido estupendo tu recital, ¿verdad, cariño?
— Oh... sí — murmuró la joven, consciente de que los ojos de Finn estaban fijos en ella — . Estoy segura de que ha sido un éxito. Todo el mundo estaba... encantado.
— Mejor que al acabar con una nota disonante, ¿eh? — repuso él y Tania se ruborizó por la deliberada insinuación.
— ¿Qué quieres decir? — preguntó Abigail.
Finn se limitó a terminar de un trago el whisky que le quedaba en el vaso mientras miraba a Tania con una expresión desafiante.
— Vamos a bailar, Abigail.
Como de costumbre, Luke intentó salvar la situación, arrastrando prácticamente a Abigail a la pista. Una vez sola con Finn, Tania no sabía dónde mirar o qué decir, hasta que tras unos minutos de nerviosismo, él puso una mano en su muñeca.
— Vamos con ellos, ¿quieres? — dijo Finn en voz baja, y la hizo levantar de su silla.
Como no quería hacer una escena, ella tuvo que seguirle, pero en cuanto llegaron a la pista circular se soltó de su mano. No obstante, eso sólo sirvió para que él pudiera rodearla con sus brazos más fácilmente. Tania apoyó inútilmente las manos contra la camisa de seda que cubría su pecho cuando la atrajo hacia sí.
— No quiero bailar contigo — murmuró ella con un tono de resentimiento — . ¿Por qué haces esto? Tú tampoco quieres bailar conmigo. ¿Y por qué te has propuesto ponerme en evidencia hablando de la ocasión en que te oí tocar a Chopin?
— Así que te acuerdas — comentó él.
Sus manos descansaban con una suavidad engañosa en su cintura. Cuando se vieron obligados a moverse al ritmo seductor de la música para no tropezar con los demás, Tania sacudió la cabeza con impaciencia mientras se dejaba llevar por él.
— ¿Por qué no iba a acordarme? Fuiste bastante brusco. ¿Ya le has contado a Abigail cómo nos conocimos o estás reservando la noticia para alguna ocasión más íntima?
Las manos de Finn apretaron con repentina violencia su cintura al oír aquellas palabras mordaces.
— ¿Por qué tenía que contarle a Abigail que nos conocíamos de antes? — le preguntó con voz ronca, y Tania hizo una mueca cuando su apretón la acercó a los músculos duros de sus muslos — . Por lo que recuerdo, eras bastante provocativa. No como la fría puritana en que te has convertido.
Ella le miró, furiosa, esperando que se retractara, pero al alzar los ojos sintió la presión inquietante de su cuerpo contra el suyo y los latidos de su corazón aceleraron su ritmo. Él estaba demasiado cerca. Ella no podía ignorar el calor de su cuerpo, la tibieza de su aliento y el olor masculino que emanaba de él mientras Finn seguía empleando toda su fuerza para vencer su resistencia. A su alrededor, las otras parejas bailaban tranquilamente sin percibir el conflicto silencioso que se estaba produciendo.
— Eres... eres despreciable — le increpó.
— No, no lo soy, y a menos que quieras que tu madre nos oiga, te sugiero que te tranquilices.

Tania estuvo a punto de perder el control, pero de repente cedió. Pensó que él tenía razón. Ella le estaba tratando injustamente. Era aquella atracción no deseada la que la arrastraba a esos extremos, así que, desesperada, se rindió.
El abrazo de Finn se suavizó cuando ella dejó de resistirse, pero ese brusco cambio de actitudes la aproximó aún más a él. Al apoyar la mejilla en su pecho, se dio cuenta del control que Finn ejercía interiormente y, antes de poder retirarse, sintió el estremecimiento que recorrió el cuerpo de él por esa intimidad inesperada. Sus manos, que antes la habían sujetado con tanta fuerza, en ese momento se deslizaron por sus caderas, y ella se vio pegada a él de tal modo que pudo sentir el repentino despertar de su virilidad contra su cuerpo. No era posible que Finn ignorara su propia excitación sexual, por lo que Tania le miró, confusa.
— Por favor... — susurró ella, pensando exclusivamente en que debía apartarse de él antes de traicionarse a sí misma.
— No — la interrumpió Finn y, después de poner una mano en su nuca, apoyó la mejilla en su sien.
Ella sabía que aquello era una locura. Mientras se movían por la pista, ella pensaba en que iba a arrepentirse de eso en el mismo instante en que recobrara la sensatez. Pero por el momento nadie más se daba cuenta de lo que sucedía. Estaban solos en una isla en la que sólo cabían deseos y sensaciones, y cuando él recorrió con la mano la curva de su espalda, Tania comprendió que era incapaz de resistirse a él.
La finalización de la pieza consiguió lo que ella no había podido hacer. Cuando la gente dejó de bailar y las luces, que habían sido apagadas en su mayoría, volvieron a encenderse, Finn no tuvo más remedio que separarse de ella. Tania no se atrevía a mirarle.
— Vamos — dijo él cogiéndole la mano para llevarla de nuevo a la mesa.
Pero entonces Tania tuvo la suficiente fuerza de voluntad para mover la cabeza negativamente.
— No, no puedo — murmuró con voz ahogada, y le habría dejado si Finn, con su agilidad habitual, no se lo hubiera impedido.
— Sí, si puedes. Te prometo que no te molestaré más.
En ese momento apareció Abigail.
— Bien, bien... Qué amable has sido al bailar con Tania, cariño. Ni siquiera sabía que estabais en la pista.
— Bueno, ¿vamos a sentarnos? — La interrumpió Finn — . Creo que la orquesta va a hacer un descanso.
— Si no te importa, yo me marcho ahora, ma... Abigail — dijo Tania, incapaz de volver a sentarse como si no hubiera ocurrido nada.
El dolor de cabeza, que había dejado de importunarla brevemente mientras bailaban, había vuelto con mayor intensidad, y ella ansiaba encontrarse en su casa, en su cama y en una habitación oscura.
— ¿Qué te marchas?
Abigail la miraba como si no pudiera creer lo que estaba oyendo, pero Tania asintió.
— Me... me duele un poco la cabeza. No te preocupes en acompañarme. Puedo coger un taxi.
— Yo te llevaré — intervino Finn, sorprendiendo tanto a Tania como a su madre.
— No puedes. Cariño, es tu fiesta.

Mientras Tania Ie aseguraba a su madre que podía arreglárselas perfectamente sola, Luke acudió de nuevo a su rescate.
— Yo llevaré a Tania a casa. No tengo que apartarme de mi camino y, como a eIla, está empezándome a doler Ia cabeza. Tú y Finn seguid con Ia fiesta. Lisa, Frederick y Ios Dion están dispuestos a pasarse Ia noche de juerga.
— Yo no — dijo Finn e ignoró Ias protestas de Abigail — . Mira, mañana tengo por delante ocho horas de trabajo, así que propongo que concluyamos Ia celebración. Si Ios otros quieren quedarse, déjalos, pero yo necesito dormir.
Tania se fue de Pink's con Luke unos minutos más tarde mientras su madre se disculpaba con sus amigos. Finn estaba todavía en eI restaurante, esperando con impaciencia que Abigail terminara con Ias excusas; mientras Tania entraba en eI coche, sintió una profunda gratitud hacia Luke por ofrecerse a llevarla. A pesar de Io tentadora que era Ia idea de que Finn Ia acompañara a casa, sabía que debía evitarle en eI futuro. Era un hombre peligroso y sin principios, se dijo a sí misma severamente, por Io que desdeñó Ia idea de que él pudiera estar tan impresionado por Io que había ocurrido como eIla.
Aun así, no podía dejar de pensar en él. Fue un alivio ver que su padre ya se había acostado y que no tenía que contarle Ios acontecimientos de Ia velada. Estaba demasiado ensimismada en sus pensamientos para hacerle un relato objetivo de Ia interpretación de Finn ni una descripción de Io que había sucedido después. Tal vez a Ia mañana siguiente se sentiría capaz de hacerlo, pero de momento se obligó a pensar que Finn había llevado a su madre a casa esa noche, que Io más probable era que pasara Ia noche en eI apartamento de Abigail y que Ia situación que se había producido en Ia pista de baile no había sido inspirada más que por un exceso de alcohol.

Capítulo 6

Tania se despertó a la mañana siguiente, sintiéndose absolutamente deprimida. No se encontraba con ánimos para levantarse y empezar a trabajar, como le había dicho a Luke que iba a hacer. Hasta que no entró su padre a decirle que se marchaba, no se dio cuenta de que era más tarde de lo que creía. Era una mañana tan oscura y triste que se había imaginado que era mucho más temprano.

— Me marcho, Tania — dijo él, mirándola con el ceño fruncido — . ¿Te encuentras bien? Estás muy pálida. ¿Tienes resaca?

— No, sólo bebí dos copas de champán. Simplemente, estoy cansada por haber trasnochado.

— Te oí llegar. Ya había pasado la medianoche, ¿no? Creo que el recital no duraba tanto.

— Fuimos a cenar a Pink's. Éramos ocho. Era una especie de celebración.

Su padre inclinó la cabeza y, al ver su expresión de disgusto, Tania deseó que su madre no la hubiera colocado en esa difícil situación. Pero Abigail estaba acostumbrada a hacer su voluntad, y Tania sabía que si se hubiera negado a verla, ella habría sido capaz de ir a Gourt y acusar a su exmarido de envenenar la mente de su hija. No podía arriesgarse a que ocurriera eso. La tranquilidad de espíritu de su padre era demasiado frágil, por lo que mientras Abigail permaneciera en Gran Bretaña, ella tenía que mantenerles separados.

— Siento no haberte acompañado en el desayuno — murmuró Tania para cambiar de tema, pero su padre no estaba dispuesto a dejarlo.

— ¿Lo pasaste bien? Me refiero al concierto. ¿Es bueno ese... Eastwood?

— Oh, sí. Es... es muy bueno, realmente. Luke cree que tendrá un gran éxito.

— Ah — su padre asintió y ella experimentó un impulso protector hacia él.

Habría sido más fácil si hubiera podido decirle que Finn era un fracaso. De ese modo, su padre se habría consolado con la idea de que Abigail se había dejado llevar por los sentimientos y que éstos habían nublado su entendimiento.

— ¿Vas a venir a cenar? — le preguntó Tania, deseando tranquilizarle y no sabiendo cómo.

— No, voy a cenar en el club con Francis. Tenemos pendiente una partida de ajedrez hace varias semanas, y hemos quedado esta noche para jugarla. ¿Tienes tú algún plan? ¿Cuándo vas a volver a ver a tu madre?

— Oh, no lo sé. Tengo que ponerme a trabajar en serio hoy. Le prometí a Peter que iba a hacer unos bocetos preliminares para hablar con él dentro de unos pocos días.

— Bueno, tengo que irme. No trabajes demasiado, ¿eh?

En realidad, a Tania le resultó imposible trabajar nada. Esa mañana, sentada en un taburete frente al tablero de dibujo, su mente permanecía tercamente en blanco, y por primera vez en su vida su imaginación parecía haberse paralizado. El día anterior había hecho unos bocetos del aprendiz que Elvira iba a tomar a su cargo, un personaje para iniciar una serie nueva de libros, pero esa mañana hasta esos dibujos le parecían de principiante.

El sonido del teléfono acabó con la poca concentración que le quedaba. «Oh, Dios mío», rogó mentalmente, «que no sea Abigail, por favor».
— Es para ti — dijo la señora Rogers después de abrir la puerta del estudio —. Es el señor Morales. Le he dicho que estabas. ¿He hecho bien?
— Oh, sí — contestó Tania, aliviada — . Gracias, señora Rogers. Ahora mismo voy.
— No me digas que todavía no tienes preparados esos bocetos — exclamó Peter, justamente indignado — . Hace casi una semana que no nos vemos. ¿Qué has estado haciendo?
— Hace cuatro días, y he tenido complicaciones. Lo siento, Peter. Hago todo lo que puedo, de verdad, pero bueno... ha habido circunstancias que han contribuido a que no me resultara fácil trabajar.
— ¿Qué circunstancias? Oh, no me lo digas; se trata de tu madre, seguro. Has vuelto a verla.
— Sí. Tendrás que darme algo más de tiempo, Peter. Precisamente estaba en el estudio cuando has llamado.
— Supongo que fuiste al concierto de anoche. La presentación de Eastwood... — comentó irónicamente — . Por lo que he oído, lleva tocando el piano bastantes años. Yo no diría que es un niño prodigio.
— Fui al concierto, sí. Y es un pianista muy bueno.
— Oh, sí, ya lo sé. ¿Has visto las fotografías de él y de tu madre en los periódicos de esta mañana? Viéndoles, no me sorprende que te resulte difícil concentrarte.
— ¿Qué fotografías?
— Las de tu madre y Finn Eastwood después de que acabara el concierto. ¿Dónde estabas tú cuando se las hicieron?
En Pink's, pensó Tania, comprendiendo por qué su madre les había enviado por delante.
— Yo... bueno, todos nos fuimos a cenar después. ¿Qué tal son las fotografías? Papá se lleva el periódico al trabajo, y yo no he podido verlas.
— Están bien. Él parece agotado, pero tu madre es toda sonrisas. Es lógico. Arreglar todo eso ha debido costarle bastante, y ahora va a conseguir algún fruto de su inversión.
— Sí — murmuró ella mientras se preguntaba si su padre habría visto las fotografías.
— Entonces, ¿cuándo crees que podrás enseñarme algo? — dijo él, volviendo al tema original.
— Dame tiempo hasta el lunes. Te prometo que trabajaré todo el fin de semana. Iré a tu despacho el lunes por la mañana y, si te gusta lo que haya hecho, puedes llevarme a comer.
— ¿Y por qué no a cenar el sábado? Me dejaste plantado la semana pasada.
— ¿Es que quieres que interrumpa mi horario de trabajo?
Peter suspiró y aceptó su rechazo. Cuando colgó el teléfono, Tania se dirigió a las escaleras, pero cambió de opinión y dio media vuelta para ir a la cocina.
— Señora Rogers, ¿tiene café hecho?
— Sí, sírvete tú misma — respondió la mujer mientras seguía amasando sobre la mesa de madera — . No querrás que vuelva a lavarme las manos, como he tenido que hacer cuando han llamado por teléfono.
— Lo siento. Habría contestado yo, pero... bueno, temía que fuera Abigail.

— Si lo hubiera sido, ¿crees que le habría dicho que no estabas? De todos modos, ¿por qué no quieres hablar con tu madre? Saliste con ella anoche, ¿no?
— Sí, pero eso no quiere decir que me guste que me llame. En realidad, habría preferido que no volviera nunca a Manchester. Yo... nosotros... papá y yo estamos mejor cuando ella no está en el país.
— ¡Tania! ¡Ésa no es manera de hablar de tu madre!
— A veces me resulta difícil creer hasta eso. No tenemos nada en común.
— Tú has heredado su talento. La señora Marston siempre ha tenido una imaginación muy viva.
— Usted la conoce hace mucho tiempo, ¿verdad, señora Rogers?
— Más de veinte años. No tenías más de un mes cuando me contrató tu padre. Y tu madre siempre hablaba de su próximo papel.
— ¿Cree que su matrimonio habría durado tanto si no hubiera nacido yo?
— ¿Quién sabe? Eran muy diferentes cuando se casaron, y los años sólo sirvieron para ampliar las diferencias. Tal vez si tu padre le hubiera dedicado más tiempo a ella esos primeros días... si tu madre hubiera tenido más paciencia con el trabajo de él... Me temo que los dos tenían demasiado interés por sus profesiones, y para cuando tu padre se dio cuenta de lo que ocurría ya era muy tarde.
— Él todavía la quiere — murmuró Tania mientras se terminaba el café — . Quiere hacer creer que no, pero la quiere.
— Tu padre ama a una ilusión. La mujer en la que él piensa nunca existió. Y ahora vuelve a tus quehaceres y déjame seguir con mi trabajo.
De nuevo sentada frente a su tablero de dibujo, Tania se preguntó si lo que había dicho la señora Rogers era verdad. Su padre se aferraba a los recuerdos de los buenos ratos que habían pasado juntos y no mencionaba las discusiones frecuentes que habían salpicado su relación ni el ambiente tenso que Tania tanto temía.

A las doce el teléfono volvió a sonar. Tania, como le había prometido a la señora Rogers, acudió a contestar.
— Dígame — dijo cautelosamente.
— Tania — La voz que pronunció su nombre era inquietantemente familiar. La mano de Tania temblaba cuando apartó el auricular de su oído con la intención de colgar, pero la exclamación de Finn la contuvo — . ¡Tania, Tania, por favor, contéstame!
— ¿Qué quieres? Creía que era mi madre quien llamaba. ¿Está contigo?
— Tania, quiero verte — la interrumpió él secamente — . ¿Vas a comportarte con sensatez o vamos a jugar el escondite como la otra vez?
— No sé a qué te refieres. La otra vez que llamaste estaba muy ocupada, como ahora. ¿Quiere hablar mi madre conmigo?
— Tu madre no está aquí. ¿Quieres llamar al Iorio Hotel, que es donde estoy ahora, para comprobar que no te miento?
— ¿Por qué iba a pensar que me mientes? Además, cómo vivas o dónde vivas no es asunto mío.
— No, no lo es, pero me gustaría dejar esto claro. Tal vez entonces podríamos centrarnos en el motivo de mi llamada, esto es, ¿cuándo podemos quedar para vernos?
— ¿Sabe mi madre lo que estás haciendo?

— No — respondió Finn con impaciencia — . Abigail no es mi guardián. No tengo que pedirle permiso para preguntarle a su hija si quiere tomar el té conmigo.
— ¿El té?
— No puedo salir antes de las cuatro. En realidad, me vendría mejor que vinieras aquí a tomarlo. Me queda bastante trabajo y no tengo mucho tiempo.
— ¡Quieres que vaya a tu hotel!
— ¿Por qué no? No estaremos solos. Mi ayuda de cámara y mi secretaria no andarán lejos, si lo que te da miedo es mi reputación.
— Yo... yo no puedo ir a tu hotel. Y, además, si estás tan ocupado, ¿cómo has encontrado tiempo para llamarme? ¿No has tenido que interrumpir tu concentración?
— En cierto modo, sí, — replicó Finn bruscamente — . Mira, deja de dar rodeos y dime qué piensas hacer. Después de lo de anoche, debes pensar cosas horribles de mí, pero por lo menos dame la oportunidad de disculparme.
— ¿Lo que quieres es disculparte?
— Claro. Bueno, ¿vas a venir?
— No. No puedo. No deberías habérmelo pedido. Yo... yo he olvidado todo lo que pasó anoche. Los hombres, cuando beben, no son responsables de sus actos.
— Vaya — repuso él con un tono que indicaba que no estaba precisamente complacido con su rechazo — , veo que tienes más experiencia de lo que yo pensaba. Muy bien. Me alegro de saber que no te molesté. Adiós, Tania. Ya nos veremos.
«No si puedo evitarlo», pensó Tania, disgustada, mientras colgaba el teléfono. Era un hipócrita, se dijo, subiendo las escaleras de dos en dos. ¿Cómo se atrevía a imaginar que podía pasar con una simple disculpa? Le estaría bien empleado si llamaba a su madre y le decía lo canalla que era. Claro que el problema estaba en que ella no podía estar segura de que Abigail la creyera; en esa clase de situaciones lo más frecuente era que saliera peor librado el informador.
La señora Rogers le llevó un emparedado y otra taza de café a la una, como solía hacer cuando Tania estaba trabajando, pero aunque se lo agradeció, la joven no tenía ganas en ese momento de jamón y queso. Dando un suspiro de desesperación, le dijo al ama de llaves que iba a salir y se puso un chaquetón encima de la camisa manchada de carboncillo y los vaqueros gastados.
El tiempo había mejorado sensiblemente desde que su padre se había marchado aquella mañana. El sol se abría paso entre las ramas húmedas de los árboles de la plaza, animándola con su luminosidad en su proyecto de salir a tomar un poco el aire.
Una vez en su coche, iba bajando un poco más deprisa que de costumbre por el camino de salida cuando tuvo que frenar bruscamente para evitar el vehículo que giraba en ese momento para entrar en Gourt. Empezaba a arrancar de nuevo cuando se dio cuenta de que el coche con el que había estado a punto de chocar era un BMW verde oscuro; se fijó en su interior y reconoció a Finn. .
Él la reconoció en el mismo instante, pero Tania no tenía ninguna intención de quedarse allí parada para averiguar por qué había ido a su calle. Aceleró con el propósito de perderle de vista.
Cuando divisó al BMW detrás de ella, adivinó que él no estaba dispuesto a dejarla marchar. Suspiró con impaciencia al comprender que no iba a poder distanciarse de él en una carretera abierta; la única posibilidad de perderle consistía en meterse por las callejas del centro de Manchester, así que giró a la derecha sin señalar y pasó a toda

velocidad el primero de una serie de semáforos.
Un vistazo por el espejo retrovisor le hizo ver que el vehículo de Finn tenía más capacidad de maniobra que la mayoría de los coches, y ella se dijo que tenía que ser mucho más astuta si quería escapar de su asedio. Señaló hacia la izquierda y giró a la derecha en el último momento, de manera que las llantas de su coche chirriaron cuando giró bruscamente el volante. El BMW simplemente esperó hasta que ella hubo controlado su automóvil y entonces señalizó. Tania oyó los gritos furiosos del motorista que venía de frente y al que había estado a punto de llevarse por delante.
Suponía que Finn no estaba disfrutando precisamente del recorrido, aunque era evidente que no le resultaba nada difícil mantenerla siempre a su alcance. Después de varios minutos más de persecución, a Tania ya le daba vueltas la cabeza; tal vez por eso entro en una calle que no había visto antes y tuvo que frenar ante el muro que se alzaba frente a ella. Era una calle sin salida, como indicaba la señal circular que había en la esquina, pero ella se había distraído vigilando a Finn y no la había visto.
Miró por el espejo retrovisor, dispuesta a ver el BMW detrás de ella, pero ante su asombro el callejón estaba desierto. Parpadeó sin dar crédito a sus ojos, sin atreverse a pensar que le había despistado por fin, pero eso debía ser. De algún modo, no sabía cómo, se lo había quitado de encima, y Tania suspiró encantada, imaginándose lo furioso que debía estar.
— ¡Sal!
La brusca orden la tomo desprevenida, por lo que miró a Finn, sorprendida, mientras él le quitaba las llaves del coche.
— He dicho que salgas — repitió él y, a causa de su aturdimiento, Tania le obedeció.
— Yo... yo no puedo quedarme aquí. Es una calle cortada.
— Deberías haber pensado en eso antes de meterte aquí. Estaba esperando que cometieras un error. Con esa forma de conducir me sorprende que todavía estés entera.
— Soy una buena conductora — replicó Tania, una vez que la sorpresa dio paso al resentimiento — . Y yo no me interpongo en el camino de la gente cuando menos se lo esperan. Podía haberme dado un infarto por segunda vez hoy.
— ¿Sólo por segunda vez? Creía que era la tercera por lo menos.
— Te crees muy listo, ¿verdad?
— No, no me creo especialmente listo. Si lo fuera, estaría ensayando en mi hotel en vez de dedicarme a seguirte en esa carrera enloquecida por todo Manchester.
— Nadie te ha pedido que me siguieras.
— Eso es cierto; no obstante, podía habérsete ocurrido que no iba a Gourt sólo como pasatiempo. Como tú has decidido jugar a policías y ladrones, no he tenido más remedio que seguirte.
— ¿Dónde está tu coche? — le preguntó Tania, mirando a su alrededor.
— Aparcado enfrente del hospital. Yo no ignoro las señales de prohibido el paso. A la policía no le gustan esa clase de cosas.
— Muy gracioso — repuso ella haciendo una mueca.
Se sentía deprimida y un poco tonta. Le miró con una expresión sombría mientras se preguntaba qué estaba pensando él en realidad.
— Bueno... — suspiró Finn — , ¿ahora qué? ¿Empezamos bien o en cuanto te devuelva las llaves vas a escapar de nuevo?

— No me escaparé. Dame las llaves. No quiero que me pongan una multa.
— ¿Vas a seguirme a mi hotel?
— No. Yo quería tomar un poco el aire. Iba a pasear al parque. Puedes venir conmigo si quieres.
— ¿A qué parque? — le preguntó Finn recelosamente.
— A cualquiera. Fallens's Park es el que está más cerca de aquí. Podíamos ir allí. Eso, suponiendo que yo pueda salir de aquí, claro.
— Te ayudaré — dijo él bruscamente, dándole las llaves y dirigiéndose a la esquina — . Da marcha atrás y yo te indicaré cuando tengas vía libre.
Una vez que se encontró afuera y que Finn se encaminó a su automóvil, Tania apretó los labios. Era tan frío, pensó con resentimiento, estaba tan seguro de sí mismo y de controlar la situación... Ella no tenía la culpa de que la hubiera perseguido por todo Manchester, haciéndole perder su precioso tiempo. Además, ¿cuánto tenía que practicar? Él ya tocaba el piano a la perfección. ¿Por qué no la dejaba en paz en vez de hacer que se sintiera responsable de todo aquello?
Encontró un sitio para aparcar al lado del campo de cricket y luego esperó con impaciencia a que aparcara Finn. Éste se metió con una habilidad envidiable en un hueco estrecho que Tania había rechazado y después salió del BMW, poniéndose una chaqueta de cuero.
— Has esperado — comentó él irónicamente — . ¿Paseamos?
— ¿Por dónde? ¿Al lado del canal o entramos en el zoo?
— Simplemente vamos a pasear.
Tania se encogió de hombros y le acompañó por los senderos primero y luego por la hierba. Estaba húmeda, por lo que había poca gente por allí, pero era agradable andar sobre ella. Tania sentía que iba relajándose a medida que Finn le hablaba del tiempo y de su preferencia por los climas más cálidos. Ella observó que, como su madre, estaba muy moreno y eso le recordó que acababa de pasar tres semanas en el Caribe. Ese pensamiento hizo que perdiera su anterior estado de ánimo tolerante.
— ¿Qué hacías en Gourt? — Le interrumpió de pronto, deseando que fuera al grano — . Ya te habías disculpado por teléfono. ¿No te parece una temeridad ir a la casa de mi padre?
— En cierto modo, sí. No obstante, después de pensarlo, decidí que tenía que hablar contigo. No quería que te quedara una impresión equivocada de mí.
— Por lo que a mí se refiere, no puedes justificar lo que ocurrió. Me sorprende tu temeridad al creer que no voy a decírselo a mi madre.
— Adelante — dijo él con una expresión furiosa — . Si eso es lo que quieres, díselo. Es asunto tuyo.
— No te importa porque sabes que mi madre no me creería — estalló ella y se detuvo, mirándole airadamente — . Está tan obsesionada contigo que lo primero que se le ocurriría sería que estaba inventándomelo... que en el fondo estaba celosa.
— ¿Y no es cierto?
Sin pararse a pensar lo que iba a hacer, ella alzó la mano y le dio una bofetada; luego, observó con una sensación de incredulidad cómo se formaban unas marcas rojizas en su mejilla.
Tania retrocedió, en parte temiendo que él fuera a devolverle el golpe. Pero no lo hizo. Simplemente, permaneció quieto mirándola, esperando a que ella hiciera algo. A la

joven lo único que se le ocurrió fue alzar los hombros; se sentía culpable y vulnerable.
Finn tocó su barbilla para hacerle levantar la cara, pero la reacción instintiva ele Tania fue apartarse de él. No obstante, con eso sólo consiguió tropezar con el tronco del árbol que había detrás de ella.
— Lo siento — murmuró Finn con voz ronca y un cierto tono tierno — , pero cuando estoy contigo haces que me sienta terriblemente egoísta y siempre acabo haciéndote daño.
Tania echó las manos hacia atrás para apoyarse en el árbol. Sus palabras no la habían tranquilizado. Al contrario, la joven temía que si él seguía acariciando su barbilla, ella no iba a ser capaz de resistir el deseo de besar su mano. El pánico le hizo volver la cabeza.
Pero él no la dejó recobrarse. Se acercó más a ella y esta vez Tania no tuvo más remedio que mirarle a los ojos cuando él cogió su rostro entre las manos. Éstas se deslizaron hasta su cuello y luego, dando un suspiro, Finn inclinó la cabeza. Al principio sus labios rozaron los de ella tentativamente, como si no estuvieran seguros de su reacción, pero al no haber resistencia por parte de Tania, su lengua acarició el contorno de su boca. Era una señal sensual y seductora de lo que podía ser el acto amoroso, y Tania reclinó la cabeza en el tronco del árbol, perdida en un mar de emociones. Los persuasivos besos que él depositaba en su labio superior primero y en el inferior después despertaron en ella los mismos sentimientos que había experimentado la noche anterior. Por más que se esforzaba por permanecer impasible, la cabeza ya empezaba a darle vueltas. Era un experto en el arte de la seducción, como lo demostró al introducir la lengua entre sus labios para separárselos e inundarla de una increíble sensación de placer.
Tania se rindió ante la dulce y devastadora invasión, agarrándose a sus brazos. Él, también impresionado por la ávida unión de sus bocas, se dejó caer sobre su cuerpo, aprisionándola contra el árbol. Sus manos abandonaron su cuello para abrirle el chaquetón y capturar sus senos. Incluso a través de la camisa, ella notó cómo éstos se endurecían al sentir el tacto de sus manos.
— Tania — dijo él, después de separarse de su boca y apartarse de ella con un gran esfuerzo.
Se produjo un silencio tenso, ya que Tania no podía decir nada. Durante unos momentos de aturdimiento permaneció quieta hasta que el aire frío la hizo reaccionar. Disgustada, se abrochó el chaquetón con las manos temblorosas y esperó sus disculpas.
— No quería que sucediera esto — murmuró él por fin — . Quería verte... eso era todo. No tenía intenciones de tocarte. Pero consolarte me pareció algo tan inocente... ¡Inocente! — Repitió con rabia — . ¡He debido volverme loco!
— No sigas — le interrumpió Tania bruscamente, apartándose del árbol — . Es evidente que crees todo lo que dices. Eso es lo que lo hace más patético.
— ¿Qué quieres decir?
— ¿No es éste el momento en que vas a decir que no debemos volver a vernos? — respondió ella con frialdad — . ¿Que tú querías que fuésemos amigos, pero que eso ya resulta imposible?
— Eres...
— ¿Qué pasa? ¿Soy demasiado sincera? ¿O hablo demasiado claro para tu gusto?

¿Qué esperabas, Finn?
— Respecto a lo de no volver a vernos, tendrías que preguntarle a tu madre, ¿no te parece? — comentó Finn rudamente — . Lo único que iba a decirte, lo más amablemente posible, era que en este momento no hay lugar en mi vida para complicaciones sentimentales, pero ya veo que me he equivocado al considerar tus sentimientos. Vámonos antes de que diga algo de lo que me arrepienta. Después de todo, eres la hija de Abigail.
Anduvieron en silencio hasta donde habían dejado los coches. Tania habría preferido ir sola; de todas formas, consiguió adoptar una expresión de fría indiferencia hasta llegar al aparcamiento. No obstante, una vez allí, sintió que la abandonaba la seguridad y se precipitó a su automóvil. Temblaba tanto que dudaba incluso que pudiera llegar a Gourt, por lo que esperó a que Finn se marchara primero.
Pero él no lo hizo. Sacó el BMW y luego, dejando el motor en marcha, salió y se dirigió al coche de Tania. Esperó a que ella bajara la ventanilla para poder hablarle, pero como ella no lo hizo, él abrió la puerta con un gesto de impaciencia.
— Para que te quedes más tranquila le diré a Abigail que te he visto... — empezó fríamente y entonces se interrumpió al ver las lágrimas que corrían por su rostro — . Por Dios, Tania — murmuró, aturdido — . Oh, por Dios santo, ¿qué voy a hacer contigo?
Tania no le contestó. No podía. Aprovechando la perplejidad de Finn, cerró la puerta y encendió el motor. Él debía haberse marchado en su coche y no volver para comprobar cuánto la había herido. No tenía objeto prolongar la humillación, así que salió del aparcamiento y aceleró.
Finn se quedó allí, mirando cómo se marchaba. Había una expresión de frustración en su rostro, pero ella no intentó analizarla. No le cabía la menor duda de que estaba maldiciéndose por haber ido a buscarla. Vio que él volvía a su coche, y esta vez ella sabía que no iba a seguirla.

Capítulo 7

Durante las dos semanas siguientes, Tania se dedicó exclusivamente a su trabajo, rechazando todas las invitaciones con la excusa de que no tenía ni un momento libre. Aunque Peter bromeaba diciéndole que no había pretendido que se convirtiera en una reclusa, Tania insistía en que era la única manera de hacer algún progreso.

Y en cierto modo tenía razón. Al cerrarse a cualquier tipo de relación, podía concentrarse totalmente en su trabajo, y la satisfacción que obtenía la ayudaba a compensar las otras deficiencias de su vida.

Al principio no fue fácil. El fin de semana después de la escena que había tenido con Finn, su madre la llamó para invitarla a otra fiesta y se enfadó cuando Tania le dijo que no podía ir.

— Claro que puedes venir, Tania. Después de haberte introducido en mi círculo, lo mínimo que debes hacer es demostrar un poco de gratitud. Además, irá gente que te interesa conocer, gente que podría ayudarte en tu trabajo.

— No necesito ninguna ayuda, madre — suspiró Tania.

— Me llamo Abigail, y todo el mundo necesita ayuda. De todos modos, quiero que estés aquí. No es mucho pedir cuando voy a marcharme a Francia dentro de dos semanas.

— ¿Vas a irte?

Abigail interpretó mal el sobresalto de su hija, por lo que le explicó rápidamente:

— Voy a cantar en diciembre, y como Finn sólo ha estado en Francia en una ocasión vamos a pasar unos días allí antes de empezar los ensayos. Francia es un país maravilloso; la considero mi hogar espiritual y quiero que Finn comparta ese sentimiento conmigo... aparte de que conozca a gente que le será muy útil.

— Ya veo — murmuró Tania — . Bueno, os deseo que lo paséis muy bien. Supongo que te veré cuando vuelvas a Gran Bretaña. ¿Regresarás en enero?

— ¿Eso quiere decir que no vas a cambiar de opinión?

— Me temo que no. Al contrario que Finn, yo creo que la única manera segura de alcanzar el éxito es el trabajo constante.

Durante su segunda semana de aislamiento, Clarence Marston cayó enfermo con la gripe, por lo que Tania tuvo que dividirse para atender a su trabajo y a su padre. Éste se resfriaba mucho más a menudo últimamente, y una vez más tosía de la manera que a Tania le había preocupado tanto la última vez que estuvo enfermo. Tuvo la oportunidad de comentarle sus inquietudes al médico en la visita siguiente, y éste le aconsejó que lo que su padre necesitaba era reposo.

— Le hacen falta unas vacaciones, Tania. ¿No has podido convencerle para pasar unas cuantas semanas al sol? Creo que Florida es muy agradable en esta época del año.

— No querrá ir, doctor Molinert — suspiró Tania — . ¿Cree que no he intentado convencerle? Un amigo suyo le dejaba la villa que tiene en Francia, pero él no quiso aceptar. Sólo vive para su trabajo, y si alguien amenaza con apartarle de él...

— Sé a lo que te refieres. Tengo otros pacientes con la misma manía. Bueno, vamos a

ver qué puedo hacer.
Contra lo que esperaban, Clarence les sorprendió aceptando la sugerencia del doctor Molinert.
— La Navidad ya está cerca — le dijo a Tania después de que el médico se retiró — . Podíamos pasar unos días en Centroamérica, si te parece bien. La señora Rogers quiere ir a ver a su hija , así que no habrá ningún problema aquí.
— ¡Oh, papá! — exclamó Tania, encantada — . ¿A qué isla? ¿Trinidad? ¿Antigua? Hay tantas... y a mí me gustaría verlas todas.
— Yo había pensado... Barbados — contestó su padre, y Tania empezó a preocuparse — . Parece que es el sitio al que va más gente, y como nosotros no hemos estado antes, es un buen lugar para empezar.
— ¿Por qué no Barbados?
— Porque yo quiero ir a Trinidad— replicó él bruscamente — . Creía que te daba igual donde fuéramos con tal de tomar el sol.
— Y me da igual. Si quieres ir a Barbados, allí iremos.

Pero no podía evitar recordar que su padre le había dicho que Abigail había vuelto hacía poco de Barbados. La relación era evidente.
Una vez que tuvo los bocetos de Baider, el aprendiz de Elvira, Tania inició el proceso de tramar la primera historia. Iba ilustrando la narración con tiras de dibujos, en los que la torpe Elvira conducía a su confiado aprendiz a una serie de aventuras desastrosas, donde se mezclaba la emoción y el humor. En aquel mundo ideal podía olvidar sus preocupaciones, aunque estas terminaban aflorando durante las horas que no trabajaba.
Un día leyó en el periódico de la mañana que Abigail se había marchado a Francia el día anterior. Había una fotografía de ella en el aeropuerto, sonriendo, y aunque no se veía con claridad a la persona que iba con un abrigo oscuro a su lado, Tania no tuvo la menor duda de que era Finn. Según el artículo, Abigail Racom se dirigía a Italia para actuar en la ópera y no era probable que volviera a Gran Bretaña hasta finales de enero.
Tania se preguntó si su padre no habría leído algo parecido antes de acceder a ir de vacaciones. Si se había enterado de que Abigail iba a pasar la Navidad fuera del país, a lo mejor había supuesto erróneamente que iba a volver al Caribe. Después de todo, a su madre siempre le había gustado el sol, y lo más seguro era que su padre no supiera nada del recital de Italia.
Con Abigail fuera de Gran Bretaña, Tania descubrió una nueva sensación de libertad. Ya no se sobresaltaba cada vez que sonaba el teléfono, ni miraba furtivamente por el espejo retrovisor cuando conducía esperando ver un BMW verde oscuro. En realidad, empezaba a creer que había exagerado el efecto que había tenido la reaparición de Finn en su vida.
Clarence Marston volvió al trabajo a principios de diciembre, y Tania pudo dedicarse por entero a las aventuras de Elvira y Baider. Aunque no lo creía posible, quería acabar el libro antes de marcharse a Barbados.
El miércoles por la tarde de la semana que su padre había empezado a ir al despacho, Tania estaba trabajando en su estudio cuando sonó el timbre de la puerta. Aquel ruido inesperado la distrajo del dibujo que estaba haciendo, una escoba a propulsión que

Elvira había inventado, y suspiró con impaciencia al darse cuenta de que la señora Rogers había salido. Desde luego, podía ignorar la llamada y no abrir, pero podía ser Andrea, quien últimamente se había quejado de que no les hacía mucho caso, y no le pareció bien dejarla en la puerta.
Mientras bajaba la escalera, el timbre volvió a sonar, lo que le hizo apresurar el paso. Una rápida ojeada al espejo del vestíbulo le aseguró que estaba razonablemente presentable. Su pelo, a pesar de la cinta de terciopelo negro que lo sujetaba, estaba algo revuelto a causa de la frecuencia con que se pasaba los dedos por él mientras trabajaba. Sobre los pantalones de pana de color malva, llevaba un jersey arremangado.
Había sido un día brumoso, por lo que aunque no eran más de las tres, ya empezaba a oscurecer en la calle. No obstante, la neblina no le impidió reconocer al hombre que esperaba afuera.
Finn, vestido con unos vaqueros y una chaqueta de cuero marrón, daba la impresión de llevar bastante tiempo allí, y Tania miró a su alrededor ansiosamente, preguntándose, quién podía haberle visto. Después, su pensamiento inmediato fue: «
¿Qué está haciendo aquí? ¿Por qué no está en Italia con Abigail?».
— ¿Puedo entrar? — preguntó él, viendo que ella no decía nada.
— No hay nadie en casa — dijo ella temblorosamente — . Yo... el ama de llaves ha ido a ver a su hija. Mi padre está en el trabajo, y yo estoy en casa sola.
— Eso es lo que pensaba — repuso Finn y se dirigió al interior — . Vamos, Tania, no he venido para que me tengas en la puerta.
Tania se apartó, porque si no, él habría chocado con ella al entrar. Cuando Finn cerró la puerta. Tania buscó a tientas el interruptor de la luz. El vestíbulo estaba en penumbra, lo que le daba a la joven una sensación de claustrofobia, pero mientras buscaba el interruptor, él se acercó a ella y cortó sus palabras de protesta con su boca.
Tania consiguió soltarse momentos después y corrió al otro extremo del vestíbulo, donde encendió por fin la luz. Se quedó quieta en el primer escalón, diciéndose que tenía que guardar la calma, No debía haberle dejado entrar. En cuanto había visto quién era, debía haberle dado con la puerta en las narices. Pero el verle había despertado todas las emociones que había tratado de reprimir durante esos días, y ella no había tenido la suficiente fuerza de voluntad para despedirle.
En ese momento Finn se metía las manos en los bolsillos de los pantalones y miraba a su alrededor con evidente interés. Sus ojos se detuvieron en el paisaje que Tania había pintado y que su padre había querido colgar en el vestíbulo.
— ¿Es tuyo? — le preguntó él tranquilamente, como si aquel beso rápido no hubiese tenido lugar, y Tania asintió — . Es bueno — comentó e inclinó la cabeza para leer la firma — . Tania Marston, septiembre 1980.
— ¿Qué es lo que quieres? Por favor... no puedes quedarte aquí. Si viene mi padre y te encuentra, él... él...
— ¿Qué hará? ¿Me echará? Puede intentarlo.
— No hace falta que me digas que eres más fuerte que mi padre. Me refería a que él no se encuentra muy bien y si te ve aquí... puede ser perjudicial para su salud.
Finn bajó la cabeza y avanzó un paso hacia ella.
— De acuerdo. Si me prometes que vas a escuchar lo que tengo que decirte, me iré antes de que tu padre vuelva a casa.

— ¿Por qué no me dejas en paz? Después de lo que ocurrió, creí que esto ya había acabado. Tú mismo dijiste que no tenías tiempo para... complicaciones.
— Te dije que no había lugar en mi vida para complicaciones sentimentales — la corrigió Finn mientras acortaba la distancia que había entre ellos con pasos lentos — . Mira, ¿no podemos hablar en otro sitio? No me gusta que observen nuestra conversación.
— ¿Quiénes?
— Afuera había dos señoras mayores a las que parecía interesarles mucho que yo estuviera en la puerta. ¿No crees que provocará su curiosidad el que me hayas dejado entrar y luego no me ofrezcas asiento? — añadió, señalando los cristales esmerilados de la puerta.
— Supongo que te refieres a las señoritas French — suspiró Tania.
Se imaginó lo que estarían pensando las dos hermanas solteras que vivían dos casas más abajo, las cuales, desde que Tania había empezado a ir al colegio, habían mostrado un interés enfermizo por cualquier joven que había llevado a su casa.
— Enséñame dónde trabajas — le propuso Finn al tiempo que llegaba a la escalera y apoyaba una mano en la pared y otra sobre la que ella tenía en la barandilla.
— No puedo...
— ¿Por qué no puedes? Yo te enseñé dónde trabajaba hace unos años.
— Eso no era lo mismo.
— ¿Por qué no? — Insistió, entrecerrando los ojos — . Me interesa verlo, de verdad. Y... y si tu padre vuelve, te prometo que me escabulliré por la parte de atrás.
— Finn...
— ¿Humm?
Tenía los ojos fijos en su boca, y ella casi podía sentir su caricia.
— ¿Dónde... dónde está Abigail?
— En Italia, supongo.
Tania se soltó de su mano y subió la escalera. Jamás le había parecido su estudio tan descuidado. Había papeles arrugados y lápices rotos por el suelo, además de montones de cuadernos, tinteros y varios tubos de pintura repartidos sin orden. Tenía muy pocos muebles; sólo una mesa, un caballete, un armario, un taburete y un viejo sofá.
— Así que... este es el escondite de Elvira — comentó Finn, observando las pinturas de Tania que adornaban las paredes — . ¿En qué estás trabajando ahora?
— Yo... — respondió ella, desconcertada porque él había cerrado la puerta — , yo he inventado otro personaje. Baider. Es el aprendiz de Elvira. Peter, mi agente, creía que era buena idea crear otro personaje.
— ¿Este es Baider? — preguntó Finn cuando se acercó al caballete.
— Sí — asintió Tania y se aproximó también a la pequeña figura, mezcla de gato y murciélago.
— Estás temblando. ¿Por qué? No tendrás miedo de mí, ¿no?
— Tengo frío — replicó ella con un considerable grado de seguridad, teniendo en cuenta lo perturbada que estaba, sobre todo cuando él se volvió hacia ella.
— Fui a Francia — dijo Finn.
La esperanza que Tania había tenido de que quizá no hubiera acompañado a su madre murió.

— Lo sé. Vi la fotografía de Abigail en el periódico. ¿Lo pasaste bien?
— Francia era... interesante — contestó él mientras cogía un mechón de su pelo y se lo llevaba a los labios — . Te echaba de menos. Me preguntaba qué estarías haciendo y si me habías perdonado.
— ¿Perdonado? Tú me echaste la culpa de... de lo que ocurrió aquel día.
— ¿Yo? Bueno, no puedo echarte la culpa de lo de ahora, ¿no? He venido de Italia porque quería verte.
— ¿Y le has dicho a mi madre por qué volvías? — preguntó ella, tratando de ignorar la caricia de sus dedos en su hombro — . ¿O una vez que ha cumplido su misión ya no merece que le dediques ninguna atención?
— Le he dicho a Abigail que volvía a Gran Bretaña. — respondió — . No veía la necesidad de hacerle daño diciéndole que venía a verte, pero si tú quieres disfrutar de ese privilegio desde luego no puedo impedírtelo.
Tania hizo una mueca de dolor cuando él la obligó a mirarle, lo que suavizó la expresión sombría de Finn.
— ¿Por qué insistes en mencionar a tu madre siempre que estamos juntos? Yo no te pregunto por ese hombre... Peter, o Rick Snow, o cualquier otro que conozcas. ¿Por qué persistes en atormentarnos?
— Pero tú... tú te acuestas con Abigail, ¿no?
— Me he acostado con muchas mujeres. Si eso es lo que quieres averiguar, sí, soy bastante normal al respecto.
— No me refería a eso — murmuró ella temblorosa.
Pero cuando él movió la mano para cogerla por la nuca, Tania no se apartó.
— Te deseo — dijo Finn e inclinó la cabeza para acariciar la suavidad de su mejilla con los labios — . Deseo acostarme contigo.
— No puedes... no podemos...
Presa del pánico, Tania intentó separarse de él cuando sus labios alcanzaron su boca, pero Finn la atrajo con más firmeza hacia él. Al introducir la lengua entre sus dientes, la joven sintió que la invadía una tremenda debilidad; no obstante, aún tuvo fuerzas para tratar de empujarle mientras sus labios recorrían la curva de su barbilla. Sin embargo, cuando él cogió sus manos, poniéndolas entre ellos, y los dedos de Tania rozaron su palpitante virilidad, ella se abandonó en sus brazos y Finn se apoderó ávidamente de su boca.
— Te necesito, Tania. No puedo comer, ni dormir, ni trabajar. No puedo hacer nada sin pensar cuánto te deseo, cuánto anhelo sentirte junto a mí... desnuda, juntos.
— Finn, esto es una locura...
— Quítate esto — murmuró él, deslizando las manos debajo del jersey — . Quiero ver tus senos.
— Finn...
Él la soltó un momento para quitarse la chaqueta y luego dejarla caer al suelo. La camisa siguió el mismo camino, pero cuando se dispuso a soltarse el cinturón, Tania se volvió rápidamente.
— ¡No!
— ¿Por qué no? — Susurró, acariciándole la nuca con los labios — . A mí no me avergüenza que veas mi cuerpo. Déjame desnudarte.
Toda resistencia cedió cuando sus manos capturaron posesivamente sus senos. Finn

le quitó el jersey y después la cinta de terciopelo que sujetaba su pelo, de modo que las ondas sedosas cayeron sobre sus hombros. Luego, la hizo volverse hacia él; aunque ella quería cubrir su desnudez, Finn no se lo permitió y la contempló largamente.
— Vamos al sofá.
Ella se dejó llevar hasta el rincón en penumbra donde estaba el sofá. Con ternura, él la reclinó en los cojines y se arrodilló a su lado, cubriendo sus manos y muñecas de besos apasionados que la hicieron temblar.
Cuando sus labios se dirigieron a sus senos, Tania se estremeció, pero no podía impedir lo que él le estaba haciendo. Sentía la sensualidad exquisita de su lengua y sus dedos acariciantes en esa zona sensible de su cuerpo.
Sin saber exactamente cómo, se encontró tumbada en el sofá, mientras los labios de Finn buscaban los suyos ansiosamente. Al tiempo que su lengua se introducía profundamente en su boca, ella notó que le desabrochaba los pantalones.
Una vez más la invadió el pánico. El roce del muslo de él contra el suyo le hizo darse cuenta de que Finn también se había quitado la ropa. Tenía las piernas aprisionadas por una de las suyas, y la fragancia sutil de su piel la envolvía. Sin poder contenerse le abrazó y le atrajo hacia ella.
— Tú me deseas... ¡dilo! — le ordenó él apasionadamente.
— Te deseo — repitió ella y le hizo bajar la cabeza para que la besara.
Finn lanzó un suspiro de satisfacción mientras se movía para cubrir su cuerpo.
Aquella era una experiencia totalmente nueva para Tania. Jamás había compartido con nadie esa clase de intimidades, pero en ese momento no era consciente de que Finn no lo sabía. La sensación que le provocaba el roce de su piel, el aroma masculino de su cuerpo... todo eso había borrado de su mente los elementos prácticos de la situación, y aunque Tania sabía lo que quería de ella, cuando él le separó las piernas, se puso tensa.
— Sí, Tania — dijo Finn con voz ronca.
— Yo... no. No debes... — susurró ella temblorosamente, mientras su insistente caricia la sumía en una nebulosa de placer.
Finn ya no la escuchaba. Con un gemido de deseo, su cuerpo buscó su dulce femineidad, y aunque hubo un momento de duda cuando encontró aquel obstáculo inesperado, ya era demasiado tarde para impedir que ocurriera lo inevitable. La joven ahogó un grito de dolor contra el hombro de Finn al sentir la abrasadora penetración, pero él la obligó a levantar la cabeza para poder mirarla.
— ¡Por Dios, Tania! — murmuró bruscamente, pero luego, cuando vio el brillo de las lágrimas en sus ojos, la abrazó estrechamente y hundió el rostro en la sedosa cortina de su pelo dorado rojizo — . Tania, no puedo detenerme ahora.
Comprobó que no le hacía daño. Parecía que su cuerpo estaba preparado para recibirle, ya que su respiración se agitaba al mismo ritmo que la de él y los movimientos de su cuerpo se acompasaban con el poderoso empuje de sus caderas. Era increíblemente delicioso sentirle dentro de ella, poseyéndola, llenándola... como increíbles le parecieron los gemidos de placer que surgieron de su garganta cuando alcanzaron el climax.

Capítulo 8

Tania oyó que se aproximaba el coche de su padre. No sabía si habían pasado unos minutos o unas horas; de lo único que estaba segura era de que Finn seguía a su lado, con una pierna y un brazo sobre ella, para asegurarse de que no pudiera escapar sin que él lo advirtiera.

— Eh — protestó él, somnoliento, cuando ella se sentó — . Tania, no te vayas. Todavía no. No hemos terminado...

— Oh, por favor, date prisa — murmuró ella frenéticamente, levantándose del sofá — . Vístete. ¿oyes? Es el coche de mi padre.

Finn se incorporó y cruzó los brazos detrás de la cabeza sin mostrar ninguna vergüenza.

— ¿Y qué? ¿Qué quieres que haga? ¿Que coja la ropa y baje por la tubería de desagüe? Tania, sé que no lo habías hecho antes — sonrió Finn — . Pero dejemos eso ahora. Puedes presentarme a tu padre. Dudo que se acuerde de mí.

— No hablarás en serio.

— ¿Por qué no? Es la solución más sensata.

— ¡Sensata! — exclamó mientras se ponía a toda prisa el jersey y el pantalón.

Recordando cómo había reaccionado Clarence Marston ante la mención del joven pianista, la joven sabía que no había nada sensato en presentarle a su padre a Finn Eastwood

— Ponte la ropa — le rogó.

— Si insistes...

Finn por fin se levantó del sofá y, aprovechando que estaba distraída abrochándose los botones del pantalón, depositó un beso tentador en la comisura de sus labios. Tania se estremeció.

— Finn, por favor... — susurró cuando él liberó su boca.

Con un gesto de indiferencia, Finn cogió su ropa.

— Si no te gusto como soy, desde luego — comentó él, burlón.

— No... No es eso — protestó ella débilmente, incapaz de apartar los ojos de él mientras se subía la cremallera de los vaqueros.

— Lo sé. ¿Crees que sería tan obediente si no pensara que te importo?

— Oh, Finn.

Durante unos instantes, Tania observó cómo terminaba de vestirse. Le producía un intenso placer compartir esa intimidad con él, y recorrió su cuerpo con la mirada posesivamente.

— Te recomiendo que no sigas mirándome así — le dijo Finn, cogiendo la chaqueta, y el corazón le dio un vuelco a Tania al ver el deseo que brillaba en sus ojos — . ¿Ya tengo un aspecto presentable? ¿Crees que le parecerá bien a tu padre? Confío en que no parezca que me he pasado la última hora haciéndole el amor a su hija.

— Me parece bien a mí — murmuró Tania y Finn rodeó su cintura.

— Sabes lo que siento por ti, ¿verdad? — dijo con la voz velada por la emoción — . Y tenemos mucho de qué hablar. Dile a tu padre que vamos a cenar juntos, ¿eh? Esta

noche no quiero que haya interrupciones.
— Finn! Yo... yo no puedo hacer eso.
— ¿Por qué no? ¿Quieres que lo haga yo?
— No... No puedo presentarte a mi padre. Tú me prometiste que te marcharías si mi padre venía a casa. Por favor, déjame llevar esto a mi manera.
— Si insistes...
Finn alzó los hombros con un gesto de derrota y Tania estuvo a punto de ceder. Pero el recuerdo de la expresión de su padre cuando hablaba de Finn Eastwood la obligó a mantenerse firme y, cautelosamente, abrió la puerta del estudio.
— Creo que está en su despacho. Vamos, puedes marcharte sin que sepa que has estado aquí.
— Si eso es lo que quieres... pero recuerda que ha sido idea tuya, no mía.
Mientras bajaban la escalera, Tania empezó a entender por qué Finn no había sido partidario de irse de esa manera. Ella estaba convirtiendo el acto dulce y hermoso que habían compartido en algo clandestino y sórdido. Ya estaba casi convencida de que decir la verdad no podía ser tan malo, cuando oyó que se abría la puerta del despacho y la invadió el pánico. Cogió a Finn de la mano y le obligó a bajar a toda prisa, abrió la puerta y le empujó afuera sin ninguna consideración hacia sus sentimientos.
— ¡Espera! — la fuerza con que Finn le sujetó la muñeca le hizo darse cuenta de que él podía haber impedido fácilmente que le echara así de su casa — . Esta noche — dijo Finn con voz ronca — . Vas a cenar conmigo esta noche. Ven al hotel. Bajaré a buscarte al vestíbulo a las siete.
— ¡No! — Tania oía que su padre se acercaba por el pasillo y movió la cabeza negativamente — . No puedo. ¡No puedo cenar contigo!
Se soltó la mano y cerró la puerta bruscamente, antes de que él pudiera protestar.
— ¡Papá!
Tania se sorprendía de su propia hipocresía mientras se volvía para saludar a su padre. Con la espalda apoyada en la puerta, como si de esa manera pudiera impedirle que viera la sombra del hombre que se alejaba, le miró inocentemente.
— ¡Tania! — exclamó Clarence, sorprendido — . ¿Acabas de venir?
Se dio cuenta de que no iba a creerse que venía de la calle sin abrigo.
— No.
— Alguien ha estado aquí — dijo él, receloso, casi como si hubiera percibido el olor de la colonia de Finn — . Un hombre. Era un hombre, ¿verdad, Tania? ¿Quién era? ¿Le conozco? ¿Y dónde estabais cuando he llegado a casa?
— Yo... nosotros estábamos en el estudio. Es un amigo de Peter. Marston... Marston Chaster.
— ¿De verdad?
Considerando que Finn había tenido tiempo de sobra para marcharse, Tania se apartó de la puerta y se dirigió al salón.
— Sí, de verdad — contestó y lanzó un suspiro de alivio al ver que su padre la seguía — . Le interesan mis ilustraciones. He estado enseñándole los bocetos del libro nuevo.
— ¿Y por qué tenía que irse con tanta precipitación? Supongo que se trata de uno de esos jóvenes de pelo largo que sabes que no me gustan.
— En realidad, él es bastante agradable. Bueno, ¿has pasado un buen día? ¿Quieres beber algo?

— Un whisky con soda — respondió su padre mientras se sentaba junto al fuego —. Si ese joven era respetable, ¿por qué no me lo has presentado?
— Tú no sueles prestar mucha atención a mis amigos artistas.
— Así que es un artista. Debí haberlo imaginado. No me parece bien que ese Morales le haya mandado aquí. Después de todo, él sabe que sueles estar sola. El tipo podía haber sido un aprovechado.
— No soy una niña.
Tania cerró un momento los ojos al darse cuenta del significado que tenían sus palabras después de lo que había ocurrido. Era difícil de creer que se hubiera entregado a Finn tan ciegamente...
— Me sorprende que le dejaras entrar — insistió su padre.
— Él llamó antes.
— ¿Quién llamó?
— Peter, claro — contestó Tania, angustiada por la cantidad de mentiras que se veía obligada a decir para encubrir una sola — . No sé por qué le das tanta importancia a este asunto, papá. Olvídalo.
Se encaminó a la cocina, pero Clarence la siguió y se quedó allí mientras ella buscaba la cena que les había dejado la señora Rogers.
— ¿Cómo has dicho que se llamaba? ¿Marston Chaster? ¿Ha hecho algo conocido?
— Oh, papá, ¿desde cuándo te interesa la pintura? Vamos a ver... ¿quieres una ensalada con la carne o prefieres unas patatas?
— No estás siendo muy comunicativa, Tania. Después de todo, vengo a casa y tú estás con un hombre joven arriba. Creo que mi preocupación es razonable. Todavía eres muy... inocente en ciertos aspectos.
¡Inocente! A Tania le dio un vuelco el corazón. Ya no lo era, no desde que Finn había entrado en su vida.
La cena fue un desastre. Había un ambiente tenso debido a su negativa a hablar del hombre que su padre conocía como Marston Chaster. Ella se daba cuenta de que su actitud no era muy sensata, dadas las circunstancias, pero le resultaba imposible hablar de Finn sin experimentar una sensación de culpa por lo que había ocurrido. Siempre se había considerado una persona capaz de controlar sus emociones; ni siquiera aquella conversación que habían tenido en el parque la había advertido del peligro que corría. Esa tarde se había producido la revelación, el descubrimiento mortificante de que era tan vulnerable como cualquiera.
Cuando terminaron de cenar, Clarence, disgustado, se fue a su despacho y Tania volvió a su estudio para tratar de proseguir con su trabajo. Pero era imposible. La habitación estaba impregnada de la presencia de Finn. ¡Dios Santo!, pensó con desesperación, no iba a poder volver a trabajar en aquel lugar. Siempre iba a verle allí, atrayéndola hacia él, besándola, acariciándola y amándola...
No, amándola no. La había deseado, eso era lo que le había dicho. Había hecho que ella le deseara. Y de qué modo... le había deseado tan desesperadamente que había llegado a sentir dolor físico. Pero el problema residía en que sus sentimientos habían sido mucho menos equívocos que los de él. Para ella deseo y amor eran una y la misma cosa, y él había desdibujado la línea que los separaba con su experiencia sexual.
¿Cómo había podido? ¿Cómo había podido utilizarla y luego volver a Abigail como si

no hubiera ocurrido nada? Porque no tenía duda de que eso era lo que iba a hacer. Había ido a Francia con Abigail, se había aprovechado de las influencias que ella había buscado y, después de acompañarla a Italia, se había marchado. ¿Qué razón le había dado a su madre para volver a Gran Bretaña? ¿Qué razón daría para volver a Italia? De pronto a Tania le pareció todo aquello demasiado tortuoso y, escondiendo la cara entre las manos, dio rienda suelta a las lágrimas que llevaba conteniendo demasiado tiempo.

Durante varios días la relación entre Tania y su padre siguió siendo tensa. No volvió a mencionarse el tema de Marston Chaster, pero estaba presente en sus mentes, y Tania sabía que su padre estaba enfurruñado porque había sido muy poco comunicativa. No obstante, como la fecha de su marcha para Barbados se aproximaba, otras cosas empezaron a adquirir importancia. Aunque nunca le había apetecido menos la idea de unas vacaciones, Tania se obligó a comportarse como si estuviera deseándolas; por lo menos los preparativos la ayudaban a distraerse. También su padre empezó a mostrar cierto interés cuando la agencia de viajes les entregó los billetes y la reserva del hotel, así que pasaron varias veladas hablando de los preparativos finales.

Aun así, Tania seguía levantándose la primera por las mañanas para buscar en el periódico noticias sobre Finn antes de que su padre se lo llevara a la oficina. Había habido muchos artículos sobre él después del concierto del Liondidas Hall, pero esos días había una falta total de información. Lo único que podía suponer era que, como su madre, iba a pasar la Navidad en Italia. Se decía a sí misma que hacía eso por su padre, para protegerle, pero no era cierto. Quería saber dónde estaba Finn y qué hacía, y todas esas semanas sin noticias de él la estaban destrozando.

El día antes de irse a Barbados hizo algo que luego lamentó amargamente. Llamó al Iorio Hotel y pidió hablar con el señor Eastwood.

La recepcionista no era una mujer especialmente amable.

— No sé si el señor Eastwood está en el hotel en este momento. ¿Quién debo decirle a su secretaria que llama? ¿Es pariente suyo, señorita... señorita...?

— Entonces, ¿él se aloja ahí? — dijo Tania, que no tenía intenciones de dar su nombre.

— El señor Eastwood tiene una suite en este hotel, sí. No obstante, no atiende llamadas anónimas ni anima a las admiradoras a que merodeen por el vestíbulo.

— ¡Yo no soy una admiradora! — la interrumpió Tania, indignada por el tono despectivo de la mujer — . ¡Oh, olvídelo!

Colgó el teléfono y luego se sentó unos minutos en la escalera con la cabeza entre las manos. No tenía idea de si Finn había vuelto a Italia o no, pero no pensaba ir a su hotel para averiguarlo.

Durante los diez días que su padre y ella pasaron en Barbados disfrutaron de un sol brillante, un cielo azul y de las aguas más cristalinas que habían visto. Aunque Tania había ido con el convencimiento de que no iba a poder relajarse, la realidad fue que al fin lo consiguió. No le apenó volver a Gran Bretaña, pero el balance de las vacaciones fue mejor de lo que había esperado. Para empezar, era un alivio estar lejos de Manchester, de los periódicos y del miedo constante a ver la imagen de Finn en un medio u otro. También era un alivio saber que cuando sonaba el teléfono no podía ser para ella; hasta su padre abandonó su expresión de consternación. Si se había sentido desilusionado porque su madre no estaba en la isla, no hizo ninguna mención de ello.

Simplemente, se dejaron absorber por el ambiente dulce y tranquilo que presidía la vida caribeña.
Manchester, cuando ellos volvieron un día gris de enero, estaba padeciendo los efectos de una tormenta de nieve reciente. Aunque la señora Rogers había encendido las chimeneas, la casa daba una sensación de frialdad después de las vacaciones que habían pasado bajo el sol. Tania, una vez que dejó las maletas en su habitación, se asomó al estudio: se estremeció al ver el vaho de las ventanas y corrió a. tomar el té, dándose cuenta de que seguía teniendo poco entusiasmo por volver al trabajo.
Para empeorar las cosas, su padre volvió a resfriarse unos días después de su regreso. El tiempo frío y húmedo, junto con su decisión de volver al trabajo fuera cual fuera la temperatura, contribuyó a debilitar su frágil constitución.
— Tienes que convencerle de que se cuide más, Tania — le dijo el doctor Molinert, preocupado — . Me temo que esta vez es pleuresía, y eso puede desembocar fácilmente en neumonía. Tu padre es un hombre enfermo. Ha echado a perder todo el bien que le habían hecho las vacaciones con su obstinación.
— Procuraré que se quede en la cama, doctor. Haré todo lo que esté en mi mano para que se reponga.
— Sé que lo harás — sonrió el doctor Molinert — . No te preocupes. Se pondrá bien. Simplemente, no le dejes volver a sus números hasta que yo lo diga.
Durante los días que Clarence tuvo que permanecer en la cama con fiebre, Tania se dedicó por entero a él. Al acabar cada día, las piernas le dolían de subir y bajar tantas veces las escaleras, y caía rendida en la cama.
Hasta el día en que el médico no dijo que su padre podía levantarse, Tania no salió a la calle. No lo había hecho desde que habían regresado de Barbados. El doctor Molinert le había aconsejado que saliera y tomara el aire; estaba muy pálida y no quería tener que atender a otro enfermo. Así que, envuelta en ropa de abrigo para protegerse del aire helado, sacó el coche del garaje y se dirigió a Fallens's Park.
Había menos gente que la tarde que había estado allí con Finn; sólo unos paseantes con sus perros y uno o dos niños, acompañados de su madre o una niñera. Manchester en enero... Abigail había dicho que iba a volver a Manchester en enero, ¿Por eso había ido ella allí? ¿Por qué había creído que Finn podía ir también?
Tania volvió bruscamente al coche. Estaba enfadada consigo misma por haber dejado que el recuerdo de Finn turbara su paz de espíritu. Sin embargo, una vez que estuvo tras el volante, casi sin voluntad, condujo hacia el lorio Hotel. Pasó lentamente frente a la fachada gris del edificio y se quedó mirando, ensimismada, la luz suave que iluminaba la zona de recepción, hasta quedarse casi parada. El sonido del claxon del conductor que iba detrás de ella la hizo reaccionar y seguir avanzando hacia Gourt. Había sido una idea tonta, se dijo a sí misma: severamente, pero a pesar de la crueldad y el egoísmo de Finn, ella seguía deseando verle.
Su padre estaba sentado en el salón, frente al fuego de la chimenea. Tania se dio cuenta de que había estado trabajando, pero no le reprochó nada; tenía mucho mejor aspecto y, puesto que hacía más de una semana que no tocaba su maletín, ella comprendía su necesidad de ocuparse en algo.
— Le diré a la señora Rogers que nos traiga el té — dijo ella, después de darle un beso.
Clarence la cogió del brazo cuando Tania iba a incorporarse.

— Te han llamado por teléfono. Ese joven... ¿Chaster? Creo que era él.
Tania se irguió con un inmenso esfuerzo. Después de todo el rato que acababa de pasar pensando en Finn, era como si sus pensamientos hubieran conjurado su llamada. Se quedó mirando a su padre, incapaz de contestar,
— ¿Y bien? ¿No vas a llamarle? Supongo que tendrás su número de teléfono, porque no ha dejado ningún recado.
— Yo... ¿Estás seguro de que era él?
— No, no estoy seguro — replicó Clarence con irritación — . Ha sido la señora Rogers la que ha cogido el teléfono. Ha dicho que era un hombre y, como no ha dicho quién era, he imaginado que debía ser él. Ella dice que había llamado antes.
— ¿Antes?
Tania sintió que la inundaba una tremenda euforia, pero inmediatamente se serenó. Claro que la había llamado antes. La tarde que la había perseguido en coche.
— ¿Qué significa ese joven para tí? — le preguntó su padre, adoptando una expresión de desaprobación — . Yo creía... bueno, antes de irnos de vacaciones, tú me hiciste pensar que vuestras relaciones eran puramente profesionales. Ahora no estoy tan seguro.
— Oh, papá...
— No. Soy tu padre y creo que tengo derecho a saberlo.
— No hay nada que saber — murmuró ella.
— Sin embargo, la señora Rogers dice que ha llamado varias veces.
— ¡Varias veces! ¿Cuándo?
— Será mejor que se lo preguntes a ella — dijo Clarence bruscamente y volvió a fijar su atención en los papeles — . Es evidente que me he equivocado contigo. Eres hija de tu madre, después de todo,
Tania dudó un momento mientras miraba la cabeza inclinada de su padre, pero al ver que no alzaba la mirada, no pudo contenerse más. Salió del salón y corrió a la cocina.
— ¿Me ha llamado alguien, señora Rogers?
— Un hombre — asintió la mujer, secándose las manos en el delantal — . ¿Quiere tu padre el té? He hecho unos pasteles de queso. Estarán listos dentro de un minuto.
— Él ha dicho... papá ha dicho... que no es la primera vez que ha llamado.
— No le he oído llamar — murmuró la señora Rogers, confusa — . Creía que quería esperar a que llegaras.
— Mi padre no, señora Rogers. El hombre... el hombre que ha llamado; usted le ha dicho a mi padre que había llamado antes.
— Oh, él, sí. Iba a decírtelo, pero con la enfermedad del señor Marston...
— ¿Cuándo, señora Rogers? ¿Cuándo llamó?
— Bueno, vamos a ver... Me parece que la primera vez fue el día que os fuisteis. Sí, me acuerdo de que habíais salido para el aeropuerto, pero por supuesto a él no se lo dije.
— ¿No?
— No. Yo no sabía quién era y no es aconsejable ir diciéndole a la gente que la casa va a estar vacía diez días, ¿no?
— Supongo que no — repuso Tania pacientemente — . Entonces... ¿él llamó otra vez?
— Sí. En Nochebuena. Yo había venido para ver si todo andaba bien y me llevé un susto cuando sonó el teléfono.

— ¿Y qué le dijo?
— Le dije que ibas a estar fuera en Navidad. Entonces él dijo que te llamaría cuando volvieras y así lo ha hecho.
— Hoy.
— Bueno, puede que haya llamado antes. Cuanto tu padre estaba enfermo dejé descolgado el teléfono una o dos veces. No pongas esa cara — añadió al ver la expresión de horror de Tania — , yo sabía que en su oficina no iba a ocurrir ninguna catástrofe, pero eso era lo primero que él iba a pensar al oír el ruido del teléfono.
Era una explicación razonable, por lo que Tania no podía acusar a la señora Rogers de nada; sin embargo, seguía preguntándose cuántas veces habría llamado Finn y cuál habría sido su reacción.
— Entonces... hoy, ¿qué ha dicho?, ¿Le ha dicho usted que yo había salido?
— Sí aunque no sé si me habrá creído. Me ha dado la sensación de que le ha parecido una excusa.
— Pero ¿no le ha dicho que mi padre había estado enfermo? — exclamó Tania con impaciencia — . Debe pensar que estoy evitándole. ¿No le ha dicho nada?
— ¿Qué más iba a decirle? Era la verdad, ¿no? Me parece que aquí hay algo raro. ¿Por qué no viene a casa?
— Oh... no tiene importancia — murmuró la joven, inclinando la cabeza — . Siento haber gritado. Supongo que se debe al cansancio.
— Todos estamos cansados — refunfuñó la señora Rogers y volvió a su tarea de preparar el té.
El timbre de la puerta sonó cuando Tania iba ya por la mitad de la escalera. Como sabía que el ama de llaves estaba ocupada, volvió sobre sus pasos de mala gana. Igual que aquella otra tarde ya había oscurecido, y ella encendió la luz antes de abrir la puerta.
Él estaba en el escalón: el BMW, aparcado en la puerta a la vista de todo el mundo. Con los pantalones y la chaqueta negros que llevaba, sólo destacaba en la oscuridad la palidez de su rostro.
— Así que estás aquí — dijo él acusadoramente con un gesto de desprecio. Antes de que Tania pudiera responder, dio media vuelta y se alejó.

Capítulo 9

— ¡Espera! — gritó Tania y corrió tras él — . Finn... Finn, espera un momento, por favor! No puedes irte sin decirme a qué has venido.
Él estaba abriendo el coche cuando ella le alcanzó.
— He venido a demostrarme a mí mismo que estaba perdiendo el tiempo — contestó Finn fríamente — . Las llamadas telefónicas deberían haber bastado, pero tenía que asegurarme de que no era un truco de tu padre.
— ¿Qué? Yo... la señora Rogers acababa de decirme que habías llamado. Como hemos estado fuera y luego mi padre se puso enfermo, se había olvidado de decírmelo.
— Oh, vamos. No pensarás que voy a creerme eso. ¿Verdad? ¿De verdad no sabías que llevaba intentando hablar contigo tres semanas?
— No. Es la verdad. ¿Por qué iba a mentirte? Desde que volvimos de Barbados mi padre ha estado en cama, enfermo.
Finn observó con los ojos entrecerrados la expresión ansiosa de su rostro.
— Eso es.
— ¿Has estado en Barbados?
— En Navidad, sí. Mi padre no se encontraba bien, y el médico le aconsejó que tomara el sol.
— ¿Y fuisteis a Barbados? ¿Por qué?
— Fue una decisión de mi padre. Tal vez pensó que mi madre iba a pasar la Navidad allí.
— Pero ella no lo hizo.
— Eso tú lo sabrás mejor que yo.
— Pues sí. Abigail ha pasado la Navidad en Italia. Vuelve esta noche después de haber conseguido un gran éxito.
— ¡Esta noche! — exclamó Tania y miró hacia atrás, asustada, como si temiera que su padre le hubiera oído — . Y... ¿ibas ahora a recogerla?
— No. Como he dicho antes he venido a... bueno, al verte. Oh, Dios mío, ¿por qué no vamos a algún sitio a hablar?
— ¿Ahora?
— Sí, ahora. ¿O tienes otra cosa que hacer? Si es así, sólo tienes que decirlo y yo...
— ¡Oh, Finn! — Le tomó la mano desesperadamente y entrelazó los dedos con los de él — .Finn...
Sin preocuparse de que estaban a la vista de todo el mundo, él inclinó la cabeza. Su beso fue ardiente y apasionado; la mano que sujetaba su nuca, posesiva. Los labios de Tania se abrieron
— Toma el abrigo — dijo él apresuradamente cuando levantó la cabeza.
— ¿El abrigo?
— Puede hacerte falta más tarde. No tardes. Te espero en el coche.
— Pero yo... mi padre...
— Dile que se trata de algo urgente. Lo es. ¿O quieres que lo haga yo?
Tania movió negativamente la cabeza y luego se volvió hacia la casa. Notó que la

cortina del salón se movía y comprendió que su padre lo había visto todo. La única esperanza que le quedaba era que no hubiera identificado a Finn con la débil luz de la calle.
Clarence Marston estaba en la puerta del salón cuando ella entró en la casa.
— Voy... voy a salir un momento — murmuró mientras cogía el abrigo del perchero — . No te importa, ¿verdad? No tardaré mucho. La señora Rogers está preparando el té. Hasta luego.
— ¿Vas a salir con él?
— ¿Ese es Marston Chaster?
— Sí — respondió ella, ruborizándose.
— Creía que no le conocías apenas.
— Te hablaré de él después, ¿vale? Me está esperando.
— ¿Chaster?
— ¿Por qué insistes en mencionar su nombre?
— Así es como tú le llamaste, ¿no?
— Ya sabes que sí.
— ¡Eres una mentirosa, Tania! — estalló su padre, furioso — . Mi propia hija... la única persona del mundo en quien creía que podía confiar, y has estado mintiéndome.
— ¿Qué quieres decir?
— Ese hombre... ese hombre no es Marston Chaster ni nada que se le parezca. Dios mío, creía que te conocía. Creía que nos queríamos. Y ahora descubro que te has confabulado con él, con el amante de tu madre... ¿Te has vuelto loca o me he vuelto loco yo? ¿Cómo puedes? ¡El último querido de tu madre! ¡El parásito con el que lleva acostándose los últimos seis meses!
Tania estaba demasiado aturdida para defenderse. Aunque ya sabía todas esas cosas que su padre le estaba diciendo, al oírlas en voz alta no encontraba justificación para su comportamiento. Al oírlas no comprendía siquiera cómo había podido imaginar que Finn y ella tenían algún futuro.
— Tú... no lo entiendes — empezó, sin estar muy segura de cómo iba a continuar, y entonces oyó un ruido a su espalda.
Volvió la cabeza y contempló sorprendida a Finn.
— ¡Salga de mi casa!
Finn no pareció inmutarse al oír la orden de Clarence. Su actitud era tranquila mientras se dirigía a Tania:
— ¿Estás lista?
— ¡No, no lo está! — exclamó Clarence y, después de agarrar a su hija por el brazo, se enfrentó a Finn — . Salga de mi casa, ¿no me ha oído? Tania no va a ir a ninguna parte con usted.
— ¿No cree que es Tania quien debe decidir eso? Lo siento, señor Marston, pero no tengo intenciones de discutir con usted. Sólo quiero hablar con Tania.
— ¡Hablar! Ya he visto la clase de conversación que le ha dado hace un momento.
— Papá, por favor... — Tania estaba inquieta por el aspecto febril de su padre — . Papá, ¿por qué no vamos al salón y hablamos de esto como personas civilizadas? No te conviene estar aquí. en la corriente. Acabas de salir de la cama.
— Ese hombre no va a entrar en mi casa. Vamos, ¡fuera! Salga de aquí antes de que llame a la policía para que le eche. No sé cómo tiene la poca vergüenza de venir

cuando está viviendo de mi esposa.
La expresión de Finn se ensombreció, y a Tania le dio un vuelco el corazón.
— Abigail no es su esposa, señor Marston. Ni pretendo defender nuestra relación ante usted. Por favor, suelte el brazo de su hija. No tengo intenciones de marcharme sin ella.
Tania gimió. Aquellas palabras, dichas tan cortésmente, no disimulaban una velada amenaza, y aunque ella ya no sabía cuáles eran sus sentimientos, no podía dejar que aquella situación continuara.
— Por favor, papá, es mejor que me dejes ir.
— ¿Con él?
— Sí. Con él. Y no te expongas más al aire frío, No estás bien. Ya sabes lo que dijo el médico.
— Abigail tiene la culpa de todo esto — murmuró Clarence amargamente, y Tania se dio cuenta de que no la escuchaba — . Corromper a su propia hija...
— Abigail no tiene nada que ver con esto — dijo Finn — . Tania, ¿vienes o no?
Tania se sentía dividida entre el amor por su padre y el amor por el hombre que creía que le había traicionado. Muchos años de vida en común y afecto la unían a su padre, pero ese cariño no podía compararse con los sentimientos que le inspiraba Finn.
¿Cómo iba a elegir entre afecto y fascinación, ternura y pasión, un padre y un amante? No había elección posible. No importaba lo que le dictara la razón; sus emociones iban a prevalecer.
— Tengo que ir con él, papá — dijo suave, pero firmemente, al tiempo que se soltaba de su mano — . Por favor, compréndelo. No puedo hacer otra cosa. Le quiero.
Se estremeció cuando su padre retrocedió con una expresión de profundo dolor y se agarró al marco de la puerta del salón como si necesitara un apoyo. Fue un momento terrible para Tania. ¿Por qué hacía eso?, se preguntó. ¿Por qué abandonaba al hombre que había cuidado de ella tantos años por una relación tan poco clara? Se volvió a mirar a Finn y todas sus preguntas quedaron contestadas.
— ¿Vamos? — sugirió él suavemente, sin hacer ningún movimiento para persuadirla.
Tania dudó sólo un segundo antes de asentir.
— Sí, vamos.
— ¿Dónde quieres ir? — le preguntó Finn, ya en el coche.
— A cualquier sitio. Podemos tomar el té en algún café.
— De acuerdo.
Sin más palabras puso en marcha el coche y se metió entre el denso tráfico de las calles de Manchester. Era la hora punta, en la que se mezclaban gente, luces y automóviles con el constante ruido de los claxons. Finn aparcó el BMW en uno de los escasos sitios vacíos que vio.
— Si no te importa, vamos andando desde aquí. Tiene que haber algún bar cerca.
Tania cogió al abrigo, pero antes de abrir la puerta, él sujetó su mano.
— ¿Te encuentras bien, Tania? Oh, diablos, yo no sabía cómo se sentía tu padre.
— ¿No? — murmuró ella, con los ojos brillantes por las lágrimas — . ¿Cómo esperabas que se sintiera?
— No lo sé. Abigail dijo... Oh, Dios mío, Abigail dijo que el divorcio había sido de mutuo acuerdo. Que todavía eran amigos. ¿Cómo iba yo a saber que tu padre guardaba ese resentimiento contra ella?

— Debías haberte dado cuenta de qué... de que él no iba a aprobar nuestra relación.
— ¿Por qué no? ¿Por mi asociación con tu madre? Es una cuestión profesional. Nada más,
— ¿Cómo puedes decir eso? Todo el mundo sabe que... que...
— ¿Qué? ¿Qué a tu madre y a mí se nos ha visto juntos en bastantes ocasiones? ¿Qué yo he sido su acompañante en numerosos acontecimientos sociales? ¿Qué a ella le gusta que la gente crea que tenemos relaciones porque es bueno para su imagen?
— ¿Estás... estás diciendo que no te has acostado nunca con mi madre?
— Estoy diciendo que no deberías creer todo lo que lees en los periódicos. ¿Vamos a tomar el té?
Tania salió del coche. Se sentía confusa y aturdida, ya que no sabía qué debía creer y qué no. aparte de que su aspecto, con los ojos enrojecidos y los labios sin pintar, dejaba bastante que desear. Era injusto que él siguiera tan atractivo y con ese dominio de sí mismo, mientras que en el rostro de ella se reflejaban todas las emociones.
La pequeña cafetería que encontraron era en realidad un bar lleno de humo, pero Finn condujo a Tania a una mesita que había en un rincón y luego llevó las dos tazas de té. Parecía que estuviera en su casa, lo que hizo que Tania pensara que él podía adaptarse a cualquier ambiente. Podía imaginárselo tocando el piano en un club al tiempo que le recordaba saludando en el escenario del Liondidas Hall.
— Bueno... — empezó Finn, sentándose a la mesa — . Siento que esto no sea más elegante, pero lo que tenemos que decirnos se puede hacer en cualquier sitio.
— Sí — asintió Tania nerviosamente .
— Yo te deseo.
— Oh, Finn.
Tania no le miraba a los ojos, así que, con impaciencia, él se inclinó y le cogió una mano.
— Es cierto. Los dos lo sabemos. No he pensado en nadie más desde aquella tarde que estuvimos juntos.
— ¿Dónde... dónde has pasado la Navidad?
— ¿Dónde crees tú? Aquí. En Manchester. Tratando de hablar contigo por teléfono.
— No puedo creerlo.
— ¿Por qué no? Es la verdad. Pregúntale a esa señora... ¿cómo se llama?
— Rogers.
— Sí, Rogers. Ella puede confirmar que te llamé en Nochebuena. Entonces fue cuando me dijo que te habías ido. Yo no la creí.
— ¡Esto es una locura!
— Estoy de acuerdo contigo. Yo no quería que sucediera esto. Como ya te dije en una ocasión, no puedo permitirme comprometer emociones con nadie. Hay mucho en juego. Demasiadas cosas a las que ya he sacrificado mi dignidad.
— ¿Tu dignidad?
— Sí. ¿O es que crees que me gusta que se me conozca como el protegido de Abigail? ¿Crees que me gusta la idea de que sin su ayuda... financiera... jamás habría llegado donde estoy?
— ¿Ella te mantiene?
— Creía que ya lo sabías, que ella te lo había dicho.

— Ella no me lo ha dicho.
— ¿Pero tú lo sabías? — Finn vio la indecisión en sus ojos — . ¿Qué te dijo Abigail? ¿De qué mentira soy culpable ahora?
Tania vaciló un momento y luego, cuando alguien se levantó para poner un disco en la máquina, apartó la mano que le retenía.
— Me dijo... me dijo que quería que tú y yo nos lleváramos bien porque éramos las dos personas que más le importábamos.
— Ya veo. Y eso me condena, por supuesto.
— ¿No es verdad?
— ¿Qué yo le importo?
— Sí, sí — los nervios de Tania estaban a punto de estallar, y las sienes le latían como si un martillo le golpeara el cerebro — . ¿Por qué no has sido sincero conmigo? ¿Por qué no reconoces que tu relación con mi madre no es profesional, como tú dices?
— Entonces, dime lo que quieres que diga. ¿Cambiará la situación si digo que me he acostado con ella? ¿Nos necesitaremos menos el uno al otro si reconozco que he mantenido relaciones sexuales con tu madre?
— ¿Cómo puedes preguntar eso?
— ¿Cómo puedes tú? Oh, vámonos de aquí antes de que diga algo de lo que nos arrepintamos los dos.
Afuera la niebla iba haciéndose más espesa. Al ver el anuncio luminoso de un pub al otro lado de la calle, Finn cogió a Tania por la muñeca y la llevó hasta allí.
— Podemos hablar aquí.
Después de instalarla en un sofá que había en la penumbra, él fue por las bebidas.
— Es confortable, ¿verdad? — comentó Finn, dándole un martini.
Luego, se acomodó a su lado y ahogó la respuesta de ella bajo la presión ávida de su boca.
Eran casi las nueve cuando salieron, y para entonces Tania estaba demasiado embelesada con las caricias de Finn para expresar ninguna objeción cuando él le dijo que iban a su hotel. Ya no era capaz de negar que le deseaba tanto como él la deseaba a ella.
No estaban lejos de Iorio Gate, así que en cuestión de minutos Finn aparcó enfrente del hotel. Salió del coche y ayudó a Tania.
— ¿Vas a volverte atrás? — le preguntó cuando vio que ella se ponía de pie, nerviosa.
Pero aunque Tania sabía que era eso lo que debía hacer, movió negativamente la cabeza.
Finn pasó un brazo por sus hombros y entraron en el hotel. El portero le conocía y le saludó por su nombre al pasar; luego, la miró con curiosidad.
— Deja de preocuparte — le dijo él al entrar en el ascensor, mientras acariciaba sus labios con un dedo — . Aquí entra y sale la gente constantemente.
Tania se reclinó contra él, encantada de sentir su cuerpo firme junto al suyo.
— ¿Me quieres? — susurró ella, y la boca de Finn se apoderó de sus labios.
— ¿Tú qué crees? — murmuró segundos después.
La habitación de Finn estaba en el octavo piso. Tania salió del ascensor con una expresión soñadora y sin darse cuenta de la claridad con que se reflejaban sus emociones en sus ojos.
— No deberías tener ese aspecto antes de haberte hecho el amor.

— Creía que habías estado haciéndome el amor toda la tarde — sonrió ella mientras veía cómo buscaba él nerviosamente la llave.
— Si hubiera sido así no me resultaría tan difícil meter esta maldita llave en la cerradura.
Instantes después la hizo entrar en una habitación suavemente iluminada. La alfombra beige, las cortinas del mismo color, los sillones tapizados de terciopelo rojo, incluso el gran piano que había junto a la ventana, reflejaban el ambiente cómodo en que se desenvolvía su vida. Entonces vio los zapatos de tacón alto en medio de la alfombra y todo su embeleso se transformó en turbación.
— ¡Qué demonios...!
La exclamación de Finn era un eco de la propia reacción de la muchacha, quien se volvió para mirarle con la mirada vacía. No hacía falta que le dijeran de quién eran esos zapatos, ni sentía ningún deseo de averiguar quién hacía los ruidos que procedían de la puerta abierta, la cual no podía conducir a otro sitio más que al dormitorio. Su madre estaba allí. No había otra explicación. Entonces Abigail apareció en el umbral de la puerta. No llevaba más que un camisón de seda beige.
— Cariño — empezó a decir, y entonces, como si acabara de darse cuenta de la presencia de su hija, sonrió antes de continuar — . Cariño, qué atento has sido al traer a Tania para verme.
— ¿Qué estás haciendo aquí, Abigail? — le preguntó Finn, indignado — . Sabes que no tienes por qué estar aquí. Ve a ponerte la ropa o te echaré de aquí sin ella.
— Se organizaría una bonita escena, ¿no te parece? — replicó Abigail.
Tania pensó que no iba a ser capaz de soportar otra discusión después de lo que había pasado con su padre.
— Si... sí me disculpáis...
Pero Finn la sujetó del brazo y una vez más se vio obligada a presenciar algo que le resultaba totalmente desagradable.
— No vas a ir a ninguna parte, Tania. Por Dios, no te precipites en tus conclusiones.
— No es lo que tú crees.
— ¿No lo es? ¿No lo es? — le increpó Abigail — . ¿Cómo crees que se siente al ver que se trata a su madre así? Tania ¿Qué te parece ahora tu futuro padrastro?
— Yo no soy su futuro padrastro — repuso Finn, furioso — . Por favor, Abigail, cálmate. No sé qué haces ni por qué has venido aquí, pero...
— Me parece que es evidente. He venido a verte, Finn. A estar contigo. ¿Ya te has olvidado de lo que significamos el uno para el otro?
— Abigail...
— Madre, por favor.
Los dos hablaron al tiempo, pero Abigail sólo miró a su hija, observándola con recelo.
— ¿Dónde has estado con él? ¿Qué habéis estado haciendo? Oh, no te molestes en mentirme, Ya veo por tu cara lo que está pasando. Eres una víbora. Has hecho esto a propósito porque siempre has tenido celos de mí.
— Eso no es verdad.
Finn soltó el brazo de Tania y se acercó a la mujer.
— Basta ya, Abigail. Sabes perfectamente que tú y yo no tenemos ningún compromiso.
— ¿Ah, no? ¿Te refieres a que no nos dedicamos en exclusiva el uno al otro? Si a alguno de nosotros nos apetece un cambio, simplemente salimos y encontramos a otra

persona, ¿no?
— Abigail, voy a buscarte un taxi — suspiró Finn — . Vístete y te acompañaré abajo.
— ¿Oh, sí? Qué galante. ¿Y también me acompañarás a casa?
— No.
La respuesta de Finn era terminante. Abigail se acercó a él y puso un brazo alrededor de su cuello con sensualidad.
— ¿No? — murmuró junto a sus labios. Tania se volvió.
— Ve a vestirte, Abigail.
Finn había hablado con rabia contenida. Como Tania estaba de espaldas a ellos no vio lo que ocurrió, pero momentos después, al ver que Abigail agitaba con aire de triunfo las llaves del BMW, supuso que aprovechándose de su posición, ella había deslizado la otra mano en el bolsillo de Finn y las había cogido.
— Conduciré yo misma hasta casa entonces — exclamó la mujer — . ¿Quién sabe? A lo mejor encuentro a alguien que me guste.
Antes de que Finn pudiera detenerla, Abigail se apartó de él y corrió a la puerta.
— ¡Abigail!
Tania intentó coger a su madre del brazo cuando pasó por su lado, pero Abigail fue más rápida. Salió y Tania se quedó mirando a Finn, aturdida.
— Tienes que alcanzarla — dijo la joven — . No lleva casi nada encima. Va a enfriarse.
— ¿Crees que no lo sabe? — comentó él, enfurecido, pero, moviendo la cabeza con resignación, salió al pasillo.
Tania le siguió, aunque en realidad no quería ir. Sospechaba que aquello no era más que una representación, que Abigail no tenía la menor intención de conducir hasta su casa de esa manera. Era una de las actuaciones de su madre, un intento deliberado de distraer a Finn y destruir lo que ella creía que había entre Tania y él. Sin embargo, ¿por qué estaba ella en el hotel? Si Finn le había dicho la verdad, ella no tenía ninguna razón para estar en su apartamento. Uno de los dos mentía... pero ¿quién?
Llegó al ascensor cuando las puertas ya estaban cerrándose. Al ver la expresión tensa del rostro de Finn pensó que parecía imposible que sólo unos minutos antes hubieran subido en ese mismo ascensor tan felices.
— Todo esto destruye lo que tú creías, ¿verdad? — dijo él amargamente, sin hacer ningún movimiento para tocarla, y los labios de Tania temblaron.
Abigail no estaba en el vestíbulo, así que casi corriendo detrás de Finn le siguió afuera. La neblina impedía distinguir con claridad los coches que estaban aparcados enfrente, pero el camisón de Abigail resaltaba en la oscuridad, y Tania vio que su madre había abierto el BMW y estaba metiéndose dentro.
— ¡Está loca!
Lanzando un juramento, Finn cruzó la calle para dirigirse al coche, y en cuanto lo hizo, Abigail puso en marcha el motor. Tania vio la expresión del rostro de su madre cuando metía la velocidad, pero su grito de advertencia llegó demasiado tarde. Seguramente Finn no creía que su madre arrancaba para atropellarle. Pero eso fue lo que hizo. Cuando Tania se dio cuenta de las intenciones de Abigail, se precipitó con los brazos extendidos hacia Finn para protegerle del golpe... luego se produjo el ruido del impacto al lanzarse el automóvil contra los dos

Capítulo 10

Tania recobró el conocimiento en el hospital sintiendo un dolor de cabeza tan fuerte que en comparación todos los dolores de cabeza que había padecido en su vida le parecieron insignificantes. Levantó una mano y advirtió que tenía la frente vendada.
— Oh, ya se ha despertado.
La voz de la enfermera le hizo darse cuenta de que estaba tendida en la estrecha cama de un hospital.
— Finn... — murmuró, tratando de incorporarse, pero palideció a causa del dolor y volvió a desmayarse.
Cuando volvió en sí, Andrea estaba sentada al lado de su cama. Estaba leyendo, por lo que no se dio cuenta inmediatamente de que Tania había recobrado el conocimiento. Ésta, recordando lo que le había ocurrido cuando había intentado incorporarse, simplemente se humedeció los labios resecos.
— Finn... ¿Qué le ha pasado a Finn?
Andrea dejó el libro a un lado y la miró con alivio.
— ¿Cómo te encuentras? — le preguntó, cogiéndole la mano — . Oh, Tania, qué susto nos has dado. ¿Cómo se te ocurrió precipitarte a la carretera de esa manera?
— Dime, Andrea, ¿dónde está Finn? ¿... Ha muerto?
— No, no, claro que no ha muerto.
Aunque el tono de voz de Andrea era un tanto impaciente, Tania sintió un inmenso alivio. Lanzó un débil suspiro mientras la cara de Andrea se disolvía en la oscuridad, y la mujer de su primo tocaba el timbre para llamar a la enfermera.
Era de noche cuando Tania despertó de nuevo. Había una lamparita encendida al lado de la cama, pero estaba sola. Volvió la cabeza ligeramente y vio que encima de la mesilla había un vaso y una jarra.
— No se le ocurra cogerlo.
Aquellas palabras le anunciaron la llegada de otra enfermera.
— Tengo mucha sed. ¿Podría darme de beber?
— Claro que sí — sonrió la joven enfermera y, después de echar un poco de agua en el vaso, se inclinó hacia ella — . Déjeme ayudarla. Todavía le falta bastante para recuperarse completamente.
— Gracias — murmuró cuando hubo tomado el sorbo de agua — . Qué delicia.
— Bien. Creo que podríamos traerle algo de caldo. ¿Le apetece comer?
— ¿Qué... qué es lo que tengo? ¿Cuánto tiempo llevo aquí? ¿Dónde está Finn? ¿Puedo verle?
— Bueno, bueno, haga las preguntas de una en una — dijo la enfermera, incorporándose — . El médico le dirá todo lo referente a sus heridas. En cuanto el tiempo que lleva aquí... vamos a ver, me parece que casi una semana.
— ¡Una semana!
— Cálmese, señorita Marston. Si se inquieta de esa manera, no va a ponerse bien. Está evolucionando satisfactoriamente, ¿no es eso suficiente? Tranquilícese. Yo voy a traerle el caldo.

— Por favor... dígame dónde está Finn. El señor Eastwood. ¿Está en este hospital?
La enfermera se dirigía a la puerta, pero en ese momento vaciló.
— Supongo que se refiere al hombre que trajeron con usted. No, me temo que ya no está aquí.
— ¿No... No está aquí? Quiere decir...
— Quiero decir que le han llevado al Oregon — se apresuró a contestar la joven — . Es un hospital de traumatismos ... Traumatología. Requería el tratamiento de un especialista, y el doctor Crow es el mejor.
— ¿Traumatismos? ¿Qué... qué es eso? Debería saberlo, pero...
— Sí, ya sé tiene la cabeza muy confusa. Traumatología es la rama de la medicina que trata de las heridas en los músculos, en tendones y los huesos.
— ¿Está dándole a nuestra paciente una conferencia sobre medicina, enfermera Crabits? — dijo una enfermera mayor con un tono no demasiado amistoso — . Ah ya se ha despertado, señorita Marston. ¿Cómo se encuentra? ¿Le duele mucho?
— Sólo siento un ligero dolor de cabeza — contestó Tania y luego, para defender a la joven, añadió — . La enfermera Crabits estaba hablándome del hospital al que han llevado al señor Eastwood. Yo quería saber dónde estaba y verle.
— Ya. Bueno, vaya a buscar al doctor Quinn. Enfermera, y dígale si puede venir a examinar a la paciente.
Cuando la joven salió, la otra enfermera se inclinó para examinar los ojos de Tania.
— ¿Cuánto tiempo tengo que estar aquí? La enfermera me ha dicho que ya llevo casi una semana. ¿Podría enviarle un mensaje a mi padre? ¿Podrían comunicarle que he recobrado el conocimiento?
— Todo a su tiempo, señorita Marston — dijo la enfermera — . ¿Tiene hambre? Podría tomar un poco de sopa, ¿no le parece?
— ¿Por qué no?
Tania empezaba a sentirse cansada otra vez. Hacer todas esas preguntas, sobre todo sin recibir respuestas satisfactorias, y esperar la llegada del médico estaba conduciéndola a la desesperación.
Era más joven de lo que ella esperaba. No tendría más de cuarenta o cuarenta y cinco años.
— Debía haberme imaginado que iba a proponerse despertarse a estas horas. ¿No sabe que a los médicos nos hace falta dormir todo lo posible?
— Lo siento — murmuró Tania con una débil sonrisa y él se echó a reír.
— Bueno, si es así, no me enfadaré. Vamos a ver... ¿se siente un poco mejor? Nos tuvo preocupados unos días.
— ¿Por qué? ¿Qué... qué ocurrió?
— ¿No se acuerda de lo que ocurrió?
El doctor Quinn la miró intensamente, y Tania trató de mover la cabeza afirmativamente.
— Me acuerdo del coche... — contestó y se interrumpió cuando el médico asintió.
— Bueno, tiene lo que nosotros llamamos una ligera fractura de cráneo. No es grave. Volverá a soldarse sin problemas.
— ¿Eso es todo?
— ¿Le parece poco? — se rió él, pero Tania no le imitó y el médico suspiró — . Bueno, tiene una o dos contusiones que le impedirán levantarse durante unos días, pero se

arreglará. Tuvo suerte.
Se volvió para hablar con la enfermera, pero Tania le interrumpió:
— Por favor... Mi madre conducía el coche. ¿Está... bien?
El médico y la enfermera se miraron; luego, el doctor Quinn sonrió animosamente.
— Sí, está muy bien. Ahora vamos a darle algo de comer. Debe de estar hambrienta.
Tania cerró los ojos y luego se animó a hacer la pregunta que la inquietaba:
— Quiero saber cómo está el señor Eastwood. ¿Tiene heridas graves? ¿Cuándo puedo verle?
Hubo otro intercambio de miradas y luego el doctor Quinn la miró seriamente.
— El señor Eastwood va a ponerse bien. No hay nada de que preocuparse. Usted simplemente concéntrese en recuperarse. Después ya hablaremos de cuándo puede verle.
— ¿Por qué no me hablan con claridad? ¿No ven que necesito saber la verdad? Si no van a decírmela, traigan a mi padre. Él lo hará.
— Yo no puedo hacer eso, señorita Marston. Mire, no se inquiete. ¿No sabe que no debe excitarse?
— Entonces dejen de excitarme. ¿Está vivo Finn? ¿Vivo de verdad? ¿O se han inventado la historia del otro hospital para ocultar la verdad?
— Claro que está vivo, señorita Marston. Yo no la mentiría respecto a eso. Sin embargo, ya que sabe que se le ha trasladado a otro hospital, puedo decirle que la naturaleza de sus heridas exigía un tratamiento especial. El doctor Crow trabaja en el Oregon, aparte de que allí tienen más medios para casos como el suyo.
— ¿Le pasó el coche por encima?
— No puedo responderle a eso. Fue un accidente terrible. Ni usted ni su madre deberían pensar demasiado en ello de momento.
— ¡Un accidente!
— Sí, claro.
Tania le miró fijamente mientras la cabeza le daba vueltas caóticamente. «Un accidente», se dijo. No había sido un accidente. Había sido un intento deliberado de acabar con Finn.
El médico vio algo en sus ojos, en su expresión que le advirtió que no aceptaba lo que él había dicho. Tal vez fueron sus dedos, que se aferraron a la colcha, o la palidez de su piel. Con un gesto de impaciencia, el doctor Quinn sacó una aguja hipodérmica y las ansiedades de Tania se disolvieron en una oleada de inconsciencia.

Al despertar, la brillante luz del sol se filtraba por las persianas medio echadas. Notó con alivio que el dolor de cabeza había cesado y. por primera vez desde su accidente, tenía hambre.
¡Su accidente!
Aquella palabra la hizo moverse bruscamente. y la enfermera que estaba sentada al lado de la cama se puso de pie.
— Por fin. Ya creíamos que no quería despertar. Es la una, así que tenemos que darnos prisa para arreglarla antes de que lleguen las visitas.
Le alegró la idea de recibir visitas. Estaba deseando ver a su padre. En parte le había sorprendido que no estuviera allí la primera vez que se había despertado, pero supuso que la habría visitado mientras estaba inconsciente. Después de todo, él también

estaba enfermo, y debía haberle causado una impresión tremenda saber que estaba en el hospital. No obstante, esperaba su llegada con ansiedad, segura de que él no iba a mostrarse tan evasivo respecto al tema de Finn Eastwood.
Cuando se vio en el espejo se horrorizó de su aspecto. Tenía las mejillas hundidas y unas profundas ojeras. La venda que ocultaba las heridas de su frente no era más blanca que su piel. No obstante, gracias al maletín que le había llevado Andrea con sus cosas, pudo darse un poco de color en las mejillas y los labios. Afortunadamente, no había sido necesario afeitarle la cabeza, le comentó la enfermera mientras la ayudaba a colocarse sobre las almohadas, de manera que el pelo enmarcara su rostro demacrado.
— Tranquila — le dijo la enfermera antes de salir de la habitación — . Nadie espera que tenga un aspecto ele estrella de cine. Créame, lo único que les importa es que está consciente.
Tania asintió. Sabía que la enfermera tenía razón. Después de todo, su padre la había visto tanto sana como enferma durante más de veinte años. Era una tontería preocuparse por su aspecto cuando Finn podía estar luchando por su vida en el otro hospital, así que trató de calmar sus nervios al oír unos pasos que se acercaban a la habitación.
Pero no fue su padre quien abrió la puerta. Fueron Tim y Andrea quienes entraron con un enorme ramo de rosas y claveles, y aunque la joven se alegraba de verles, no pudo impedir que su mirada se dirigiera más allá de ellos, buscando otra cara.
¡Oh, Tania! — exclamó Andrea, inclinándose para besarla.
Al sentir las lágrimas que humedecían las mejillas de Andrea, otra sensación de ansiedad invadió a Tania. ¿Dónde estaba su padre? ¿Por qué no estaba allí?
— ¡Tim! Oh, Tim, ¿dónde está papá?
— No te preocupes, cariño — la tranquilizó él mientras se sentaba en la cama — . El tío Clarence no ha podido venir porque no se encuentra bien. Pero no es nada serio — añadió apresuradamente — . Lo que pasa es que se agravó su gripe. Ésta se ha convertido en neumonía, así que está sin salir de la cama hace cuatro días.
— Oh... Sabía que iba a ocurrir esto, lo sabía. Él no me escuchó. Insistió en quedarse en la corriente, y yo le dije...
— Sí, bueno... supongo que fue así como ocurrió — la interrumpió Tim, intercambiando una mirada significativa con su esposa — . Sea corno sea, se está recuperando lentamente, y sé que le encantará saber que tienes mucho mejor aspecto.
— ¿Vosotros creéis?
— Claro que sí, Tania — respondió Andrea después de sonarse la nariz y acercar una silla a la cama — . No tienes idea de lo preocupados que hemos estado por ti. Has estado sin sentido tanto tiempo...
— Creo que Tania ya lo sabe — dijo Tim — . Me alegro de verte despierta. No es divertido visitar a alguien que se pasa todo el rato roncando.
— ¿Yo hacía eso? — sonrió Tania.
— Claro que no — exclamó Andrea, indignada — . No eres tú quien ronca, sino él. Es insoportable. A veces pienso en grabar el ruido que hace para que pueda oírse.
— No te atreverías. Yo también podría grabar una de tus interminables llamadas telefónicas.
— ¡Egoísta!

— ¡Cotilla!
Tania se echó a reír, agradecida del buen humor de sus primos.
— ¿Sabes cuándo vas a salir de aquí? — le preguntó Andrea después de unos momentos.
— No. ¿Sabéis... sabéis vosotros lo que ocurrió?
— No debes hablar del accidente ahora, Tania — suspiró Tim.
— ¿Por qué no?
— Bueno... porque puede trastornarte, y la enfermera nos ha dicho que no debías excitarte.
— Sólo me excitaré si no hablo de ello. Por favor, Tim, ¿sabes lo que pasó?
— Tengo una ligera idea. La tía Abigail os atropello, ¿no?
— ¿Lo sabéis?
— Pues claro — intervino Andrea — . Ha salido en todos los periódicos...
— Cállate, Andrea, ¿quieres? — la interrumpió Tim y su esposa guardó silencio con gesto ofendido — . Sí, salió en los periódicos, Tania. La vida de Abigail Racom siempre es noticia, y cuando atropello accidentalmente a su último novio y a su hija no hubo manera de guardarlo en secreto. Hasta ha habido dificultades para mantener a los periodistas lejos del hospital.
Tania le miraba fijamente, así que Tim continuó:
— Al fin y al cabo es una historia para ellos. ¿no? ¿Cómo demonios ocurrió? Los periódicos dicen que pisó el acelerador en vez del freno. Supongo que esa equivocación se puede dar fácilmente, sobre todo si conduces un coche al que no estás acostumbrado. Pero ¿qué hacíais vosotros, corriendo por la carretera delante de ella?
— ¿Es eso lo que dijo Abigail? ¿Qué había pisado el acelerador en vez del freno?
— Eso dice el periódico.
— ¿Y... y Finn? ¿Dice cómo está?
— Él no está aquí — murmuró Tim después de dudar un momento.
— Ya lo sé. Me han dicho que le han llevado al Oregon, un hospital de Traumatología. ¿Sabes por qué?
— Supongo que a causa de sus heridas.
— Pero, ¿qué clase de heridas? Quiero saberlo, Tim.
— Bueno, no lo sé. ¿Por qué no se lo preguntas a tu madre? Supongo que vendrá a verte esta tarde.
— No quiero verla.
— No seas tonta, Tania — empezó Tim, pero esta vez intervino Andrea.
— No tiene que verla si no quiere. ¿Y por qué no le cuentas de una vez lo de Finn Eastwood? Tiene que enterarse más tarde o más temprano
— ¡Andrea!
Tim estaba furioso, pero Tania había oído suficiente para saber que le estaban ocultando algo,
— Dímelo — le suplicó.
— ¡Oh, diablos! — se inclinó hacia ella con un gesto de angustia, como si quisiera protegerla de lo que iba a oír, y luego, dándose cuenta de que no podía retrasar más el momento, añadió — . Dicen que tenía unas cuantas fracturas y contusiones. Huesos rotos... ya sabes. Le trajeron al Royal como a ti, pero luego decidieron que era mejor

que le tratara un especialista.
— ¿Quién lo decidió?
— Creo que tu madre — dijo Andrea con firmeza — . Y no se trata sólo de unos cuantos huesos rotos, Tania. Dicen que tiene las manos destrozadas.

Un rato después, la enfermera Crabits estaba en su habitación de nuevo, y Tania alzó hacia ella una mirada vacía de expresión.
— ¿Se encuentra mejor?
— Supongo que sí — contestó sin ganas de discutir.
La joven enfermera cogía los dos jarrones de flores que había llenado con el ramo,
— Hummm, ¿no son preciosas? Y qué colores tan bonitos. — dijo la enfermera, oliendo el fragante perfume.
Tania no hizo ningún comentario. Cuando la enfermera Crabits regresó, miró a la paciente con un gesto de frustración.
— Esto no servirá de nada. Estoy de acuerdo en que su primo no debía habérselo dicho tan de repente. Me refiero al señor Eastwood. Pero estar ahí atormentándose no va a ayudarle a él ni a usted.
Tania se encogió de hombros.
— Negarse a ver a su madre tampoco ha sido muy sensato — continuó la enfermera — . Ha venido al hospital todos los días desde que usted está aquí. Ha estado muy preocupada. ¿Cómo ha podido darle la espalda de esa manera?
— Ella ha venido porque es lo que se esperaba de ella. ¿Puede imaginarse lo que dirían los periódicos si Abigail no aparentara que le interesa mi recuperación? Sobre todo cuando ella es la responsable.
— Vamos, señorita Marston, esa no es manera de hablar.
Tania pensó que era típico de su madre ganarse todas las simpatías. Abigail había atropellado a Finn intencionadamente, nada de lo que ella pudiera decir podría borrar del recuerdo de Tania la cara de su madre cuando había puesto en marcha el coche. No había habido ningún error, ninguna confusión con los pedales. En ese momento, Abigail había querido matar a Finn, y si su hija había decidido seguir su suerte, había sido asunto suyo.
— Oh, Finn... — susurró, presa de la desesperación.
Al ver las lágrimas que corrían por las mejillas de su paciente, la enfermera Crabits salió en silencio de la habitación.

Dos días después, Tania estaba sentada al lado de la ventana cuando tuvo otra visita.
— ¡Peter! — exclamó al verle entrar, y él la abrazó, emocionado.
— Oh, Tania — murmuró Peter — . He estado tan preocupado por ti. Cuando Rob dijo que estabas muy deprimida, me dije que tenía que venir a verte. Espero que no te importe.
— ¿Importarme? ¿Por qué iba a importarme?
— Estás tan delgada... ¿No te dan de comer aquí? ¿Y por qué llevas ese esparadrapo? Creía que la herida ya se había cerrado.
— Sí. Esto lo llevo sólo para tapar la señal de los puntos. Los puntos ya me los han quitado, pero hace muy feo.

— Nada tuyo es feo — afirmó Peter mientras sacaba una caja de bombones del bolsillo del abrigo — . Mira, te he traído esto. Suponía que tendrías muchas flores y tenía razón. Esto parece un invernadero.
— La mayoría son de Abigail. Ojalá no las hubiera mandado.
Peter cogió una silla y se sentó a su lado.
— Veo que le echas la culpa y no me extraña. Esa mujer debe estar loca. Ponerse a conducir un coche sin saber distinguir el acelerador del freno…
— Preferiría no hablar de eso.
— Claro, claro, como quieras. De todas formas tú has salido de esto bastante bien en comparación con el pobre Eastwood. Dicen que no podrá volver a tocar el piano.
Tania gimió. Al darse cuenta de que había dicho otra cosa que la había disgustado, Peter se arrepintió.
— Vamos, Tania. No fue culpa tuya. ¿Cómo crees que se siente tu madre? Ella le descubrió.
Tania volvió la cabeza, aunque sin soltar las manos de su amigo.
— Mira, varaos a hablar de otra cosa — sugirió él — . Debes estar harta de oír hablar de Finn Eastwood.
— ¡No! — exclamó Tania, obligándose a volver a mirarle — . No lo entiendes. Yo... quiero oír hablar de Finn. Por favor... no tomes en cuenta mis tonterías.
— Lo que pasa es que te encuentras muy débil. Ha sido una dura prueba para ti. Con la enfermedad de tu padre y todo... Rob cree que estabas preocupándote demasiado por él.
— Papá. Oh, sí — apenas había pensado en su padre desde que le habían contado lo de Finn. Por lo que sintió remordimientos de conciencia — . Tengo que escribirle ahora que me siento mejor. Seguramente a él le gustará recibir una carta mía.
— Sí — asintió Peter — . Sin embargo, tú has estado mucho más grave que él. ¿Ha intentado hablar contigo?
— No te gusta mi padre, ¿verdad? — suspiró ella,
— Yo no le gusto a él. Bueno... parece que la pobre Elvira va a tener que tomarse un descanso.
— Elvira... — sonrió Tania e inmediatamente volvió al tema predominante de sus pensamientos — . Háblame de Finn. ¿Dónde oíste que no iba a volver a tocar?
— En la televisión — contestó Peter, no demasiado complacido por tener que tratar un tema que no tenía nada que ver con sus relaciones — . ¿Cuándo puedes ir a casa? ¿Te han dicho algo los médicos?
— A finales de semana. Dime, ¿está Finn todavía en el hospital? ¿Va mi madre a visitarle?
— ¿Cómo quieres que lo sepa? Tania, ¿qué pasa con Finn Eastwood? Es un asunto de tu madre, no tuyo. Sólo porque tú estabas allí cuando ocurrió...
— ¿Han dicho los periódicos por qué estaba yo allí?
— Tengo entendido que estuviste cenando en el hotel con Eastwood y tu madre. Ella se había ofrecido a llevarte a casa en coche, ¿no?
— ¿Eso es lo que ella dijo?
— Tu madre, sí. Tania, ¿por qué haces todas esas preguntas? ¿No recuerdas lo que ocurrió?
— Oh, sí, me acuerdo — respondió Tania con amargura, pero no insistió más en el

tema.
El resto de la conversación se limitó a otras cosas, como cuándo esperaba Tania que podría empezar a trabajar y que si él podía ayudarla en algo sólo tenía que pedírselo.
— No hace falta — le aseguró ella, agradecida — . Tim y Andrea han sido maravillosos. Incluso me han dicho que pase unos días con ellos cuando salga del hospital, pero yo prefiero ir a casa. Quiero tranquilizar a mi padre.
— Cuídate. Una fractura de cráneo es algo muy delicado,
— No te preocupes. No tengo intenciones de hacer nada que pueda prolongar mi estancia aquí.
Efectivamente, Tania salió del hospital a finales de semana por una puerta trasera. Todavía había varios periodistas en la entrada principal, y, sospechando que Abigail podría aprovechar la oportunidad para escenificar una reconciliación, Tania evitó toda publicidad. Además, todavía no estaba restablecida completamente, y hasta el corto viaje a casa en el coche de Tim la dejó exhausta.
La señora Rogers, que también había ido a visitarla a menudo al hospital, la saludó efusivamente y luego le señaló la puerta del salón.
— Tu padre está ahí.
Mientras el ama de llaves se dirigía a Tim para invitarle a entrar, Tania abrió la puerta del salón y entró rápidamente.
Clarence Marston estaba sentado junto a la chimenea y, al oírla entrar, volvió la cabeza automáticamente. Llevaba el batín que solía ponerse cuando estaba en casa. Al acercarse a él, vio que también había adelgazado mucho.
— Oh, papá — dijo ella, casi a punto de llorar, y él alzó una mano para acariciar su mejilla.
— Me alegro mucho de verte, cariño — murmuró, él, emocionado — . Todo este tiempo me ha parecido un siglo. ¿Podrás perdonarme?

Capítulo 11

Tania se sentó a su lado, haciendo un esfuerzo por disimular las lágrimas.
— ¿Perdonarte? Pero papá, no hay nada que perdonar. No fue culpa tuya. Abigail debió perder la cabeza y atropello a Finn deliberadamente. ¡Nunca la perdonaré, nunca!
Clarence Marston miró a su hija de forma extraña.
— ¿No has visto todavía a Abigail?
— Desde... desde que ocurrió no la he vuelto a ver. Por supuesto, ha ido a visitarme al hospital, como sabrás, pero no quise verla. Además, los médicos pensaron que era mejor hacerme caso por temor a que me disgustara.
— Pero aquella noche... — empezó a decir su padre sacudiendo la cabeza. Tania se retorció las manos en el regazo.
— ¿La noche que ocurrió? Sí, aquella noche la vi, pero dadas las circunstancias no pudimos hablar.
— ¿Qué ocurrió?
— ¿Cuándo? ¿Cuándo Finn y yo nos marchamos de aquí? Ya sé que te enfadaste mucho, sin razón, porque estabas equivocado con respecto a Finn. La verdad es que... con mi madre.
— ¿Así que eso es lo que tú crees? Tania, ya me doy cuenta de que estás influenciada por ese tipo, pero no por eso voy a dejar de decirte que no es ningún santo. Abigail... — se interrumpió bruscamente y luego añadió — ¡Es del dominio público que tu madre ha estado manteniéndole durante casi un año!
Tania cerró los ojos un instante.
— Ya lo sé, papá. Pero eso no significa que... Bueno, qué más da, eso ya pasó a la historia. Él me quiere, papá, y yo también le quiero a él. En cuanto pueda, iré a verle.
— No estarás hablando en serio — la increpó su padre con acritud.
— Sí, estoy hablando en serio. Papá, de verdad, tú no le conoces. Puede ser un hombre orgulloso, pero por encima de todo es sincero. Quizá por eso no se preocupa de negar las mentiras que dicen sobre él. Él sólo vive para su música.
— Vivía — corrigió su padre — . ¿Es que no te has enterado? En el accidente se rompió los huesos de las manos, y es muy posible que no pueda volver a tocar el piano nunca más.
— ¡No! — exclamó Tania.
Clarence suavizó un tanto su expresión.
— Quizá sea lo mejor para ti.
— ¿Por qué?
— Porque Abigail es incapaz de aceptar a un hombre fracasado.
En aquel momento, la conversación quedó interrumpida por la señora Rogers, que llevaba el servicio de té. Tania, todavía aturdida por lo que su padre acababa de decirle, miró agitadamente a su alrededor.
— ¿Y Tim? ¿No está aquí?
— No — contestó la señora Rogers — . No quiso quedarse porque pensó que tu padre

y tú querríais estar solos. Dijo que te llamará esta noche.
Tania dejó escapar un suspiro.
— Todavía no le he dado las gracias.
— No te preocupes por tu primo, él lo comprenderá — le aseguró el ama de llaves — . Tómate tu sandwich. Dentro de un momento traeré los pasteles.
Tania comió muy poco, y en cuanto terminó anunció que se marchaba.
— No irás a ver a ese hombre esta noche, ¿verdad?
Su padre parecía tan atormentado que Tania se apresuró a tranquilizarle.
— Esta noche no, estoy muy cansada. Si no te importa, me voy ya a la cama.
— Sí, claro.
Su padre se levantó con la intención de acompañarla, pero Tania le detuvo con un gesto.
— Estoy bien, papá, no necesito nada.
Una vez sola en su dormitorio, Tania apoyó la frente calenturienta en el frío cristal de la ventana, contemplando las farolas encendidas en la calle. Hubiera dado cualquier cosa por saber cómo se sentía Finn aquella noche. Seguramente estaría desesperado, lleno de incertidumbre por su futuro. La compasión que ella pudiera sentir no era nada en comparación a la agonía que él debía estar sufriendo. Las palabras que acababa de oír a su padre, aunque fueran fruto de su despecho, eran ciertas: al perder la capacidad de tocar el piano con aquel talento extraordinario que había levantado al público en el Paspart Hall, Finn perdería también la estima de Abigail. En cierto modo, Tania se alegraba de ello, aun sabiendo que aquella desgracia no iba a facilitar en nada su futuro.
A la mañana siguiente, Tania despertó más optimista. Mientras se maquillaba afanosamente para disimular las ojeras, se repetía una y otra vez que Finn estaba vivo, que eso era lo que importaba. Además, si ella no fuera fuerte, ¿cómo iba a poder ayudarle?
Su padre todavía no se había levantado, y la señora Rogers, cuando la vio bajar, la echó una buena reprimenda.
— Tenía pensado llevarte el desayuno a la cama, ¿sabes? Se supone que tienes que descansar, y ya el primer día te levantas a las ocho de la mañana.
— He descansado lo suficiente — replicó Tania — . Tomaré sólo café y tostadas, señora Rogers. No tengo mucha hambre.
— Ya me di cuenta ayer de que no comías casi nada con el té; ni tu padre tampoco. No sé para qué me molesto en cocinar.
— Lo siento. Se me debió de quitar el apetito por la emoción de volver a casa. Tenía muchísimas ganas de ver a papá. Por cierto, le he encontrado muy desmejorado, me tiene preocupada.
— Todos estamos preocupados por él. Me sorprendió mucho, de todas formas, que no quisiera ir al hospital a verte. Podía haber ido perfectamente, porque tu primo Tim se ofreció a llevarle.
Tania se sintió un poco dolida, pero trató de restarle importancia.
— Ah, ¿sí? Bueno... no iría por miedo a sufrir una recaída, seguro.
— Ya — replicó la señora Rogers secamente — . Si quieres que te diga mi opinión, él solo se busca las enfermedades. O si no, dime, ¿a quién se le ocurre salir en una noche como ésa?

Tania suspiró.
— Bueno, eso es agua pasada. Ahora está mucho mejor y yo me alegro.
La señora Rogers meneó la cabeza, pensativa.
— Eres una chica muy buena, Tania. Espero que ese joven merezca la pena.
Tania se ruborizó.
— ¿Sabe usted lo de Finn?
— ¡Cómo no voy a saberlo! Tu padre no habla de otra cosa desde... bueno, desde lo que pasó.
— Y me imagino que papá le habrá dicho, que no lo aprueba.
— Dadas las circunstancias, no creo que tu padre pueda ser muy objetivo. Y tú, por ahora, más vale que te tomes las cosas con calma. Sólo faltaría que ahora cayeras enferma tú también.
El hospital Oregon estaba en Liesck Park, cerca de la estación de metro de Old Street. Tania llegó hasta allí en taxi, después de haber tenido que soportar los gritos de su padre, que se puso fuera de sí cuando averiguó dónde iba. Pero ella prestó oídos sordos a afirmaciones tales como que era una tonta, o que haría mucho mejor abandonando a Finn, puesto que iba a quedar lisiado. Tania quería a su padre, pero su amor por Finn superaba a todos. Necesitaba estar con él, y nada ni nadie podía impedírselo.
La mañana era fría y desagradable. Tania recorrió con paso lento la distancia que la separaba de la entrada del hospital. Cuando llegó a la recepción se sentía muy cansada y débil.
— Quisiera ver al señor Eastwood. Me llamo Tania Marston. Él sabe quién soy.
Los dos celadores intercambiaron unas palabras a media voz, y finalmente uno de ellos se dirigió a Tania.
— Entonces usted debe ser la hija de la señorita Racom.
Tania asintió. Empezaba a sentirse mareada y tuvo que apoyarse en el mostrador.
— Por favor, ¿podrían darse prisa? No me encuentro muy bien.
Una enfermera, que había estado atenta a la conversación, salió de la cabina y se dirigió hacia ella.
— Siento decirle que el señor Eastwood se niega a recibir visitas, señorita Marston. Ha insistido muchísimo al respecto. Como comprenderá, yo no puedo ir en contra de sus deseos sin el permiso de su médico.
— ¿Quién es el médico?
— El doctor Crow. Tania encontró aquel nombre familiar.
— ¿Podría verle, por favor? — preguntó con voz débil — . Ya sé que no he concertado cita con él... pero es muy importante.
La enfermera suspiró.
— Lo siento, pero el doctor Crow no ha venido hoy al hospital, señorita Marston. No volverá hasta el lunes. A no ser que se trate de una urgencia, claro.
Tania sintió deseos de gritarle que aquello era una urgencia; que tenía que ver a Finn lo antes posible; que no podía esperar más. Pero sabía muy bien que un médico no iba a alterar su horario por una cuestión de tipo sentimental.
— El lunes — repitió con voz apenas audible.
La enfermera asintió.
— Si quiere, puedo apuntarla para el lunes por la mañana. Yo creo que en su caso

particular el doctor Crow estará dispuesto a atenderla.
— Gracias. De todas formas, ¿es totalmente imposible que vea hoy al señor Eastwood? Me haría usted un gran favor si le dijera que estoy aquí.
La enfermera vaciló un momento.
— Desobedecería las normas, señorita Marston, ya que tengo órdenes expresas del doctor Crow.
— Pero usted acaba de decirme que ha sido Finn, quiero decir el señor Eastwood, quien expresó su deseo de no ver a nadie. ¿Podría intentarlo, por favor?
Tania estaba segura de que iba a negarse, por eso quizás involuntariamente hizo un movimiento hacia ella, y estuvo a punto de caer. La enfermera, al notar su débil estado, cambió de actitud.
— Venga — dijo — . Siéntese aquí y espere. Voy a ir a ver si es posible complacerla. No le prometo nada, pero de todas formas, preguntaré.
Tania la miró con los ojos llenos de lágrimas.
— Muchas gracias, enfermera.
La espera le pareció eterna. Finalmente, se oyeron unos pasos por el pasillo, y apareció la mujer con gesto desolado.
— Lo siento — dijo — , pero el señor Eastwood no quiere verla. Ya le advertí que se niega a recibir ninguna visita, así que me temo que ha perdido el tiempo al venir hasta aquí.
Tania ya no podía más y empezó a hablar atropelladamente.
— Pero... ¿por qué? Es comprensible que no quiera ver a Abigail, pero... ¿por qué a mí no? ¿Por qué a mí no?
— No se disguste, señorita Marston. Su reacción es perfectamente natural. Normalmente, los pacientes que se encuentran bajo los efectos de un shock traumático suelen adoptar una actitud de rechazo. Hasta que no haya aceptado la situación...
Tania se puso de pie con un gran esfuerzo,
— ¿Qué situación? ¿Es que es verdad? ¿Le han quedado mal las manos? ¿No podrá volver a tocar?
— Señorita Marston, yo no puedo hacer un diagnóstico de ese tipo — declaró la enfermera dirigiéndole una mirada compasiva — . Venga a mi despacho y le prepararé un té, porque lo está necesitando. Durante estos últimos días los periodistas nos han estado volviendo locos, pero parece ser que por fin hemos vuelto a la normalidad,
Tania negó con la cabeza. Las pocas fuerzas que le quedaban la habían abandonado después de su estallido de impaciencia.
— Si no le importa, preferiría que avisara a un taxi. Debo volver a casa, porque mi padre estará preocupado.
En el taxi la debilidad se adueñó de ella, con una sensación tal de impaciencia que no pudo contener las lágrimas. Estaba desesperada. ¿Qué podía hacer si Finn se negaba a verla? Quizás él la culpaba de lo ocurrido al considerarla responsable del arranque de locura de su madre. Si pudiera hablar con él... Si pudiera tener la certeza de que no la odiaba... Quizás se negara a ver a nadie por las razones que le había dado la enfermera, pero también cabía la posibilidad de que Abigail le hubiera puesto en contra suya.
Al llegar a su casa le llamó la atención un ostentoso coche que estaba aparcado en la puerta. Tania lo miró con aprensión. No la resultaba familiar, pero, aun así, un coche

tan grande y lujoso sólo podía pertenecer a una persona.
«¿Cómo se atreve a venir aquí?», pensó con incredulidad. Ella sabía mejor que nadie, que lo único que iba a conseguir era disgustar a su padre y molestarles a los dos.
¿Es que no les había hecho ya suficiente daño?
Con las manos temblorosas, Tania se quitó la capa y avanzó por el pasillo hacia su estudio. Al pasar por la puerta del salón, oyó el murmullo apagado de sus voces, y la sangre empezó a hervirle en las venas. En un momento se olvidó de su malestar y de la sensación de debilidad que había experimentado al salir del hospital, y se sintió llena de una energía que tenía mucho de artificial, nacida del deseo de ayudar a su padre.
Sin embargo, la escena que se ofreció ante sus ojos cuando se abrió la puerta era muy diferente a la que había esperado. Para empezar, su padre y su madre estaban sentados frente a la chimenea y, aparentemente, sostenían una conversación cordial. Tampoco se hubiese imaginado a Abigail sirviendo el café con toda normalidad, como si lo hiciera todos los días.
Al verla entrar, volvió la cabeza hacia Tania con recelo; su rostro no reflejaba ningún otro sentimiento. Tania se volvió a su padre esperando una explicación.
Nada más verla, Clarence Marston se levantó de su silla y se la ofreció.
— Parece que tienes frío, cariño.
— Sí, siéntate, Tania — dijo Abigail con frialdad — . Voy a pedirle a la señora Rogers que traiga más café. Debes estar helada y...
— ¡No te molestes! — exclamó Tania indignada. Después se volvió hacia su padre — ¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué ha venido ella? ¿La has invitado tú? ¿Sabías que iba a venir?
— Pero Tania...
Su exmujer no le dejó hablar.
— Tu padre no sabía exactamente cuándo, pero yo ya le había dicho que iba a venir. Algo tenía que hacer si quería verte, después de tu comportamiento infantil negándote a verme en el hospital.
— Pues no me explico para qué...
— Ah, ¿no? — le increpó Abigail poniéndose de pie — . ¿Es que es tan raro que quiera ver a mi hija para asegurarme de que se está recobrando satisfactoriamente? Por el amor de Dios.
En ese punto su voz se quebró con una sinceridad convincente y conmovedora. Una representación magnífica, después, añadió:
— Yo no quería hacerte daño. De eso puedes estar segura.
— Ibas a por Finn, ¿verdad?
— ¡Yo no quería hacerle daño a nadie! — exclamó Abigail cerrando los puños — . Lo único que deseaba era marcharme yo sola. Vosotros acababais de darme un gran disgusto, Tania. Eso lo sabes muy bien, ¡y yo estaba desesperada! ¿Es que eres incapaz de comprender mis sentimientos? Finn y yo habíamos tenido una relación tan intensa...
— Tú atropellaste a Finn deliberadamente. Te vi. Abigail. ¡Te vi! A la prensa le puedes contar la estúpida historia de que confundiste el acelerador con el freno, pero a mí no me engañas. Tú querías atropellarle, lo vi en tu cara. ¡Querías matarle! No lo conseguiste, pero le has destrozado la vida. ¡Espero que algún día él te haga pagar por lo que le has hecho!

Abigail cambió repentinamente de actitud.
— Entonces... ¿Ie has visto? — preguntó ansiosa — . ¿Te ha dicho Io que piensa hacer? ¿Está de acuerdo contigo y piensa demandarme? ¿O me considera inocente?
— ¡Tú no eres inocente! Él Io sabe mejor que nadie.
— Ah, ¿sí? ¿Es que has hablado con él?
— No...
— ¿Lo ves? Tú no sabes nada. Finn es incapaz dedenunciarme. Me debe demasiadas cosas.
Tania estalló en cólera.
— ¡No te creo! Él no te debe nada, además, me ama a mí, y nos íbamos a casar.
Abigail soltó una risa dura e hiriente como un puñal.
— Casamiento... ¿ustedes? Vamos. Tania, no digas tonterías. Puede ser que Finn se sienta atraído por ti. Pero créeme, él, desde siempre, ha rechazado Ia idea deI matrimonio.
— Pero tú dijiste...
— ¿Qué? ¿Qué dije yo? ¿Te he dicho alguna vez que íbamos a casarnos?
— Pero Fristman me dijo... estaba en Ios periódicos...
— Luke Fristman es un chismoso. Y tú, será mejor que no creas todo Io que lees en Ios periódicos, Tania. Ahora, si no te importa, vamos a volver a empezar con nuestra conversación, pero esta vez como personas civilizadas. Clarence, dile a Ia señora Rogers que traiga más café. El mío se ha quedado helado.
— Yo no quiero café — dijo Tania violentamente.
Sintió que estaba perdiendo eI control. Se volvió desesperadamente hacia su padre. En aquel momento necesitaba su apoyo para demostrarle a Abigail que Ios dos estaban unidos contra eIIa. Contaba con su ayuda, porque él sabía que Finn y eIIa se amaban, que no era una simple aventura como Abigail había dicho. Una vez más, su madre arreglaba Ia verdad a su gusto.
Pero pronto se dio cuenta de que pasaba algo extraño. Su padre se frotaba Ias manos con evidente ansiedad, mirándola con gesto ambiguo.
— Tania, yo creo que debes escuchar Io que tu madre te va a decir. A pesar de Io que puedas creer, eIIa en eI fondo te quiere.
— ¡No! — replicó Tania furiosa.
— Sí, te quiere — dijo Clarence revolviéndose inquieto en su asiento — . El accidente ya pasó, ahora se trata de tu futuro.
— Pero, ¿qué me estás diciendo?
— Lo que tu padre intenta decirte, Tania, es que él cree que no deberías volver a ver a Finn Eastwood.
— No.
— Sí — Ie cortó Abigail en tono tajante — . Estamos pensando en tu bien. No sé si ya te habrás enterado por tu cuenta, pero yo estoy en condiciones de decirte que Finn va a ser un inválido eI resto de sus días.
— ¡No! ¡No!
— Sí, sus heridas son más importantes de Io que se pensó en un principio. Puede que no vuelva a andar, y sus manos...
— ¡Cállate!
Tania ocultó Ia cara entre Ias manos en eI colmo de Ia desesperación.

— Por muy difícil que te resulte aceptarlo, Tania, es la verdad. ¿Cómo crees que me encuentro yo? No me encuentro capaz ni de mirarle a la cara. Aunque le haya conseguido los mejores médicos y el mejor tratamiento que el dinero puede comprar, nada puede liberarme del tormento de saber que yo soy responsable indirecta de...
— ¿Responsable indirecta? — exclamó Tania con voz ronca.
— Sí. Indirecta. ¿No irás a creer que yo soy capaz de...?
— Sí. sí, lo creo. Estoy convencida de ello. Era exactamente lo que querías hacer, ¿no? Tú le tenías comprado, en eso te doy la razón. Pero cuando nos viste juntos te diste cuenta de lo poco que eso suponía en realidad, así que, como no podías hacer otra cosa, le atropellaste a propósito. Que conste que estoy absolutamente segura de ello y que nadie me va a convencer de lo contrario. Y si has pensado que por decirme que Finn va a quedar inválido voy a dejar de quererle, entonces me demuestras que no conoces ni remotamente lo que es el amor.
— ¡Eres una mala pécora! — gritó Abigail escupiendo las palabras — . No sé por qué me he molestado en venir. ¡A mí qué me importa que malgastes el resto de tu vida soportando a un hombre que ni siquiera va a ser capaz de agradecértelo! Como madre tuya me sentía en el deber de aconsejarte que lo mejor que puedes hacer es olvidarle, pero veo que de nada sirve decirte las cosas. ¿Tú qué te crees? ¿Que Finn se va a sentir agradecido porque tú estés dispuesta a sacrificar tu vida por él? ¡Qué equivocada estás! Te dirá, como poco, que hagas el favor de no complicarle la existencia. Y piensa que cada vez que te mire va a recordar lo que ha perdido.
— ¡Eres ruin!
— No. Soy pragmática. Tu padre y tú sois iguales; siempre buscando motivaciones, algo que dé significado a vuestras vidas. Pues bien, yo te digo, y recuérdalo, que la piedad no puede sustituir a la pasión.
— ¡¡Sal de aquí!!
Pero Abigail aún tenía una última cosa que decir.
— ¿Te ha dicho tu padre lo que me contó la noche que vino a mi apartamento? ¿Te ha dicho acaso cómo me suplicó que volviera con él? Con lo mucho que te ha sorprendido verme aquí, imagínate que tu padre se hubiera salido con la suya; entonces todo estaría olvidado y yo viviría aquí para siempre.
Tania se volvió estupefacta hacia su padre.
— ¿Fuiste a su apartamento? ¿Cuándo? ¿Qué es todo esto?
— Entonces, ¿no te lo ha dicho? — exclamó Abigail con una risa malévola.
Tania vio a su padre palidecer.
— ¿De qué está hablando, papá? No me has dicho que hubieras ido a verla. ¿Cuándo fue? Tú has estado enfermo.
— Fue la noche del accidente — dijo Abigail mientras su padre parecía replegarse sobre sí mismo — . ¿Te acuerdas? La noche que llegué de Italia.
Tania dejó escapar un gemido.
— ¡No!
Abigail se levantó, triunfante, y siguió hablando inexorablemente.
— Sí, Tania, sí. Clarence, no te creía tan malévolo. ¿Por qué no le contaste a Tania que llegaste diciendo que... que mi amante me había abandonado por mi hija? La utilizaste a ella para intentar recuperarme, por eso yo tuve que tomar aquella medida desesperada para no perder al hombre en el que había invertido mi dinero.

Capítulo 12

— ¿Seguro que quieres marcharte ya? — preguntó Andrea inquieta, mirando con preocupación la exagerada palidez de Tania.
— Sí, me tengo que ir. Ya es hora de que vuelva a casa. Tampoco me puedo quedar aquí para siempre. Y, en cualquier caso, Finn saldrá pronto del hospital.
— Eso tú no lo sabes, lo supones. Sólo ha pasado un mes y medio desde el accidente.
— Ya.
— Además, ¿cómo sabes tú que él va a querer verte? De nada te ha servido llamar todos los días al hospital.
— Cuando salga será distinto, ya verás. De todas formas tengo que intentarlo, aprovechando que Abigail se ha marchado a Los Ángeles.
— Tania, con respecto a eso, no es seguro que tu madre haya ido a visitarle. Aunque ella te lo haya dicho, yo no me lo creería; tú misma me has contado muchas veces lo exagerada que es.
— Sin embargo, no puedo quedarme parada.
Tim la llevó a casa en su coche. Tania, que hacía cuatro semanas que no veía a su padre, se sentía inquieta y se notaba cada vez más tensa. Si volvía no era porque estuviera deseando verle, sino porque la casa de Gourt era su hogar y no se sentía con ánimos de abandonarlo. Además, necesitaba centrarse y volver al trabajo, que había abandonado durante aquellos días.
Fue un gran alivio para ella que su padre no estuviera en casa cuando llegó. En cambio, recibió la calurosa bienvenida de la señora Rogers, que parecía alegrarse sinceramente de tenerla allí de nuevo.
— Si tu padre hubiese sabido que volvías hoy, no habría ido al trabajo — le comentó la mujer mientras le ayudaba a subir las maletas a la habitación.
— Tengo que hacer unas cuantas llamadas telefónicas. No se preocupe por el equipaje, señora Rogers. Ya me ocuparé de ello más tarde. Lo que sí le agradecería es que me prepare una taza de té.
Mientras la señora Rogers estaba en la cocina, Tania fue al despacho de su padre, ya que era el sitio más tranquilo de la casa para hablar por teléfono. En primer lugar, llamó al hospital porque hacía tres días que no tenía noticias de los progresos de Finn. Le contestó una enfermera.
El señor Eastwood ha sido dado de alta hace varios días. Tania no pudo disimular su emoción.
— ¿Qué le han dado de alta? No lo comprendo. Creía que el tratamiento iba a ser más largo.
— Lo siento — respondió la enfermera — , pero no tenemos más información. Lo único que sabemos es que se marchó el martes.
— Gracias.
Tania colgó con mano vacilante. Lo que acababan de decirle significaba que habían dado de alta a Finn el mismo día que Abigail se había ido a Los Ángeles.
La señora Rogers entró un rato después y la encontró mirando todavía al teléfono.

— Sabía que estabas aquí. Te traigo el té. ¿Qué vas a querer para comer?
Tania levantó la vista hacia ella con expresión ausente, y la señora Rogers reaccionó alarmada.
— ¿Qué ha pasado ahora? ¿Es otra vez la señora Marston? ¡Desde luego, esa mujer no hace más que causar problemas!
— Ya no se llama señora Marston. Ahora es la señorita Racom. Además, se marchó a Los Ángeles hace tres días.
— Con viento fresco — refunfuñó la señora Rogers — . Bueno, entonces, ¿qué pasa?
— Es Finn. Finn Eastwood. Acabo de llamar al hospital y me han dicho que se ha marchado y que no saben a dónde.
— Ya. Y me imagino que tú pensarás que se ha ido con tu madre.
— ¡No!
— Entonces, ¿a qué viene esa cara? ¿Has llamado a su hotel? Me parece que era el lorio, ¿no?
— Sí, como todo el mundo sabe — murmuró Tania amargamente — . Pero no, no he llamado allí, ¿Usted cree que debería llamar?
— ¿Por qué no? Si quieres saber dónde está... pero a mí tu padre me ha dicho que él se niega a verte.
— Hasta ahora sí. Pero yo no estoy dispuesta a aceptarlo. Tengo que verle, señora Rogers.
El ama de llaves se encogió de hombros mientras Tania buscaba afanosamente el número del hotel. Cuando lo encontró, la señora Rogers se retiró discretamente.
Por desgracia, el recepcionista del hotel acabó en cuestión de segundos con sus débiles esperanzas.
— Lo siento, no puedo complacerla; el señor Eastwood dejó libre su suite hace un mes, y no nos ha dejado su dirección.
Tania colgó con lágrimas en los ojos. Después, haciendo un gran esfuerzo de voluntad, se sentó e intentó tranquilizarse. De nada le iba a servir dejarse llevar por la desesperación. Alguien tenía que saber dónde estaba Finn, pero ¿quién?
Quizás se había marchado con Abigail... pero no, no podía ser, en su estado los médicos no le habrían permitido realizar un viaje tan largo. Otra posibilidad era que se hubiera marchado a otro hospital, pero en ese caso, ¿dónde?
Aquella tarde, Tania se tragó su orgullo y llamó uno por uno a todos los amigos de su madre. Pero fue inútil; al parecer el nombre de Finn era tabú entre sus amistades, ninguno quiso comprometerse diciéndole nada. Cuando ya había perdido todas las esperanzas consiguió localizar a Luke Fristman.
— Hola, Tania — exclamó nada más oírla, tan sorprendido como todos los demás — . Me alegro mucho de que me llames. Es una pena, me hubiera gustado quedar algún día contigo, pero me marcho para Nueva York mañana por la mañana.
Tania soportó aquellas manifestaciones tan efusivas en silencio, y luego preguntó secamente.
— ¿Sabes si Finn se ha marchado a Los Ángeles con mi madre? He llamado hoy al hospital y me han dicho que se marchó el mismo día que Abigail salió para California.
Hubo un largo silencio, y Tania temió que, al igual que sus amigos, la contestara con una evasiva.
— Tania, yo creo que si Finn no te ha dicho a dónde iba, será porque no quiere que lo

sepas.
— Entonces, ¿se marchó con Abigail?
— Yo no te he dicho eso. Lo que no comprendo, Tania, es que ahora acudas a mí para preguntarme eso, cuando deberías saber que estoy muy molesto contigo por lo que le hiciste a tu madre.
— ¡Es increíble! ¡Como si no la conocieras! Tú sabes perfectamente que mi madre es la persona menos perjudicada en este lío. Además, ten en cuenta que podría haber sido juzgada por imprudencia temeraria, o incluso por intento de asesinato.
— Venga, Tania; no empieces a hacer acusaciones histéricas. Reconozco que hablo desde mi punto de vista, pero debes recordar que yo quiero mucho a tu madre y que Eastwood y tú habéis estado a punto de arruinar su carrera.
A Tania se le agolparon las palabras y no pudo hablar durante un momento. Por fin consiguió decir:
— ¿Y qué me dices de Finn? ¿Qué pasará ahora con su carrera?
— Finn es la víctima de un desafortunado accidente. Nadie, te repito, nadie, le hubiera deseado algo semejante. Otro asunto es lo mucho que ese joven le debe a Abigail, y a mí me parece que él no lo sabe apreciar.
— Sí — dijo Tania entre sollozos — . Estoy de acuerdo en que le debe mucho a Abigail. Entre otras cosas, sus heridas, su estado mental, y, sobre todo, el hecho de que nunca volverá a tocar el piano...
Incapaz de continuar, Tania colgó violentamente el teléfono y, apoyada allí mismo, sobre la mesa, se echó a llorar. No comprendía cómo todos podían estar tan llenos de prejuicios o tan ciegos para no ver la verdad.
Al cabo de unos minutos el teléfono sonó. Era Fristman de nuevo.
— No cuelgues — dijo apresuradamente — . Quiero disculparme por lo que he dicho antes. Creo que me excedí. Además, quiero que sepas que yo no te guardo ningún rencor. Llámame si necesitas algo.
— No tiene importancia, Luke. Me parece una reacción muy normal por tu parte. Sabiendo lo que sientes por mi madre, debería haberme dado cuenta de que serías la última persona que podría ayudarme.
— Te ayudaría si pudiera, Tania. Lo único que puedo decirte, si te sirve de algo, es que Finn no se ha marchado a Los Ángeles. Tal y como está necesita seguir un tratamiento, así que es imposible. Yo me imagino que estará en su casa recuperándose. No sé si me equivoco, pero creo que tiene una casa en Red Hills.
— ¡Red Hills! — Exclamó Tania — . Claro, Red Hills.
¿Cómo no se le había ocurrido antes? Era evidente que podía ir allí, a su casa.
— Al parecer sabías de la existencia de esa casa.
Tania permaneció con la mirada fija en el vacío y tardó un rato en contestar.
— Sí — dijo al fin — . Te agradezco mucho tu ayuda, Luke.
— Que tengas suerte.
Cuando su padre llegó a casa, Tania ya había bajado las maletas de su habitación y las había vuelto a dejar en el vestíbulo. Ella le esperaba en el salón, y se imaginó que habría visto su equipaje por la forma en que irrumpió.
— ¡Tania, has vuelto! — exclamó emocionado, abrazándola — . No sabes lo feliz que me haces.
Tania se apartó de él en cuanto pudo.

— No pienso quedarme — dijo, no sin sentir una punzada de remordimiento.
— ¿Qué no te quedas? ¿Es que... vas a volver a casa de Tim?
— No.
Clarence la miraba perplejo.
— Entonces, ¿dónde? Tania, no vas a marcharte para siempre, ¿verdad?
— Me voy a Red Hills — anunció ella —. A Trinas Bulevar. ¿Te acuerdas de Trinas Bulevar? Es donde vive la señora Bronson.
— Sí, lo recuerdo muy bien. Pero, ¿por qué vas allí? ¿Para estar sola una temporada, quizás?
— No. La verdad es que voy para ver al nieto de la señora Bronson.
— ¿Cómo? Por el amor de Dios, Tania, ¿qué me dices? ¿Qué tiene que ver el nieto de la señora Bronson contigo?
— No le reconociste, ¿verdad? ¿No te acuerdas del jovencito que estaba en su casa?
— Vagamente. Sí, recuerdo que había un muchacho, que apenas hablé con él. Tania, ¿qué tiene que ver...?
— Yo sí hablé con él. Es más, pasé toda la mañana con él. Se llama Finn Eastwood.
— ¡No!
— Sí. Finn es el nieto de la señora Bronson.
Clarence la miró fijamente.
— No me lo habías dicho.
Tania se encogió de hombros.
— Nunca tuve la oportunidad.
— Entonces... ¿Eastwood está en casa de su abuela?
— Eso creo.
— Pero si estaba en el hospital.
— Se marchó a principios de esta semana.
— No puedo permitir que...
— Sí puedes.
— ¿No irás a marcharte esta noche?
— Esta noche empiezo el viaje. Cuando me canse dormiré en algún hotel, y mañana proseguiré.
— ¡Es una locura, Tania, acabas de salir del hospital! Me gustaría hablar contigo tranquilamente, pasar un tiempo juntos. Tengo cosas importantes que decirte, ¿no las quieres oír?
— Ya he oído bastante, padre.
Era la primera vez que le llamaba así y le pareció que, de pronto, había roto todos los lazos de cariño que la unían con él desde la infancia. Después, sin una palabra más, dio media vuelta y se marchó en el coche.
Aquella noche durmió en un motel al lado de la autopista. A la mañana siguiente se despertó temprano, y no empezó a sentir el cansancio de la falta de sueño hasta mediodía. Sin embargo, ni siquiera paró para comer, ya que la impaciencia por llegar a su destino podía más que el hambre y el cansancio.
Tardó casi una hora en encontrar Dirmorn. Pero cuando al fin aparecieron ante su vista las siniestras torres de la casa del acantilado, apenas pudo disimular el temblor de sus manos.
Salió del coche; el viento era tan violento que casi no la dejaba respirar. El estruendo

de las olas contra el rompiente era ensordecedor. No tardó en encontrar el estrecho sendero que bajaba por el acantilado, tal y como lo recordaba. Bajó a duras penas, deslizándose y resbalando. A medida que se acercaba a la alta barandilla de madera, el rugido de las olas se hacía más furioso... casi tanto como los latidos de su corazón. Las sensaciones que experimentaba eran las mismas de años atrás. Todo le resultaba familiar; extraordinariamente familiar si se tenía en cuenta el largo tiempo transcurrido. Pero algo había cambiado. En esta ocasión no se oían los compases de una sonata de Chopin que la guiaran.

Al llegar, la asaltó la duda de que Finn no estuviera; un hombre en sus condiciones físicas no era capaz de bajar por aquel peligroso sendero. Pero tenía que estar allí, se dijo a sí misma desesperadamente.

Llamó a la puerta con todas sus fuerzas, pero nadie contestó. Comprendió entonces que ir hasta allí había sido una locura; un intento fallido más por verle. Exhausta, sabiéndose incapaz de volver a subir por aquel camino, se apoyó en la roca. Se dio cuenta con desesperación de que las fuerzas le faltaban.

Avanzó a duras penas rodeando la barandilla, buscando un lugar para sentarse a descansar. Entonces observó que las contraventanas laterales estaban abiertas. Se precipitó hacia allí y, repitiendo lo que hiciera seis años atrás, se asomó por el cristal.

La habitación permanecía igual: la misma mesa, las mismas sillas, el piano. El fuego crepitaba en la chimenea. Tendida en el sofá, la figura lánguida de un hombre moreno: ¡Finn! Tania se quedó paralizada, y mientras estaba allí, boquiabierta, Finn se volvió y la miró.

Tania tuvo una reacción absurda: retroceder con el afán de ocultarse a sus ojos. De pronto sintió miedo; no se atrevía a mirar a Finn cara a cara. En Manchester le había parecido muy bien la idea de que, en cuanto tuviera la oportunidad de verle y hablar, con él, todas las dificultades surgidas entre ellos desaparecerían. Pero no era tan fácil enfrentarse a un hombre destrozado moral y físicamente, y eso lo acababa de descubrir.

Cuando se disponía a marcharse, llena de desesperanza, la puerta se abrió. Tania se quedó suspensa, asaltada por la extraña sensación de haber vivido antes aquel momento. En el umbral, con las muletas bajo los brazos y las manos vendadas e inertes a lo largo del cuerpo, Finn la contemplaba con expresión hostil. Una cicatriz cruzaba su frente, desde el nacimiento del pelo hasta la ceja.

— ¿A qué has venido?

En aquella frase se resumían todos los temores de Tania. Su voz no dejaba lugar al afecto; era distante, fría, desconocida.

— Hola, Finn. Yo... ¿qué tal estás?

— ¿Qué quieres?

Se adivinaba que Finn había pasado mucho tiempo tratando de evitar aquella escena, no cabía duda. Tania vio así derrumbarse sus últimas defensas, y supo con certeza que no debería haber ido allí. Tendría que haber comprendido que cuando Finn se negaba a verla, era porque todo había terminado entre ellos. Fue una necesidad por su parte pensar que ella iba a conseguir lo que nadie había logrado. Por fin era consciente de la verdad, Finn nunca la había querido, ella había sido para él una aventura de una noche, tal y como Abigail le había dicho.

— Yo...

De pronto le asaltó una angustia indescriptible; no era capaz de articular las palabras. La amarga decepción, el fuerte dolor de cabeza y su debilidad se hicieron patentes en aquel mismo momento. Oyó un fuerte pitido, empezó a ver luces extrañas y confusamente pensó que aún no se había recuperado del todo... Intentó apoyarse en la pared, pero no pudo alcanzarla.

Capítulo 13

Al abrir los ojos Tania se encontró tumbada en un sofá, y durante un momento no supo precisar dónde estaba. Pasó la mirada por el cuarto, y la mantuvo después fija en la chimenea, donde ardían unos troncos. Se revolvió sobre los almohadones, inquieta. El esfuerzo que estaba haciendo por pensar le producía un agudo dolor de cabeza. Pero en cuanto vio unas piernas cruzadas frente al hogar, recordó bruscamente.

— ¿Qué me ha pasado?

Finn se encontraba sentado al borde de una silla, sosteniendo un vaso de agua entre sus manos vendadas.

— Te has desmayado; anda, tómate estas píldoras. Son inofensivas, y te aseguro que muy efectivas contra el dolor.

Tania se incorporó y quedó sentada.

— ¿Cómo sabes tú que me duele la cabeza?

— Murmuraste no sé qué de jaqueca antes de perder el sentido — replicó Finn secamente — . Tienes muy mal aspecto. ¿Estás segura de que no deberías permanecer todavía en el hospital?

Tania cogió el vaso de sus manos y se bebió casi todo su contenido. Al devolvérselo, tuvo mucho cuidado para no hacerle daño.

Finn torció la boca, consciente de sus esfuerzos. Esto puso a Tania sobre aviso; se daba cuenta de que en cuanto tuviera oportunidad, Finn la echaría de allí. Por eso se apresuró a hablar.

— Finn... espero no haber sido una molestia. Te habrá costado un gran esfuerzo traerme hasta aquí. No soy precisamente una pluma — añadió apresuradamente.

— Yo te veo más delgada — declaró Finn mirándola de arriba abajo.

— Pero... ¿tú puedes andar?

— Ya lo ves — respondió Finn, lacónico, señalando las muletas — . En cuanto tenga las manos un poco más fuertes podré arreglármelas con bastones. Tengo la esperanza de que al final podré caminar sin ayuda.

— Pero yo creía...

Tania se interrumpió, pero Finn la miró con gesto sarcástico.

— ¿Sí? ¿Qué es lo que tú creías? ¿Qué quedaría inválido en una silla de ruedas? La gente exagera mucho; sobre todo cuando les interesa conseguir una gran tirada.

— Yo no sabía que podías andar; en realidad no sabía nada de ti. Sí me hubieses permitido ir a verte...

— Yo no quería que me viese nadie — dijo Finn tajantemente. Y apoyándose en sus muletas, se puso de pie — . Ahora, si te sientes mejor, te agradecería que te marcharas. El viento cada vez es más fuerte y no me gustaría ser responsable de que te cayeras por el barranco.

Tania le miró con los ojos llenos de lágrimas.

— Pero por lo menos, dime qué tal estás. ¿Quién te cuida?

— Nadie. No necesito cuidados especiales. Yo me puedo valer por mí mismo.

— De todas maneras, yo podría subir y bajar por el camino cada vez que necesites

algo,
— No. Caroline, la criada de mi abuela, me trae todo lo que necesito.
— Ah, pero... ¿no deberías estar siguiendo un tratamiento de rehabilitación?
— Yo me las puedo arreglar solo.
— Pero...
Finn lanzó un juramento salvaje. Después, con los dientes apretados, le increpó:
— ¿Por qué has venido, Tania? Yo creo que dejé bien claro que no quería verte. ¿Qué te ha hecho pensar lo contrario? ¿Qué esperabas de mí? — añadió levantando las manos con gesto irónico — . ¿Que me lo tomara alegre? ¿Con resignación, quizás? ¡Bah! ¡Qué poco sabes de la vida!
Tania le miró atónita.
— ¿Me estás echando la culpa?
— Sí, ¿por qué no? Yo sabía desde un principio que no podía permitirme el lujo de comenzar una relación amorosa, y tenía razón. Debí dejarte mucho antes, nada más hacerte el amor.
Sus palabras crueles y despectivas la hicieron tanto daño que Tania, fuera de sí, sin pensar, en las muletas de Finn ni en sus recientes heridas, le pegó un fuerte empujón y se precipitó hacia la puerta. Ya había oído suficiente y no quería aguantar más. Abigail tenía razón. Finn no la quería, y quedándose sólo conseguiría hacerse daño a sí misma.
Tania no se dio cuenta inmediatamente de lo que había hecho. En su frenética carrera hacia la puerta oyó primero el sonido de la madera contra la madera y, por fin, el del cuerpo de Finn que se desplomaba. Horrorizada, se volvió, olvidándose totalmente de sus intenciones de huida. Corrió al lado de Finn.
— Finn! — Exclamó, palpándole ansiosamente los brazos y el pecho — . Finn, amor mío! ¿Te has hecho daño? ¡Perdóname, perdóname! ¡Por favor dime!, ¿te has hecho daño?
— Estoy bien.
Su voz sonó extrañamente tensa. Tania le miró a los ojos; sentía en su rostro la respiración cálida y agitada de Finn.
— Maldita seas, Tania.
Con un movimiento rápido, y con más fuerza de la que ella se hubiera esperado, la dio la vuelta y se colocó sobre ella.
— Maldita seas — repitió.
Finn la apretaba contra el suelo con todo su peso, pero a Tania no le importaba; entreabrió los labios y le sujetó con ambas manos por la nuca, mientras que Finn la abrazaba y se apoderaba de su boca con brusca ansiedad.
Pero entonces, cuando ya no cabía duda de que Finn había llegado a su máxima excitación, se apartó de ella y se puso a buscar sus muletas. Una vez de pie la contempló respirando profundamente, y ella, puesta de rodillas, levantó la cabeza.
— Levántate. ¡Quiero que salgas de aquí inmediatamente! Y no vuelvas.
Tania vaciló un momento y después se levantó obedientemente. Pero no se dirigió hacia la puerta. En lugar de eso, dejó su abrigo sobre una silla y se calentó las manos en el fuego.
Aunque por estar de espaldas a él no podía verle, Tania percibía la hostilidad de Finn. Así que no la sorprendió cuando le oyó exclamar:

— Pero, ¿qué te has creído?
— Me quedo — dijo Tania tranquilamente.
— ¡Ni hablar! ¡Tú te marchas ahora mismo! ¡Sal de aquí antes de que te parta la cara!
— No. No puedes obligarme. Y yo me quiero quedar.
— Pues yo no quiero que te quedes. ¿Es que te has vuelto loca? Es ridículo que insistas. Por lo que más quieras, déjalo ya.
— No. Tú necesitas a alguien que te cuide y que se preocupe por ti.
— No.
— Y yo quiero cuidarte. Tú me importas de verdad, Finn. Yo... te quiero, ya lo sabes; y tú también me quieres a mí.
— ¡No! No, yo no te quiero, Tania. Creo que ya te lo he dicho muy claro. Lo has entendido todo mal. En ningún momento entró en juego el amor. Yo te deseaba, eso sí. Me gustaba tu cuerpo, pero nada más. Yo nunca te dije que te amara.
Tania se estremeció; sintió la tentación de darse por vencida, pero algo en su interior la forzaba a seguir.
— No importa — dijo conteniendo a duras penas la furia — . Muy bien. Así que no me amas, pero no podrás negar que todavía me deseas.
— ¿Por qué lo dices? ¿Por lo que acaba de ocurrir? Mi reacción ha sido perfectamente natural. Cualquier hombre reaccionaría de la misma manera ante una situación semejante. Te diré, Tania, que no me he quedado impotente. Afortunadamente, sigo siendo un hombre normal. Lo que pasa es que hacía mucho tiempo que no tenía a una mujer cerca... ¡No he podido evitarlo!
— Me quedo.
— ¿Qué quieres decir? ¿Dónde crees tú que te vas a quedar?
— Aquí. Supongo que habrá dormitorios; además no tendrás que preocuparte por mí.
— ¡Esto es una locura! — Sin dejar de mirarla, Finn se apoyó pesadamente en el brazo del sillón — . ¿Me estás diciendo que piensas quedarte aquí con o sin mi permiso?
— Sí.
— ¿Y por qué estás tan segura de que te lo voy a permitir?
— Porque no veo cómo vas a poder obligarme a que me vaya.
Tania se dio cuenta de la crueldad de lo que acababa de decir, al ver la mal disimulada mueca de dolor en el rostro de Finn.
— Supongo que lo dirás por mis muletas, ¿no?
Tania se encogió de hombros.
— Si tú lo dices...
— ¿Y qué pasará cuando se me curen las manos y no tenga que depender ya de las muletas?
— Eso ya lo pensaré en su momento. Y ahora, ¿podría comer algo? No he almorzado, y me muero de hambre.
Los ojos de Finn brillaban peligrosos.
— ¿Por qué me lo pides? — preguntó mirándose las manos — . Y otra cosa — añadió cuando ella ya se dirigía a la cocina — , no hay dormitorios, sino un solo dormitorio, el mío. También hay un cuarto trastero lleno de partituras y manuscritos. Y una sola cama en toda la casa, mía también, pero te aseguro que no tengo ninguna intención de salir de ella para que tú te metas.
Tania se humedeció los labios.

— Ya me lo esperaba. Podríamos... compartirla.
— ¡No!
Finn se incorporó de un salto en el sofá y volvió a caer, extenuado. Tania se dio cuenta de que no podía salirse con la suya.
— ¿Puedo dormir aquí abajo? — dijo al fin.
Inmediatamente después entró en la cocina y cerró la puerta. Un rato después, cuando ya se había familiarizado con la cocina y se disponía a preparar unas tortillas, se sintió observada. Era Finn, que la miraba insolentemente desde la puerta.
— No te molestes en cocinar — dijo — . Hay restaurantes bastante decentes. ¿Por qué no te vas allí a comer?
— Me gusta cocinar. Da la casualidad de que era una de las pocas cosas que me gustaban del internado al que me mandaron. Además, se me da muy bien, como tendrás ocasión de comprobar.
— Ah, sí. A mí también se me da muy bien abrir latas. Por si no te has dado cuenta, tengo un abridor eléctrico.
— No puedes alimentarte a base de latas y platos precocinados, porque estás... bueno, porque estás...
— ¿Inválido? ¿Era eso lo que ibas a decir? Ten mucho cuidado con lo que dices, Tania, porque no siempre voy a estar tan inútil como ahora.
Tania, ignorándole completamente, se volvió de espaldas y puso la sartén en el fuego. A continuación preguntó.
— ¿Has comido hoy?
— ¿No pensarás llevar esto hasta el final?
— ¿El qué?
— Ya lo sabes: ¡quedarte aquí!
— ¿Por qué no?
— Porque no puedes. Pero por el amor de Dios, Tania, ¿es que no te importa lo que piense la gente?
— No particularmente.
— ¡Ni siquiera tu padre!
— Precisamente lo que él piense me trae sin cuidado. Y ahora dime: ¿quieres algo de comer o no?
— No tengo hambre Tania, sé razonable. Si te quedas aquí, la gente pensará que estamos viviendo juntos.
— Es natural, puesto que eso es lo que vamos a hacer.
— Ya sabes a lo que me refiero. ¿Es que no te importa tu reputación?
— ¿Mi reputación? Pero bueno… Finn, ¿desde cuándo te ha importado a ti mi reputación?
— Bueno, pues entonces, la mía. No quiero que todo el mundo piense que eres mi amante.
Tania sintió deseos de saltar ante tal insulto, pero contuvo su rabia.
— Ah, ¿no? ¡Qué pena!, porque yo no pienso marcharme.
A pesar de la mirada furiosa de Finn, Tania siguió tranquilamente con su trabajo. Echó los huevos en la sartén y después un poco de queso rayado. El aroma era delicioso.
— Muy bien — dijo entonces Finn tajantemente — . ¿Sabes por qué no puedes quedarte? Porque si viene Abigail no quiero que te encuentre aquí. En cuanto pueda

mover los dedos voy a volver a tocar y no dejaré que nada me distraiga.
Tania soportó aquel temporal de palabras sin inmutarse, pues, aunque cabía la posibilidad de que Finn hablara en serio, ella ya había superado el punto sin retorno y nada, nada, iba a hacerle cambiar de opinión. Continuó haciendo la tortilla.
— ¿Por qué te marchaste del hospital? Quiero decir, ¿por qué no te sometiste a la terapia? Según creo, lo normal es...
— ¡¡Cállate!!
Un silencio embarazoso siguió a aquel angustiado grito. Tania sintió deseos de consolarle, ya que Finn, de pronto, parecía más débil y derrotado que nunca.
Pero no quiso demostrar aquella preocupación porque sabía muy bien que Finn lo iba a interpretar como lástima. En vez de eso tuvo que quedarse allí, quieta, mientras él se volvía bruscamente y se alejaba de allí. Le dio la vuelta a la tortilla.
Cuando salió a la sala con la bandeja, Finn tumbado en el sofá, ni siquiera se molestó en mirarla. A Tania se le encogió el corazón al verle tan desanimado, y por un momento dudó si estaría haciendo bien en quedarse. Pero al recordar los escasos minutos que había pasado entre sus brazos, en los que habría jurado que estaba hambriento por su amor, todas sus dudas se esfumaron. No iba a marcharse porque ambos necesitaban una oportunidad.
Extendió el mantel y puso la mesa rápidamente. Mientras tanto, Finn alimentaba el fuego.
— He preparado la comida. ¿Vienes a la mesa, por favor? ¿O prefieres que te la lleve al sofá en la bandeja?
Finn le dirigió una mirada fría como el mármol.
— Te he dicho que no tengo hambre. Cuando quiera algo de comer, ya me lo prepararé yo. Y ahora, por favor, vete. Tengo cosas que hacer.
A Tania le tembló ligeramente la barbilla, pero luego apretó los dientes.
— Por lo que veo no quieres nada de mí.
— Pues no. Desde luego, como me has dicho antes, si te empeñas en quedarte aquí, no puedo hacer nada por impedírtelo. Pero no querrás que además esté simpático contigo, ¿no?
— ¡Eres un bastardo!
— Sí, probablemente. Me han llamado muchas cosas en mi vida, y ahora no me interesa nada ponerme a discutir sobre mi legitimidad. ¿Por qué no te pones a comer y me dejas en paz?
— Es demasiado para uno solo.
— Allá tú si has calculado mal la cantidad de comida. Cómetela tú, porque te hace buena falta. ¡Estás en los huesos!
Gran parte de la tortilla fue a parar al cubo de la basura. Después de aquella desagradable escena, Tania había vuelto a perder el apetito, así que comió muy poco.
La tarde fue pasando, y Tania empezó a preocuparse pensando en la cena de Finn. Resultaba muy poco tranquilizador saber que su equipaje continuaba en el coche. Temía que si salía a buscarlo, Finn podría encerrarse y no dejarla entrar. Se sentó en el sofá frente a él, mirándole disimuladamente. Estaba muy guapo; después de su larga separación le deseaba como nunca.
— Deja de hacer eso — dijo él al cabo de un tiempo.
— ¿El qué?

— El viento cada vez es más fuerte. Tienes poco más de una hora antes de que anochezca.
Tania se encogió de hombros.
— Ya te he dicho que no me voy a ninguna parte.
— ¿Es que pretendes quedarte en serio? Estás loca.
— A mí no me lo parece.
Finn la miró desesperado.
— Mira, me doy cuenta de que tú te estás tomando esto como una obra de misericordia; pero te aseguro que no saldrá bien, créeme.
— ¿Por qué?
Él suspiró.
— Porque para ti sería un sacrificio en vano. Tienes un trabajo que cumplir y si te comprometieras así conmigo lo echarías todo a perder.
— Eso lo tengo que decir yo.
Finn se puso violento.
— ¡No! ¿Qué voy a tener que hacer para convencerte de que te marches? ¿Es que nada de lo que te digo te afecta lo más mínimo?
— Eso parece, ¿no?
Diciendo esto, Tania se recostó lánguidamente en el sofá y cruzó las piernas. Con aquel movimiento involuntario se le subió la falda y quedaron sus muslos al descubierto. Finn empezó a respirar agitadamente. Tenía los ojos fijos en las piernas que en una ocasión acarició con tanto placer. La reacción de Tania no fue calculada, pues ella nunca hubiera utilizado su cuerpo para tales fines; fue puramente intuitiva. Empezó a acariciarse las piernas lentamente, mientras él seguía todos sus movimientos con la mirada. Pero cuando se desabrochó el primer botón de la blusa, él cogió bruscamente las muletas y se puso en pie como enloquecido. No volvió a mirarla, sino que se alejó por el pasillo, y momentos después se oyó el estrépito de su subida por la escalera. A continuación, silencio.
Sin saberlo, Tania había estado conteniendo la respiración; una vez sola dejó escapar una gran bocanada de aire en un trémulo suspiro. Entonces fue cuando se dio cuenta de que gracias a su comportamiento desvergonzado tenía la oportunidad que necesitaba. Podría salir rápidamente y coger sus cosas del coche, ya que Finn tardaría bastante en bajar las escaleras, y no tendría tiempo de cerrar la puerta con llave.
Abrió la puerta con cuidado, subió el camino lo más deprisa que pudo, y se dirigió al coche. Una vez allí, cogió su equipaje, bajó con mucho cuidado y volvió a la casa. Al entrar dejó la puerta abierta, y un fuerte golpe de viento la cerró violentamente. De inmediato oyó ruido de pasos y al cabo de cierto tiempo apareció Finn, jadeando por el esfuerzo.
— ¿Pensaste que me había ido? — aventuró ella, dejando su equipaje en el suelo y desabrochándose el abrigo.
Él la miró lleno de ira.
— Sí — dijo — . Sí, creí que te habías ido, y hubiera sido mucho mejor para ambos que lo hicieras.

Capítulo 14

Aquella noche, Tania durmió mal en el sofá, que era pequeño e incómodo. Además, el viento no había dejado de polular por todas las rendijas de la casa, y Tania incluso había dudado si estaría bien cimentada, pues allí, prácticamente colgada del acantilado, casi la sentía moverse.

Por la mañana, al despertar, Tania contempló a través de la ventana un océano tranquilo y azul que brillaba como un diamante bajo los rayos del sol; el temporal había pasado. Sin embargo, la casa estaba fría; así que Tania se puso rápidamente en movimiento. Buscó unos troncos y volvió a encender el fuego. Después, en la cocina, preparó dos tazas de té; las colocó en una bandeja y se dispuso a subir a la habitación de Finn.

Cuando subía los peldaños empezó a pensar que quizás Finn se negase a dejarla entrar en su dormitorio. De hecho, la noche anterior la había evitado en todo momento. Pero a Tania no se le había escapado cierta expresión de alivio en su rostro cuando la vio volver con las maletas en la mano. Inconscientemente, Finn le agradecía su compañía, y ella se conformaba con eso.

Llamó a la puerta de su cuarto, preparada para cualquier estallido de violencia.

Sin embargo, no oyó nada, así que entró con más valentía que confianza.

Aunque era todavía bastante temprano, poco más de las siete y media. Finn ya estaba despierto, Permanecía tumbado en la cama con el pecho desnudo, medio tapado por la sábana. Miró insistentemente su fino camisón, entornando los ojos, pero Tania hizo como si no se diera cuenta. Se sentía excitada al pensar que en aquel momento Finn estaba a su merced.

— Te he traído un poco de té — dijo — . ¿Quieres que te ayude a incorporarte para que lo tomes?

— No necesito ayuda. Deja el té encima de la mesa y ya me lo beberé más tarde.

— Yo casi preferiría tirártelo a la cara. ¿Es que no me puedes dar siquiera las gracias?

Finn se encogió de hombros.

— Sí. Gracias.

Tania dejó escapar un suspiro.

— ¿Has dormido bien?

— Muy bien, ¿y tú?

— Más o menos.

— ¿Sí? ¿Qué pasaba?

— Nada.

— Tania...

— Está bien, debe ser porque tengo las piernas demasiado largas — murmuró — . Hace una mañana preciosa. Ha salido el sol.

— Abrirías el sofá, ¿no?

— ¿Qué?

— Si lo abres, ese sofá es como una cama de matrimonio — le explicó Finn — , lo siento, debería habértelo dicho anoche.

Tania soltó un gemido de desesperación.
— Entonces...
— Me temo que sí.
— ¡Y yo que me he pasado la noche durmiendo encogida!
— Fuiste tú quien insistió en quedarse.
Tania no supo qué contestar.
— Bueno — dijo — , como ya veo que hemos dejado de gritarnos, creo que ha llegado el momento de hablar tranquilamente. Pero hablar de verdad. ¿Sabes lo que te quiero decir?
— Tania...
— No, escúchame, por favor — empezó ella sentándose al borde de la cama — . Ya sé que tú no me has pedido que viniera, y que quizás estoy abusando al quedarme. Pero ten en cuenta que lo único que quiero es ayudarte. Y, desde luego, lo que no podemos hacer es vivir juntos como si esto fuera una guerra. Es ridículo. ¿Cómo voy a poder ayudarte, si ni siquiera me dejas que te hable?
— Nadie puede ayudarme a ponerme mejor — intervino lacónicamente Finn — . Esto tengo que hacerlo yo solo, es la única manera. Por eso me marché del hospital.
Tania se mordió los labios.
— Pero... ¿no te precipitaste al hacer eso? Si querían que te quedaras es porque necesitabas permanecer más tiempo bajo tratamiento.
— ¿Qué tratamiento? — Exclamó Finn con repentina rudeza — . Crow sabe que la pierna no volverá a estar bien del todo nunca. Y en cuanto a mis manos... lo que necesitan es hacer ejercicio, un tipo de ejercicio que en el hospital nunca podría realizar.
Tania vaciló un momento, después cogió una mano de Finn entre las suyas esperando que él la retirara en cualquier momento. Pero eso no ocurrió. Entonces ella, muy decidida, empezó a quitarle el vendaje.
— ¿Se puede saber qué estás haciendo? — dijo Finn intentando soltarse — . No es muy agradable de ver, por eso llevo siempre las vendas.
Tania, que acababa de retirarlas, palideció intensamente al ver las heridas.
— ¿Qué sucedió exactamente para que te destrozaras las manos así?
— ¡Desagradable!, ¿verdad? Yo procuro mirármelas lo menos posible. Los médicos me dijeron que fue debido a los cortes de los cristales de los faros. También me dijeron que había tenido mucha suerte, ya que, de haberme ocurrido hace algunos años, probablemente habría perdido toda la movilidad.
— ¿Y no la has perdido?
Finn negó con la cabeza, y a modo de demostración flexionó los dedos sin demasiado esfuerzo, apretando la mano de Tania.
— Están débiles — dijo desapasionadamente — . Muchos huesos resultaron rotos y por algunos sitios se dañaron los músculos. Pero, al parecer, la operación resultó un éxito y cada día las tengo más fuertes.
Tania, invadida por la emoción, llevó la mano magullada hacia sus labios y la mojó con sus lágrimas.
— Finn... no tienes por qué esconderlas.
Él retiró la mano bruscamente.
— Te he dicho que me las tapo porque me parece que tienen un aspecto repulsivo. Por

favor, vuelve a ponerme la venda, porque yo solo no puedo.
Así lo hizo Tania, aunque al principio estuvo tentada de no hacerlo.
— Gracias — dijo él cuando se la hubo puesto — . Desde que salí del hospital no me la había visto tan bien puesta.
— La venda no es necesaria. ¿Es que ellos también te la ponían?
— Sí, les dije que quería tener las manos tapadas hasta que volviera a casa. ¿Qué más da de todas formas? Nunca podré volver a tocar.
Tania le miró aturdida.
— Pero si tú me dijiste...
— Eso fue ayer. Esta mañana he pensado que sería una tontería engañarte en algo tan evidente.
— Finn!
— Deja de decir ¡Finn! Y en lugar de eso, da gracias que no te tocó a ti. Ya sé que tus heridas no han sido serias, salvo una ligera conmoción... estará curada, ¿no?
— Eso creo.
— Me alegro.
Finn acarició con sus dedos el borde de la sábana y Tania exclamó impulsivamente:
— No dirás en serio que no piensas volver tocar, ¿verdad? Yo creo que te lo debes a ti mismo y a todos los que confían en ti.
La expresión de Finn se tornó dura.
— ¿Y no te parece a ti que yo ya he pagado con creces mi deuda con la sociedad? ¿O te refieres al aspecto financiero del asunto?
— Como comprenderás, a mí, personalmente, eso me trae sin cuidado.
— Sí. Es verdad. Bueno, ya hemos hablado lo suficiente. Ahora vete y ponte algo de ropa, te estás quedando helada.
— Finn...
— Ahora no, Tania. Caroline vendrá dentro de un momento y no quiero que te vea aquí arriba.
— Lo siento.
Tania se levantó bruscamente y entonces Finn, como arrepintiéndose de su brusquedad anterior, le dijo suavemente:
— Te prometo que me tomaré el té. Has sido muy amabletrayéndomelo. Te lo agradezco.
— ¿Sí?
Aquella pregunta fue una provocación deliberada, pero las lágrimas que asomaban a sus ojos eran auténticas.
— Sí. Es muy difícil bajar y subir las escaleras con muletas. Normalmente, para desayunar, tengo que esperar a que aparezca Caroline.
Tania se humedeció los labios.
— No me habías dicho nada acerca de las piernas. ¿Resultaron malheridas?
— No demasiado. Una la tengo ya bastante bien, pero la otra... la otra ha quedado mal; me tendrán que operar. Mientras tanto, no puedo moverla.
— ¿Me la enseñas?
— ¡Tania!
— Bueno, ¿me la enseñas o no?
— No, porque no llevo pijama y...

— No importa. Yo ya te he visto así antes.
— Ya.
Repentinamente, la atmósfera se cargó de tensión, al mismo tiempo que Tania sentía que su confianza en sí misma la abandonaba. Era como si hubiese estado azuzando a un tigre dormido y de pronto se despertara y se enfrentara con ella. La mirada de Finn consiguió llenarla de vergüenza. De repente, se daba cuenta de lo que acababa de hacer. Ella no quería que las cosas se desarrollaran de aquella manera, que Finn la aceptara simplemente por su deseo de tener una mujer cerca... cualquier mujer. Si él le ponía la mano encima en aquel momento iba a ser en respuesta a su provocación, pensó angustiada, y aquella certeza bastaba para helarle la sangre en las venas.
— Tania — dijo él con la voz alterada.
— En otro momento, quizás.
Antes de que pudiera responderla, salió apresuradamente del cuarto.
Cuando la sirvienta llegó, Tania ya estaba duchada y vestida, y se encontraba secándose el pelo en el cuarto de baño. Caroline, que tenía llave, no conseguía abrir la puerta. Probablemente, a Finn se le olvidó retirar la suya de la cerradura la noche anterior; así que Tania tuvo que abrirle la puerta.
— Buenos días.
— Buenos días, señorita... Marston, ¿verdad? — dijo la mujer sin parecer excesivamente sorprendida.
— Ah, ¿me recuerda? Mi nombre es Tania. Llámeme así, por favor.
Caroline la miró con una sonrisa bonachona.
— Finn debe haberse alegrado de verla, ya que ha pasado usted aquí la noche.
Tania miró consternada la colcha y los almohadones que se había dejado revueltos en el sofá.
— ¡Oh! — murmuró, recogiéndolo apresuradamente — . Yo... bueno, ¿quiere tomar un café o algo? La verdad es que todavía no he tenido tiempo de preparar el desayuno.
— Muchas gracias. No tiene por qué molestarse — dijo Caroline ayudándole a doblar la colcha — . Normalmente, suelo bajar a esta hora para prepararle a Finn la comida y arreglar un poco la casa. La señorita Amelia no se levanta hasta más tarde.
— Supongo que se refiere a la señora Bronson — dijo Tania haciendo una expresiva mueca — . La conocí hace años, ¿sabe? Según me pareció, no se llevaba muy bien con su nieto.
— Bueno, a la señora Bronson no hay que hacerla mucho caso. En el fondo, su relación con Finn es una mezcla de amor y de odio.
— Ah, ¿sí? — peguntó Tania con cierto escepticismo.
— Sí. Siempre se han llevado de la misma manera. Supongo que es porque se parecen demasiado, los dos son muy testarudos. En cualquier caso, no debe usted pensar que a la señorita Amelia no le importa su nieto, porque no es verdad. De todas formas me alegro de que haya venido usted, porque él necesita a alguien. Yo no puedo pasarme aquí todo el tiempo, ¿sabe? Además, esta casa está aislada.
— ¿Y por qué no se queda arriba, en casa de su abuela?
— Podría, pero no quiere. Aunque eso ya pasó hace muchos años, supongo que él todavía le guarda rencor por cómo se portó con su padre.
— ¿Su padre? — preguntó Tania y disimuladamente entornó la puerta que daba a la escalera — . ¿Qué pasó con su padre?

Caroline sacó un paquete de bacon del frigorífico y comenzó a abrirlo.
— Se lo contaré porque me parece que no hago nada malo. Verá, la señorita Eliza, la madre de Finn, era el ojito derecho de su padre. Además, no tenían más niños, así que estaba muy mimada. Era una chica preciosa, pero la tenían acostumbrada a salirse siempre con la suya: así que, cuando se enamoró del padre de Finn, no quiso atender a razones. Sus padres se oponían porque Marston Eastwood era un hombre cuyo trabajo le exigía viajar constantemente, y era evidente que nunca se establecería en un lugar durante mucho tiempo. Pero Eliza desatendió todas sus razones y se casó en contra de la voluntad de sus padres.
Tania asintió.
— Sí, Finn me lo había contado.
— ¿Lo de su padre?
— No: me había hablado de que su madre se casó en contra de los deseos de su abuela.
— Sí. La señorita Amelia se lo tomó muy mal. Es una persona que no perdona si se siente menospreciada.
— ¿Y el padre de Eliza?
— Murió poco después de que la señorita Eliza se marchara de casa, dejándole la propiedad en herencia a su hija. Todo lo demás pasó a manos de la señorita Amelia.
— Ya. ¿Y a qué se dedicaba el señor Eastwood?
— Era un vendedor ambulante, un gitano — exclamó una voz irónica a sus espaldas. Era Finn — . ¿Qué haces, Caroline? ¿Le estás contando la historia de la familia? Supongo que no te habrás olvidado de describirle cómo se tiró el abuelo por el acantilado.
Caroline le miró sin inmutarse.
— Tu abuelo no se tiró por el acantilado, Finn, como tú bien sabes. Fue un accidente, un accidente terrible. Y tu abuela decidió echarle la culpa a tu madre.
Finn se apoyó en el marco de la puerta.
— De todas formas, a mí me da lo mismo. Es más. ¿Por qué iba a quejarme? Si el viejo no hubiera muerto, la Casa de la Costa no sería mía.
Caroline le dirigió una mirada de reproche y siguió preparando el bacon.
— Bueno, ¿qué tal te encuentras esta mañana? — preguntó como si no tuviera ganas de seguir con la discusión.
— Bien... dentro de lo que cabe, como decían los médicos. Veo que ya has conocido a mi inesperada invitada — añadió con una mueca burlona.
— Nos hemos presentado nosotras solas — respondió Caroline secamente — . Bueno, ¿dónde van a querer desayunar? ¿Aquí, como siempre, o pongo la mesa en el comedor?
Finn miró a Tania, y ella inmediatamente volvió la cabeza, pues no soportaba su sarcasmo.
— Aquí, en la cocina — dijo ella dirigiéndose al cajón de los cubiertos — . Yo sólo tomaré tostadas, por favor. Hoy tengo poco apetito.
— Yo también — secundó Finn — . No te preocupes en preparar huevos, Caroline; con un sandwich de bacon es suficiente.
— Deberías desayunar como es debido — contestó la mujer, visiblemente preocupada.
Hubo un largo y embarazoso silencio, en el transcurso del cual, Tania y Finn ocuparon

sus lugares en la mesa. A continuación, la criada sirvió el café.
— ¿Cuánto tiempo va a quedarse la señorita Marston? — preguntó. Finn se apresuró a contestar con malicia.
— Será mejor que se lo preguntes a ella, porque se ha invitado sola.
Tania se ruborizó.
— Yo... me quedaré unos cuantos días. Si puedo ayudarla en algo mientras, dígamelo, Caroline. No quiero ser una carga para usted.
— ¡Ja!
Aquella exclamación sarcástica e hiriente de Finn fue ignorada del todo por Caroline, que contestó pacientemente:
— Sí, usted me será de gran ayuda, se lo aseguro. Ahora me voy a hacer la cama y a limpiar un poco. Si necesitan algo más, avísenme.
En cuanto Caroline se marchó, Finn clavó los ojos en ella sin ningún disimulo. Tania consiguió parecer inmutable y empezó a hablar de cualquier cosa.
— Carolineesmuy simpática. ¿Tiene hijos?
— No. Está soltera. Aunque eso hoy no tiene importancia, sí la tenía cuando era joven.
Tania asintió.
— Ha... ¿Ha trabajado muchos años en casa de tu abuela?
— Creo que unos treinta. Llegó como doncella de mi madre y terminó quedándose como ama de llaves de mi abuela.
— Ya — respondió Tania, buscando desesperadamente algo más que decir — . Por eso conoce tan bien a la familia, me imagino.
— No a la familia... sino la historia de la familia. Y bien, ¿estás satisfecha ahora que ya la conoces del todo?
— ¿Es que te importa que lo sepa? — preguntó Tania con un suspiro.
— No, ¿por qué? Quizás ahora que sabes que soy hijo de un gitano, te decidas a marcharte de una vez.
— Tú no tienes la culpa de lo que tus padres fueron o dejaron de ser. Además, a mí siempre me ha parecido muy romántico vivir en una caravana y viajar de un lugar a otro.
Finn lanzó un gruñido.
— Mira, Tania, siento decepcionarte, pero no era así. Mi padre trabajaba en un circo ambulante, y te aseguro que eso no tiene nada de romántico. De lo que más me acuerdo es de que me sacaba de la cama a altas horas de la noche, muerto de frío, para levantar la carpa. Siempre andábamos escasos de comida y de dinero y vivíamos hacinados en la caravana los cuatro: mi madre, mi padre, la madre de él y yo.
— ¿Cuántos años tenías tú cuando te viniste a vivir aquí?
Finn la miró intrigado.
— Diez. ¿Por qué?
— Por curiosidad. ¿Tu padre vino contigo?
— No. Sólo vinimos mi madre y yo.
Tania se mordió los labios.
— ¿Cuándo murió ella? — preguntó después de una ligera vacilación.
— Cuando yo tenía diecisiete. Yo creo que nunca llegó a aceptar la idea de perder a mi padre, Él la echó de su vida... Creo que había otra mujer de por medio. Recuerdo que una vez los vi juntos. Yo no comprendía muy bien lo que estaba pasando, pero se me

quedó grabado el llanto desesperado de mi madre. Después perdió el hijo que esperaba...
— ¿Estaba embarazada?
— Sí, por enésima vez. Afortunadamente, yo fui el único que llegó a nacer. Si hubiese tenido algún hermano, mi padre no se habría portado como lo hizo.
— Eso nunca se sabe — comentó Tania — . Entonces tu madre volvió a casa.
— No, a casa no. Vivimos aquí. Durante siete años la Casa de la Costa fue nuestro hogar, hasta que ella cayó enferma. Los médicos descubrieron que no debía haber intentado tener más hijos, pues padecía una deficiencia sanguínea y con cada nuevo embarazo se le agravaba. Sólo tenía treinta y nueve años cuando murió.
— Cuánto lo siento.
— Yo también. Me sentía culpable, además.
— Pero, ¿por qué? Lo que ocurrió tenía que ocurrir, y nada más. ¿Volviste a ver a tu padre?
— No, según me han dicho, su madre, mandó una carta diciendo que había muerto electrocutado al montar la carpa. De eso me enteré hace tres meses, cuando volví a Gran Bretaña — Finn levantó los ojos. Tenía la mirada perdida en el vacío — . No lo sentí. Había pasado mucho tiempo. Si lo hubiera sabido antes, habría ido al funeral, pero... Era ya demasiado tarde.
Tania se quedó sin saber qué decir, así que cuando Caroline volvió, los encontró en silencio. Rápidamente, recogió los platos y los fregó con la ayuda de Tania.
— Esta tarde voy a ir a Rockstorm — comentó la mujer cuando terminaron — . ¿Quieren algo de allí?
— No — respondió Finn poniéndose de pie con sus muletas — . Hasta mañana, Caroline, a la hora de siempre.
Caroline vaciló un momento.
— Ayer me dijiste algo de un linimento...
— No. No importa — respondió él en tono terminante.
Caroline se encogió de hombros y se puso su abrigo. Tania, dándose cuenta de la situación, intervino:
— Cómprate lo que necesites — dijo — . No vayas a dejarlo porque esté yo aquí. Incluso puedo ayudarte a aplicarte el linimento, si quieres.
— ¡Olvídalo! — le interrumpió Finn violentamente.
Después, salió de la habitación con Caroline, y Tania les siguió, contrariada. Antes de salir, el ama de llaves se paró ante la puerta y dijo:
— Hay mucha comida, y mañana por la mañana traeré el pan — se detuvo mirando a Finn — . ¿Quieres que le diga a tu abuela que la señorita Marston está aquí?
— No quiero que le digas nada a mi abuela — replicó él ásperamente sujetándole la puerta — . Adiós, Caroline. Cuídate.

Capítulo 15

Tania, sentada frente al ventanal, contemplaba el ir y venir del océano cuando Finn entró. Cerró la puerta y se acercó al fuego.
— ¿Te das cuenta de que Caroline se lo va a contar? — dijo — . ¿Le has dicho dónde dormiste?
— Me imagino que ella misma lo vería — contestó Tania señalando el sofá — . Me estuvo ayudando a doblar la colcha y me enseñó donde podía guardarla.
Finn sacudió la cabeza con un gesto de impaciencia. Después se dejó caer en uno de los sillones y añadió:
— ¿Y qué te propones hacer mientras estés aquí? Te vas a aburrir como una ostra.
— ¿Tú te aburres?
— Duermo mucho — dijo él con un suspiro.
— Yo también duermo mucho.
— Tania...
— No, por favor. Te prometo que no te molestaré para nada.
— ¿Y cuándo tu padre averigüe que estás aquí?
— Ya lo sabe. Bueno… voy a preparar un poco de café. Tú relájate. No tardo nada.
Pero cuando volvió, Finn se había quedado dormido. Conmovida, Tania le arropó cuidadosamente con una manta. Salió de puntillas y se tomó el café a solas en la cocina. Después se puso las botas y salió a dar una vuelta. Era una mañana radiante; las gaviotas chillaban y revoloteaban junto al acantilado, y el rumor de las olas invitaba a acercarse al mar.
Tania descendió por un camino que conducía a una pequeña gruta. Seguidamente, llegó a la base del acantilado, que estaba cubierta de piedras, había una bonita cala donde debía ser posible bañarse en verano.
Se quedó allí, inmóvil, contemplando desde abajo la Casa de la Costa, cuando de pronto se escuchó un grito. Al principio pensó que se trataba de una gaviota, pero al repetirse distinguió una voz humana proveniente de lo alto del acantilado.
— ¡Tania!
Entonces vio a Finn que, apoyado en una muleta, parecía buscarla.
— ¡Tania! — repitió.
Dándose cuenta de que no la había visto, se apresuró a escalar por el camino.
— ¡Estoy aquí! — gritó — ¿Qué estás haciendo ahí fuera? Te vas a quedar helado.
Finn la miró con expresión severa.
— ¿Y tú? ¿Qué estás haciendo? Escalar el acantilado como una cabra. ¡Creía que te habías caído!
— ¿Acaso te importaba?
— Me importaba solamente porque no quiero cargar con otra muerte sobre mi conciencia. ¡Maldita sea! — exclamó de pronto, llevándose la mano a la rodilla.
— ¿Quieres que te ayude a volver? — preguntó Tania haciendo ademán de sujetarle.
— Puedo yo solo — replicó Finn de mala manera.
Entró a la casa por la puerta de la cocina, seguido por Tania.

— Perdona — dijo Tania — he salido porque creía que estabas dormido. Por eso no te he avisado.
Finn se dejó caer en una de las sillas de la cocina.
— Debería haberte prevenido de que ese camino es muy peligroso.
Tania se encogió de hombros.
— He bajado con cuidado.
— Si la roca hubiese fallado bajo tus pies, de nada hubiera servido que tuvieras cuidado. He salido detrás de ti en cuanto me di cuenta de dónde estabas. Pero ya has visto que no hubiera podido ayudarte.
— De todas maneras, muchas gracias.
Finn esbozó una mueca desagradable.
— ¿Por qué? ¿Por demostrarte una vez más lo inútil que soy? Seamos sinceros, Tania. Si tú te hubieses caído por el acantilado, yo habría sido incapaz de subirte.
— Pero como no ha ocurrido nada, no lo pienses. Bueno, es la hora de comer, ¿qué te apetece?
— Quizás un sandwich — dijo Finn poniéndose inmediatamente de pie — . Puedo hacerlo yo; tú descansa mientras tanto. La preparación de sandwiches no requiere una habilidad especial.
Tania se fue de allí meneando la cabeza, sabiendo que no podía hacer nada para que cambiara de idea. Sin embargo, la comida resultó muy apetitosa. Tania comió con gran apetito, como no lo hacía desde tiempo atrás. Después se sentaron en la sala y, al ver que Finn estaba dispuesto a quedarse callado, Tania decidió impedirlo. Se acercó al piano buscando una reacción. Ésta no se hizo esperar.
— ¿Qué haces? — preguntó Finn automáticamente.
— Nada; estoy mirando — entonces levantó la tapa y deslizó un dedo por las teclas.
— Déjalo — exclamó él apretando los dientes.
Tania se sentó en la banqueta y le miró con los ojos entornados.
— ¿Por qué? — preguntó — . ¿Por qué no voy a mirarlo? Tú desde luego no lo miras.
— Exactamente; no lo miro. Y si estás haciendo una prueba psicológica conmigo, déjalo, porque no sirve de nada. Si se te ha pasado por la imaginación que quedándote aquí vas a convencerme para que vuelva a tocar el piano, estás muy equivocada. Está comprobado que los músculos necesitan ejercicio constante para mantener su elasticidad.
Tania se puso a la defensiva.
— Ya lo sé. Yo no te estoy diciendo que te sientes aquí e interpretes ahora mismo una serenata de Chopin. Pero con tiempo y ejercicio...
— No.
— ¿Por qué?
— Te lo acabo de explicar.
— Tú no me has explicado nada. Otras personas que... que tienen accidentes, empiezan de nuevo...
— ¿Algún concertista de piano? — inquirió él en tono escéptico.
— Yo no me creo que tú no puedas volver a tocar. Tú mismo has dicho que puedes recuperar la fuerza de las manos.
— ¡Pero Tania! ¡No es sólo cuestión de fuerza!
— Entonces, ¿de qué depende?

Finn suspiró.
— Yo solía practicar varias horas al día.
— ¿Cuántas?
— Normalmente, ocho.
— ¡Ocho horas! — exclamó Tania atónita.
— Mira, Tania, tocar el piano no es como dedicarse al boxeo o al atletismo. No es cuestión de volver a ponerse en forma. Mis manos... mis manos ya no son las mismas. Están... duras, entumecidas. ¡Sería incapaz de tocar nada bien!
— Pero precisamente por eso debes empezar a ejercitarlas de nuevo.
— No.
— ¿No? ¿Qué quieres decir?
— Que no quiero volver a tocar el piano nunca más.
— Eso no es verdad.
— De acuerdo; te lo diré de otra manera, no quiero volver a tocar el piano porque sé que lo voy a hacer peor que antes.
— ¡Pero Finn! ¿Cómo puedes estar tan seguro de lo que va a pasar?
— Lo sé.
— Nunca pensé que fueras un derrotista.
— ¿Derrotista yo?
Finn la miró con asombro e incredulidad; Tania se estremeció.
— Cobarde, entonces — murmuró.
Él se puso en pie como movido por un resorte y sin molestarse en coger sus muletas se dirigió hacia el piano. Tania se levantó de la banqueta rápidamente, dejándole el sitio.
Lo que se oyó a continuación fue un conjunto de sonidos cacofónicos que recordaban vagamente a cierto preludio. Una vez terminado, Finn dejó caer pesadamente las manos vendadas sobre el teclado y le increpó:
— ¿Satisfecha? Y ahora, si tu razón para permanecer aquí era que demostrara que estaba realmente acabado, ya lo has conseguido. Puedes volver con tu padre y decirle que ya no tiene nada que temer de Finn Eastwood.
Tania se encontraba en la cocina, pensando qué preparar de cena, cuando oyó voces en la habitación contigua. Una era la de Finn, la reconoció perfectamente; pero la otra era la voz de una mujer, por eso no pudo contener la curiosidad y se asomó a la puerta. En la sala había una muchacha muy guapa, de unos dieciocho años, que hablaba con Finn animadamente. Tania sintió una extraña sensación; incluso reían, y eso le hizo darse cuenta de que con ella Finn nunca parecía estar tan a gusto.
La chica la vio de inmediato; se puso bruscamente seria y se levantó con las manos metidas en los bolsillos. Por su parte, Finn también volvió la cabeza y se puso en guardia inmediatamente.
— Ah, Tania — dijo — . No conoces a Karina, ¿verdad? Es la sobrina de Caroline. Ha venido para ver qué tal estoy.
— Hola.
Tania hizo un gran esfuerzo para mostrarse educada, pero a juzgar por la respuesta de Karina, no necesitaba haberse molestado. La jovencita no se distinguía por sus buenos modales; en cuanto terminó de saludarla, se volvió hacia Finn.
— Te veré la semana que viene, cuando no estés tan... ocupado.
— De acuerdo.

Finn hizo ademán de levantarse.
— No, quédate sentado — dijo Karina dirigiéndose hacia la puerta — . Adiós.
Finn se despidió con un gesto y la muchacha salió de allí sin molestarse en mirar siquiera a Tania.
Los dos quedaron en silencio; fue Tania quien rompió el fuego.
— Qué chica tan guapa — dijo mirando directamente a Finn — . ¿Cuántos años tiene?
— Diecisiete, supongo.
Tania sintió ganas de zarandearle para que fuese un poco más explícito.
— ¿Es la sobrina de Caroline?
— Ya te lo he dicho antes; ¿te ha caído bien? — preguntó entonces fríamente.
Tania se encogió de hombros.
— Creo que soy yo quien no le ha caído bien a ella.
— Ah, ¿sí? ¿Por qué?
Tania suspiró.
— Vamos, no te hagas el ingenuo.
— ¿Tú crees que está celosa?
— Sí, aunque, la verdad, no tendría por qué estarlo — replicó Tania, cada vez más nerviosa.
— ¿Seguro que no? — preguntó Finn con voz apenas audible.
— ¿Qué quieres decir? — le inquirió Tania.
— Nada — concluyó Finn dándole la espalda.
Tania decidió preparar un pastel de carne para la cena, así que puso manos a la obra. Una vez preparada la pasta, la rellenó y la metió al horno. Después volvió a la sala para poner la mesa, y para su sorpresa, Finn no estaba allí. Cuando volvía a la cocina, al atravesar el vestíbulo, oyó algo parecido a un quejido que provenía del piso de arriba. Alarmada, subió rápidamente.
Finn se encontraba en su habitación, sentado al borde de la cama, y la miró con cara de pocos amigos cuando la vio entrar. Se había quitado los pantalones y los vendajes de las manos, y estaba aplicándose linimento en la rodilla. Tania se quedó mirándole embobada, incapaz de apartar los ojos.
— ¿Qué estás haciendo? — Exclamó mirando el frasco que él sostenía en la otra mano — . ¿Ha vuelto Caroline? O... ya fue esa chica, ¿no? Karina, ella la trajo la medicina de la que me habló Caroline.
— ¡Y qué importa! — suspiró Finn con gesto resignado — . Caroline no me hizo caso y compró el linimento, y, ya que me lo ha traído, voy a probarlo; aunque sea un veneno de curanderos.
Tania se dirigió hacia él.
H — ¿Puedo ayudarte? — preguntó — . Tengo algo de experiencia, porque le he dado algunos masajes a mi padre. Creo que será más cómodo para ti.
— Sí, es posible — Finn dudó un momento y le pasó el frasco — . ¿Por qué no? Si sigues insistiendo en hacerte la mártir...
Tania se arrodilló a su lado y vio de cerca las cicatrices que había dejado la operación. Se estremeció al pensar lo doloroso que debía haber sido. A continuación, depositó una pequeña cantidad de linimento en la palma de la mano, y comenzó a frotarle la rodilla con movimientos rítmicos, poniendo mucho cuidado para no apretar más de lo debido. Después de un rato sintió que él se relajaba, y al mirarle vio que tenía los ojos

cerrados. Reprimió una sonrisa de orgullo,
Casi involuntariamente, el masaje se hizo más suave y más lento. Recorrió con la mirada los poderosos músculos de sus piernas y de su estómago. Entonces, sus dedos traicionaron los turbulentos sentimientos que se agitaban en su interior.
Finn abrió los ojos al momento, y ella se echó hacia atrás ruborizándose intensamente, avergonzándose de sus sentimientos. Se apresuró a cerrar el frasco, y se limpió las manos con un pañuelo de papel, en un intento de disimular su turbación. Después de lo ocurrido aquella mañana no quería, bajo ningún concepto, volver a incitarle.
— ¿Te sientes mejor? — preguntó, tratando de parecer natural.
Finn se incorporó.
— Sí, gracias. Lo has hecho muy bien.
— No ha sido nada — Tania se encogió de hombros — . Yo... he preparado pastel para cenar. Querrás un poco, ¿no?
— ¿Cómo me voy a negar? — respondió él con una sonrisa burlona — pero antes me tengo que poner los pantalones.
— Puedes... ¿puedes hacerlo solo?
— Creo que tendré que hacerlo — contestó Finn con cierta pena — . Vete a servir el pastel; bajaré dentro de un momento.
La cena resultó muy agradable, pues Finn hizo un esfuerzo por mostrarse amable en todo momento. Tania, sin embargo, aunque agradecía aquella tregua, deseaba que no se debiera tan sólo al masaje. Tenía la esperanza de que al día siguiente sus hostilidades se resolvieran por completo.
Pasaron el resto de la velada jugando al Scrabble, entre bromas y risas; Finn estaba irreconocible. Pero alrededor de las diez dijo que se marchaba a la cama. Tania, que no hubiera querido que aquella velada terminase, le miró marchar tristemente y se desvistió invadida por un sentimiento de frustración. Sin embargo, debido al cansancio de aquel día tan largo, no tardó en quedarse profundamente dormida.
— Tania, Tania, ¡despierta! No pasa nada, ¿me oyes? ¡Estoy aquí, contigo! Soy yo, no te asustes.
Tania despertó bruscamente. La habitación se encontraba suavemente iluminada por una pequeña lámpara y ella estaba empapada en sudor. Sentía una mano amable que le retiraba el pelo de la cara y la acariciaba. Notó contra su mejilla un pecho cálido, salpicado de vello... Su pánico se convirtió en agotamiento; por fin reconoció el rostro de Finn.
— Yo...
— Tenías una pesadilla — dijo él interrumpiendo su tartamudeo — . Te oí gritar. ¿Te encuentras bien ahora?
— Creo que sí. Ya empiezo a recordar; yo estaba fuera, en el acantilado. Me caí.
— Eso te ha pasado por dar ese peligroso paseo esta mañana — dijo Finn con voz suave, acariciándole la frente con sus manos libres de vendajes — . ¿Qué pasaba? ¿Es que era yo el que te tiraba por el acantilado? Por los puñetazos que dabas parecía que te estabas peleando con el diablo en persona.
— Perdona... ¿te he hecho daño?
— Creo que sobreviviré — respondió él secamente.
Tania esbozó una sonrisa trémula.
— De todas maneras, aunque te haya pegado, has sabido tranquilizarme muy bien.

Debes tener mucha experiencia en estas cosas...
— ¿A qué te refieres? ¿A salvar a damas en apuros? No todas las que yo quisiera. Y ahora duérmete como una buena chica — dijo depositándola sobre la almohada.
Tania frunció los labios.
— Dime, ¿te he despertado?
— No — respondió Finn — . Estaba leyendo. Es pronto todavía; falta mucho para que amanezca.
Tania se incorporó haciendo un esfuerzo para parecer tan tranquila como él estaba. Pero era difícil, ya que sentía la presión de su pierna sobre ella, y el calor de su cuerpo muy próximo.
— Buenas noches. Que duermas bien.
Antes de levantarse, Finn se inclinó y la besó levemente los labios. Pero Tania, que se encontraba demasiado embelesada como para dominarse, abrió la boca, incitándole.
Finn se separó un poco, no obstante la devoró con la mirada; escrutó sus ojos verdes y la provocadora curva de sus labios y entonces perdió el control. Lanzando un gemido, se echó sobre ella y la envolvió en sus brazos. Sus labios se apoderaron ansiosamente de su boca.
Tania se sintió invadida por un estallido de sensaciones, mientras sus lenguas se encontraban en un juego cada vez más intenso que a ella le encendía la sangre. Aquel beso la estaba robando el aliento, le arrebataba la poca resistencia que aún hubiera podido oponer; despertaba en sus entrañas un calor que amenazaba con abrasarla. Después Finn abandonó su boca y recorrió con los labios húmedos su mejilla, buscando con los dientes la suave tibieza de su lóbulo.
Deslizó la mano hasta el escote de su pijama y lo desabrochó, dejando al descubierto sus erguidos senos. Contuvo la respiración un momento, antes de acercarse a besarlos. Tania dejó escapar un gemido cuando él apartó de un tirón las sábanas y la contempló.
— Preciosa — murmuró como en un quejido, tumbándose junto a ella.
Después le terminó de quitar la camisa, y ella le imitó con dedos temblorosos. Tania acarició aquel cuerpo que le resultaba tan dolorosamente familiar, deleitándose ante sus reacciones. Arqueó la espalda instintivamente, y Finn, antes de volver a besarla, la miró largamente.
Tania se estremeció al sentir que Finn dejaba deslizar los labios desde su pecho hasta el elástico de sus pantalones. Tembló violentamente cuando él se los empezó a quitar muy despacio, haciéndolos resbalar por sus caderas y siguiendo aquel camino con los labios, que la provocaban y buscaban sus puntos más sensibles.
Tania gimió al sentirse invadida en lo más íntimo.
— Déjame — dijo él, levantando los ojos hacia ella.
Tania se dio cuenta de que no quería resistirse. Se relajó e involuntariamente entreabrió las piernas, facilitando así sus caricias, hasta que se sintió llegar al borde del éxtasis.
— Finn — gimió cuando él abandonó aquel exquisito tormento.
Deslizó las manos por su pecho hacia abajo, hasta alcanzar el punto en el que le hizo gemir.
— Acaríciame — susurró él.
Finn clavó los dientes en la delicada piel de su cuello cuando Tania tomó entre los

dedos temblorosos su erguida virilidad.
— Te deseo — exclamó entonces Finn.
Y Tania se arqueó con la misma pasión.
En esta ocasión no hubo dolor; sólo placer, una tormenta que se iba desencadenando en el interior de Tania mientras Finn la penetraba hasta el mismo centro de su ser. Se movió con él, incitándole, hasta que llegaron a la cima misma del placer, en medio de una explosión de deseo.
Tania no quería separarse de él. Incluso cuando Finn se desplomó sobre ella, saciado y exhausto, se acurrucó contra su pecho; él la abrazó estrechamente y juntos cayeron en un profundo sueño.

Capítulo 16

El rumor de unas voces despertó a Tania a la mañana siguiente.
Recuperó la consciencia de mala gana, pues se encontraba inmersa en un sueño placentero. Sin embargo, aquella voluptuosa sensación que la envolvía no desapareció al abrir los ojos; por el contrario, al estirarse en la cama y descubrir su desnudez, la invadió el recuerdo de lo sucedido la noche anterior, y con él se le dibujó una sonrisa en los labios. Poco a poco fue dándose cuenta de que tenía la piel extraordinariamente sensible, que la sábana le abrasaba en aquellas zonas donde Finn le había prodigado las caricias más ardientes. Se llevó las manos a los senos y sintió cómo se endurecían con aquel simple roce, al mismo tiempo que la invadía un suave calor.
— ... en la cocina...
Aquellas palabras susurradas sobresaltaron a Tania que abandonó su inocente exploración y se arrebujó entre las sábanas. Junto a la puerta estaba Finn, vestido con unos vaqueros negros y una camisa del mismo color, hablando en voz baja con Caroline. La mujer notó el repentino movimiento de Tania.
— Vaya, lo siento, ¿la hemos despertado?
— Da lo mismo — respondió Tania cubriéndose hasta la barbilla con la colcha, sus ojos intentaron en vano atraer la mirada de Finn — . De todas maneras, ya debería estar levantada.
— Eso es el aire del mar, que es sedante — dijo Caroline con una sonrisa complaciente mientras se afanaba por hacer revivir el fuego — . Hace frío en este cuarto, ¿no es cierto? El fuego no tardará en caldearlo. Mientras tanto voy a preparar el té.
Caroline se marchó a la cocina e inmediatamente Tania se incorporó tapándose el pecho con la sábana. Finn fijó sus ojos oscuros en ella de manera turbadora; a Tania le hubiera gustado saber qué estaba pensando.
— Mmm..., ¿qué tal día hace?
— No está lloviendo, si es eso lo que quieres saber — respondió Finn secamente.
Dicho esto, entró en la habitación ayudándose con las muletas, y Tania notó para su sorpresa que no llevaba puestos los vendajes. Sus manos estaban al descubierto, aquellas manos que le habían proporcionado tanto placer la noche anterior.
— Finn... — empezó a decir tendiéndole los brazos.
Pero él rápidamente hizo un gesto negativo con la cabeza.
— Ahora no, Tania. Si te quieres vestir, he subido tu maleta al dormitorio. Creo que hay sitio suficiente en el armario para tu ropa.
— ¿Es que voy a dormir arriba a partir de ahora? — preguntó Tania con voz trémula.
— Sí, yo dormiré abajo.
Sin más, Finn salió de la habitación, dejando a Tania sumida en confusos pensamientos. En cuanto se hubo recuperado de la impresión, salió rápidamente de la cama, se envolvió en la colcha, y cuando salía en dirección al baño se dio de bruces con Caroline.
— Oh, lo siento, señorita — exclamó la mujer — . No la he visto; venía a traerle una

taza de té.
Tania forzó una sonrisa.
— No se preocupe. Caroline. Es que... se me ha olvidado traerme una bata; iba a vestirme.
Caroline la miró con el entrecejo fruncido y exclamó:
— ¡Si no lleva nada debajo, señorita! Con lo frío que está el suelo. Va a coger usted una pulmonía. Además, si no me equivoco, ayer vi que había traído un par de pijamas estupendos. En fin, yo pensé que eran suyos.
— Sí, eran míos. Bueno, son míos. Es que... esta noche tuve calor y me quité el que llevaba.
— Ah, ¿sí?
La exclamación de Caroline era completamente inocente; sin embargo, Tania, incapaz de seguir ni un minuto más con aquella conversación, salió corriendo hacia la escalera.
Aquel día Caroline se marchó pronto, justo después del desayuno. Finn se había encerrado en la habitación y no había aparecido por la cocina. Tania se quedó sentada a la mesa largo rato después, pensando, atormentada por las dudas. Después de la maravillosa noche anterior, el desagradable y esquivo comportamiento de Finn la sorprendía. No sabía qué pensar. Probablemente, la respuesta era muy simple: Finn no la amaba, ni a ella, ni a nadie; quizás lo único que le importaba era su ambición, que se había visto truncada.
— ¿Qué estás haciendo ahí?
El rostro impaciente de Finn apareció por la puerta de la cocina, interrumpiendo bruscamente sus cavilaciones.
— Nada... estaba pensando. ¿Quieres un café?
Caroline ha hecho de sobra, y como no has desayunado...
— No quiero café — exclamó Finn interrumpiéndola — . Por muy increíble que te parezca, el café no cura todas las enfermedades. Y ahora contéstame a lo que te he preguntado, no intentes evadirte, no me cuentes mentiras, por favor.
Tania se sonrojó vivamente.
— No te he dicho ninguna mentira. Estaba pensando, es la verdad. Yo tengo cerebro, ¿sabes?
— Ya, ya — respondió Finn en tono irónico, dejando las muletas y apoyándose en la mesa — . Eres una mujercita muy lista, eso lo reconozco.
— Yo no soy lista.
— Digamos que tienes talento, entonces.
Tania dejó escapar un suspiro.
— No estaba pensando en mí.
— Ah, ¿no? Déjame adivinar... ¡Ya lo tengo! ¿Estabas pensando en mí?
Tania agachó la cabeza.
— Tenemos que hablar.
— ¿Sobre qué? ¿Sobre lo de anoche?
— Sí, entre otras cosas. ¿Por qué has dicho que vas a dormir abajo a partir de ahora?
— Porque es lo que pienso hacer. Si insistes en quedarte aquí después de lo de anoche, lo menos que puedo hacer es ofrecerte una cama decente.
Tania chasqueó la lengua, exasperada.
— ¿Es que acaso te arrepientes de lo de ayer?

Finn suspiró con impaciencia.
— Pero, ¿tú qué te crees? No seas ingenua, Tania. Anoche ocurrió lo que tenía que ocurrir. Tú eres una chica muy deseable, y yo no soy de piedra.
— Entonces...
— Pero no volverá a ocurrir. No porque tú seas hoy menos deseable que ayer, sino porque yo me debo cierto respeto a mí mismo.
— ¿Respeto?
— Sí — respondió Finn, cada vez más impaciente — . Mira, es un poco difícil de explicar, pero no me parece bien utilizarte, y si repitiéramos lo de anoche, eso sería exactamente lo que haría contigo: utilizarte para satisfacer mis necesidades, mis deseos...
— No...
— Sí. Últimamente, estoy desanimado, no soy el mismo. A veces siento tentaciones de aprovecharme de tu... tu generosidad.
— Pero si no es generosidad. Yo te quiero, Finn, y lo sabes. ¿Por qué no aceptas mis sentimientos tal y como son?
— Porque no sabes lo que estás diciendo — le increpó él con dureza — . Tú tienes una idea romántica de lo que podría ser nuestra relación; te equivocas. Además, ¡eres incapaz de razonar!
— ¿Es que a ti te parece razonable lo que estás diciendo? — dijo Tania con voz trémula — . Lo de anoche no hubiera sido posible si tú no sintieras nada por mí.
— Te equivocas. Por el amor de Dios, Tania, intenta comprender que un hombre no necesita sentir algo por una mujer para acostarse con ella.
— Entonces, ¿no fue nada más que eso?
— Por lo que a mí respecta, sí.
— No te creo.
— Pues tendrás que hacerlo.
Tania negó frenéticamente con la cabeza.
— ¡No! ¡No!
— Será peor para ti si no lo haces.
Tania hizo un esfuerzo por no echarse a llorar.
— Pues antes... antes del accidente...
Finn cerró los ojos.
— No quiero hablar de antes del accidente.
— ¿Por qué no?
— Porque no tiene importancia — respondió él, abriendo de nuevo los ojos — . Lo que importa es el momento presente, aquí y ahora. No tengo ninguna intención de aprovecharme de una estúpida niña sin experiencia a la que no debería haber violado, para empezar.
Tania le miró boquiabierta.
— Eres... ¡eres un salvaje!
— Eso es exactamente lo que soy. Al fin y al cabo, hay otras mujeres a las que puedo recurrir para satisfacer mis bajos instintos.
— Como la sobrina de Caroline, por ejemplo — gritó Tania con amargura.
Finn bajó la cabeza.
— Por lo menos Karina sabría a qué atenerse — respondió Finn con crueldad.

En aquel punto, Tania sintió que ya no iba a soportar más. Si se quedaba, se echaría a llorar y la humillación sería completa. Así que con los dientes apretados se dirigió hacia la puerta.
Pero no pudo llegar, porque al pasar junto a Finn, él la cogió del brazo y la retuvo. Ella intentó soltarse, pero él se lo impidió.
— No es verdad — dijo con la voz alterada — . No puedo seguir fingiendo que no me importas. Todo era mentira. Anoche, yo deseaba hacerte el amor; también lo deseo ahora. Pero eso no significa que vaya a hacerlo, te lo digo para que sepas que no soy tan malvado como quería hacerte creer.
— Finn...
Tania dejó de retorcerse y le miró con los ojos llenos de lágrimas. Él esbozó una sonrisa tristemente burlona y dijo:
— Qué ironía, ¿verdad? Yo que tenía tanta confianza en mí mismo... Parece ser que me equivocaba.
— Entonces... ¿me quieres? — susurró Tania acariciándole tímidamente la mejilla.
— ¡Amor! — exclamó Finn apartándose bruscamente — . ¿Qué es el amor? Yo creo que desconozco el significado de esa palabra. Lo único que sé es lo que tú me haces sentir, cómo te adueñas de mis sentidos hasta el punto de que cuando te hago daño, me duele más a mí. Y el problema está precisamente ahí; quiero alejarte de mí, pero no puedo.
— Yo no me quiero ir.
— Ahora no. Hoy no. Esta semana no. Quizás dentro de un mes tampoco. Pero más tarde o más temprano estarás deseando marcharte, y por eso no quiero seguir adelante.
— Finn...
— No, escúchame: sé que lo que hay entre nosotros es muy hermoso, pero eso no quiere decir que no puedas encontrar otra persona que te dé lo mismo.
— ¡No!
— Sí, Tania, yo no quiero hacerte daño; no quiero que suframos ninguno de los dos. Por eso lo mejor es que lo dejemos ahora.
Tania irguió la cabeza.
— Entonces es que no me quieres.
Finn la miró con una expresión indescriptible durante un instante. Después, agarrándola por el pelo, la atrajo hacia sí; hundió la boca en la suya con desesperación, casi con violencia, y la apretó con todas sus fuerzas, poniendo en evidencia su excitación. Tania se rindió completamente a aquel abrazo apasionado. Finn buscó sus pechos con las manos y se los acarició hasta sentir sus pezones rígidos bajo el jersey. Después Tania empezó a temblar de pies a cabeza al sentir que la acariciaba la parte interior de los muslos.
Al cabo de un rato, Finn la separó de sí casi con un empujón. Tania no podía apartar la mirada de sus pantalones.
— ¿He solucionado tu duda? — preguntó — Sí, te quiero, pero no saldría bien. Yo no sé hacer nada; no tengo trabajo ni perspectivas de encontrarlo. Lo mejor que puedes hacer es buscarte un hombre de negocios rico, un hombre normal. ¡No un inválido como yo! ¡Alguien que se merezca tu respeto!
Entonces salió apresuradamente y subió las escaleras golpeando los peldaños

furiosamente con las muletas. Tania hubiera querido seguirle en lugar de tragar sus palabras; pero no podía, porque él se había empeñado en levantar un muro entre los dos, y no pararía hasta crear una situación que les obligara a separarse.
Después de aquella desagradable escena, Tania decidió salir a tomar un poco el aire, lo estaba necesitando. Salió de la casa, cogió el coche y se adentró con él por la carretera que conducía hacia el interior. Al ver un bosque paró y se dirigió hacia él, con la idea de pasear un poco. El lugar era muy tranquilo e invitaba a la reflexión. Poco a poco Tania fue recuperando el dominio sobre sí misma y pudo pensar con más claridad.
Sus sentimientos no habían cambiado; ella quería a Finn y deseaba quedarse con él. Lo que hicieran o dónde vivieran poco le importaba, con tal de estar juntos. Pero en la práctica, las cosas eran más complicadas, ya que durante esos días estaba viviendo a costa de Finn sin contribuir en nada a los gastos. Por supuesto, él no le hubiera permitido lo contrario, y de ese modo limitaba su permanencia en la Casa de la Costa, ya que la colocaba en una situación insostenible. ¿Qué hacer? Sólo le quedaba la esperanza de que al final Finn consiguiera de alguna manera recuperar la confianza en sí mismo; pero hasta ese momento, ella tendría que pensar en algo que hacer.
Cuando inició el camino de vuelta a Rockstorm era ya media tarde. No había tenido la intención de permanecer fuera tanto tiempo, pero entre unas cosas y otras las horas se le habían pasado volando. Cuando llego junto a la casa de la señora Bronson empezaba a levantarse la niebla. Rodeó la mansión para dejar el coche en el mismo lugar donde antes lo tenía aparcado. Al salir vio a Caroline, que hacía señas desde el porche indicándole que se acercara.
— ¿Ocurre algo? — preguntó Tania cuando estuvo lo suficientemente cerca para ser oída.
— No, no se preocupe. La señora Bronson quiere verla — añadió en tono confidencial.
Tania miró a Caroline asombrada.
— ¿A mí? ¿Pero por qué? Yo creía que ella no sabía que yo estaba aquí.
— La ha visto esta mañana. Debió oír el coche... Cuando quiere y le importa no se le escapa nada. Bueno, será mejor que entre, detesta que la hagan esperar.
— Ya, ya me lo imagino. ¿Sabe por qué quiere verme? Es que... como no la conozco, no sé qué podrá querer de mí. Bueno, sí, la vi una vez, y no fue un encuentro muy agradable.
Caroline le franqueó la entrada y Tania empezó a subir las escaleras.
— Pues ahora tampoco espere que la reciba con los brazos abiertos — dijo Caroline finalmente — . La señora Bronson no se distingue por su buen carácter. Supongo que lo que quiere averiguar es quién es usted y por qué está aquí.
Tania se encontró en el mismo dormitorio en el que había estado años antes con su padre. La habitación permanecía igual, mantenía el mismo aire decadente de antes.
Había una diferencia; en esta ocasión la señora Bronson no se encontraba reclinada en la cama, sino que estaba sentada en un sofá bajo, con el mismo camisón de escote cerrado y el mismo batín de terciopelo que llevaba entonces. Se tapaba la cabeza con una especie de gorro de algodón que dejaba escapar unos mechones casi tan blancos como la tela.
— Señorita Marston, señora Bronson — dijo Caroline haciéndola pasar.
Tania avanzó con cautela hasta quedar ante la imponente figura de la anciana.

— Déjanos a sola, Caroline. Usted, señorita, siéntese — añadió señalándole un sillón de amplio respaldo.
Hasta que Caroline no se hubo marchado cerrando la puerta, no empezó a hablar.
— Así que está usted viviendo con mi nieto, ¿verdad?
Tania se humedeció los labios.
— Estoy... en su casa.
— Entonces, ¿no es usted su amante?
— No creo que eso le importe a usted, señora Bronson.
— Ah, ¿no? — replicó la anciana arqueando las cejas — . ¡Conque esas tenemos! Pues permítame decirle que me importa todo lo que le concierne a mi nieto.
— ¡Quién lo hubiera dicho!
— ¡Ah! Usted cree que le tengo abandonado — dijo la señora Bronson crispada — . No, no se moleste en contestarme; ya veo que sí. Pero no crea que por acostarse con él tiene usted derecho a criticar a la familia.
— Yo nunca he intentado tal cosa.
— ¿No? Pero de todas formas es evidente que yo la desagrado a usted, ¿no es cierto, señorita Marston?
Tania sacudió la cabeza.
— Supongo que no me habrá traído aquí para discutir lo que yo pueda pensar de usted, señora Bronson.
— No, efectivamente. Pero siempre ayuda el saber en qué posición se encuentra uno, ¿verdad? Desde el primer momento he notado que está usted en contra mía.
— Señora Bronson, la única vez que tuve la ocasión de hablar con usted, se comportó de una manera muy poco correcta, de alguna forma.
— Perdone, pero yo no la conozco a usted.
— Seguramente ya no lo recordará. Estuve aquí hace años con mi padre.
— Ah, sí, ya recuerdo. Su padre debe ser mi contador, ¿no? Pues bien, mi reacción fue natural. No querrá usted que discuta de mis asuntos privados delante de una niña.
— Lo importante no fue el hecho en sí, sino su manera de echarme. De todas formas, eso no tiene importancia. ¿Por qué quería verme?
— Despacio, despacio. No tenemos ninguna prisa. Usted no se tiene que ir a ninguna parte, ¿verdad?
Tania frunció los labios.
— Eso depende.
— ¿De qué?
— Es un asunto privado entre Finn y yo, señora.
La anciana frunció el entrecejo.
— No estará usted pensando en dejarle, ¿verdad?
— No — respondió Tania indignada — . Yo nunca le haría eso a Finn.
— Por lo visto no se parece a su madre — comentó la señora Bronson entre dientes. Luego añadió: — Supongo que Finn le habrá contado la desgraciada vida de mi hija.
— Sí, algo me ha dicho.
— Supongo que también le diría que cuando Eliza murió, yo le ofrecí un hogar aquí, en mi casa, y él lo rechazó.
— No. Pero desde luego no me sorprende su decisión. Señora Bronson...
— ¿Es que nunca ha cometido usted un error, señorita Marston? ¿Es que nunca ha

hecho usted algo de lo que se tuviera que arrepentir después? Reconozco que traté muy mal a mi hija, pero ella nos trató mal a nosotros, y le amargó la vida a mi marido. Él se cayó por el acantilado. Algunos dicen que se suicidó, pero no es verdad. En la autopsia descubrieron que inmediatamente antes de caer había sufrido un ataque. Entonces yo le eché la culpa a Eliza.
Tania se removió en su asiento, inquieta.
— No sé qué tiene que ver todo esto conmigo, señora Bronson.
— Sí, si tiene que ver, o debería, si está usted enamorada de Finn. Háble me usted de mi nieto. Dígame, ¿qué tal se las arregla? Es un hombre desesperante. Nunca aceptaría mi ayuda.
— Pero, ¿se la ha ofrecido?
— No tengo por qué — respondió la señora Bronson irritada — . Soy su abuela. Finn debería saber que sólo tiene que acudir a mí cuando necesite algo.
— Y usted debería saber que él es incapaz de tal cosa. Ocurra lo que ocurra, él nunca le pedirá ayuda.
— ¿Por qué?
— ¿Usted le pediría ayuda a él?
— Pero es un caso distinto; yo soy una mujer mayor...
— Finn es nieto suyo, señora Bronson, y desafortunadamente ustedes se parecen.
— ¿Se ha dado cuenta de lo que me está diciendo, señorita?
— Le estoy diciendo la verdad.
— ¿Está usted enamorada de mi nieto?
— Sí, ya se lo he dicho.
— ¿Y él?
— Creo que también.
— ¿Es que no está segura?
Tania sacudió la cabeza.
— Es que para él no es tan sencillo...
— ¿Qué quiere decir?
Tania se volvió hacia otro lado.
— Oh... Finn cree que yo soy demasiado joven como para saber lo que quiero realmente. Cree que yo sería más feliz con otro hombre que tuviera perspectivas de futuro.
— Mi nieto las tiene, y de sobra. Es mi heredero, y cuando yo muera será un hombre muy rico.
— Pero no son ese tipo de perspectivas las que a Finn le importan — dijo Tania cautelosa — . Él se siente... fracasado, y no hay manera de convencerle de lo contrario. Él sabe perfectamente que no debería haberse marchado del hospital, cuando todavía no había terminado el tratamiento, pero...
— Espere — intervino la señora Bronson atropelladamente — . ¿Me está usted diciendo que Finn se fue por su cuenta del hospital de Manchester?
Tania asintió.
— ¿Cómo iba a saberlo? Ni siquiera le he visto todavía.
Tania se encogió de hombros, un tanto asombrada de verse discutiendo acerca de Finn con aquella arrogante anciana. De hecho, empezaba a sentir cierta simpatía hacia la mujer. Así que su prudencia la indicó que ya había hablado bastante, y que lo mejor

que podía hacer era marcharse.
Se puso de pie.
— ¿Se marcha ya? — Preguntó la señora Bronson con ansiedad — . ¿Vendrá a verme otro día, por favor? ¿Le importaría mantenerme informada del estado de Finn?
— No sé si podré, señora Bronson; en todo caso, creo que usted debería enterarse por su cuenta.
Una vez fuera, Tania pensó con asombro en lo que acababa de ocurrir. Sólo media hora antes pensaba que la señora Bronson no era más que una vieja egoísta, cuya única ocupación consistía en utilizar su dinero para conseguir sus propósitos.
Y de pronto se presentaba ante sus ojos como un ser humano; era una mujer solitaria que se había condenado a sí misma a perder lo único que le quedaba en el mundo: el amor de su nieto.
De pronto se dio cuenta de que ya eran más de las seis y que Finn estaría preocupado por ella, pero cuando llegó se encontró con que él la recibía con la indiferencia más absoluta. Estaba tumbado en el sofá, leyendo una revista, y ni siquiera la miró cuando abrió la puerta.
— Siento llegar tarde — se disculpó Tania — . Salí a dar un paseo con el coche; necesitaba estar sola para pensar.
Finn dejó la revista a un lado y se sentó.
— ¿Y qué? ¿Has pensado mucho? Supongo que habrás decidido si te marchas o te quedas. ¿Qué has decidido?
— Quiero quedarme.
— Ya — respondió Finn incorporándose con la ayuda de las muletas — . Yo también he estado pensando.
Tania tembló por dentro.
— Ah, ¿sí?
— Sí. He decidido que si quieres, puedes quedarte. Creo que sería un estúpido si te dejase marchar. Esta tarde me he dado cuenta de que me he acostumbrado a tu presencia. No quiero volver a estar solo.
— Entonces...
— Eso significa que soy lo suficientemente egoísta para aceptar tu oferta de... amistad, compañía, o como quieras llamarlo.
Tania le miró directamente a los ojos.
— ¿Cuánto tiempo?
— No lo sé — respondió Finn, flexionando los dedos — . Eso es cosa tuya. Puedes trabajar aquí si quieres; hay una mesa arriba que te servirá, y no te molestaré si no es estrictamente necesario.
— ¡Oh, Finn!
Tania se habría echado gustosamente entre sus brazos, pero él se apresuró a alejarse.
— ¿Qué te parece si cenamos algo? — dijo abriéndole la puerta.

Capítulo 17

A la mañana siguiente, Tania no tardó en averiguar cómo iban a ser sus relaciones con Finn en adelante. Después de pasar una noche solitaria en la habitación de arriba y de dar los buenos días a un Finn ya vestido y arreglado, se dio cuenta de que él intentaba rechazar cualquier brote de afectividad entre ellos; las hostilidades cesarían, pero no se trataba en ningún caso de una verdadera reconciliación.
Era algo difícil de aceptar, pero Tania sabía bien que no tenía más remedio que asumirlo.
— Yo... tengo que ir a Manchester para traer mi material de trabajo — comentó Tania en el desayuno.
Finn le dirigió una mirada glacial.
— ¿Cuánto tiempo vas a tardar en volver?
— Si me marcho esta misma mañana podré estar de vuelta mañana por la noche. Necesito algo más de un día — se apresuró a decir al ver la mala cara de Finn — . Tengo que ver a Peter para darle una explicación.
— ¿Peter?
— Peter Morales. ¿No te acuerdas de él? Es mi agente. Estará extrañado por mi repentina desaparición.
— Ya. Seguramente. Morales intentará convencerte para que te quedes, ¿verdad?
— Puede que sí — respondió Tania honestamente — . Pero no pienso quedarme, te lo prometo.
— No tienes que prometerme nada — dijo Finn fríamente — . Podré sobrevivir sin tí, como he hecho toda mi vida. Dale recuerdos a tu padre.

Tania llegó a Manchester poco después de las siete, y se dirigió directamente a Gourt. Su padre no estaba en casa todavía.
— ¡Tania, querida! — exclamó la señora Rogers cuando la vio entrar — . ¡Dichosos los ojos que te ven! Tu padre se va a poner contentísimo, te ha echado mucho de menos.
— Me alegro mucho de verla, señora Rogers. ¿Podría prepararme un sandwich, por favor? No he comido nada durante el viaje y estoy hambrienta.
— Por supuesto, te lo prepararé mientras vas a por el equipaje.
Tania vaciló un momento.
— No he traído equipaje, señora Rogers. No he venido para quedarme. Sólo esta noche. He venido a recoger mis cosas.
— ¿Quieres decir que vas a volver a Red Hills? — preguntó la señora Rogers disgustada.
— Sí.
La señora Rogers meneó la cabeza.
— Tania... me temo que a tu padre no le va a gustar la idea.
— Pues tendrá que aceptarla, porque la culpa es suya.
Mientras la señora Rogers se afanaba en la cocina, Tania telefoneó a Peter.
— ¡Tania! ¡Vaya! Empezaba a considerar ya la posibilidad de contratar a un detective

privado para que te buscara. Entre tu padre y los editores me han tenido atosigado... Bueno, bueno. Ahora has vuelto, que es lo importante. ¿Cuándo nos podemos ver?
Tania lanzó un angustiado suspiro.
— Esta noche, Peter, pero te advierto que no tengo muy buenas noticias...
— ¿Te refieres a que no has avanzado en el trabajo? — Preguntó Peter — . No te preocupes, creo que podré conseguir unas cuantas semanas más de los editores. Cenaremos juntos, entonces. En mi apartamento, si te parece. Tienes que explicarme muchas cosas, jovencita, así que es mejor un sitio tranquilo y privado.
Tania vaciló.
— No voy a poder cenar contigo, Peter. Acabo de llegar, y tengo que hablar con mi padre. Podemos quedar después de la cena. ¿Te parece bien a eso de las nueve?
— Bien, de acuerdo — respondió Peter, que parecía gratamente sorprendido — . Hasta luego, entonces.
Cuando su padre llegó, Tania se estaba dando un baño. Al poco rato, cuando terminaba de vestirse en su dormitorio, llamó a la puerta.
— Tania, ¿puedo entrar?
— Pasa, papá.
Cuando entró, Tania le saludó secamente y se apartó para evitar que la abrazara. Después le preguntó.
— ¿Qué tal estás? Tienes buen aspecto. Debe ser porque el tiempo caluroso te sienta bien.
— Tania, Tania... — murmuró el señor Marston tendiéndole las manos — . ¿Por qué te portas así conmigo? Nosotros no somos dos desconocidos; somos padre e hija. Te comportas como... como si no nos conociéramos.
Tania cogió el cepillo de su tocador y empezó a peinarse con toda tranquilidad.
— Lo siento. He pensado que todo sería más fácil si nos comportábamos así. De otro modo, rápidamente surgirían situaciones violentas.
— Por Dios, hija mía, ¿es que todavía no me has perdonado? Compréndeme; lo que hice, lo hice sólo por celos. Quería ver a Abigail hundida en la miseria, lo reconozco.
Tania sintió que sus manos empezaban a temblar.
— No importa — dijo — . Ya pasó, y nada de lo que me digas podrá cambiarlo. Además, prefiero no hablar del tema porque no he venido a casa por eso.
— Por lo menos sigues reconociendo que esta es tu casa, aunque no por mucho tiempo, según creo. La señora Rogers me ha dicho que vas a volver a Red Hills. ¿Es verdad eso? ¿Estás viviendo con ese hombre?
Tania dejó escapar un largo suspiro.
— Estoy viviendo en su casa. He vuelto para recoger mi material de trabajo. Quiero terminar mi libro; he quedado esta noche con Peter para explicarle la situación.
— Comprendo que no hayas sido capaz de trabajar. Tim me ha contado...
— Ahora ya puedo — le interrumpió Tania.
Su padre suspiró.
— ¿Has hablado ya con Morales?
— Sí, por teléfono.
— ¿Te ha dicho que me ha estado llamando todos los días, preguntando por ti?
— Pero no se lo dirías, ¿verdad?
— No. ¿Crees que estoy orgulloso de que mi hija esté viviendo con el hombre que su

madre ha rechazado? — inquirió Clarence despectivamente — . Por el amor de Dios. Tania, deja a ese hombre; sólo puede traerte problemas.
Tania nunca había estado en el apartamento de Peter, que resultó ser tan sofisticado y moderno como era de esperar. Su agente salió a recibirla cuando estaba aparcando el coche y la acompañó hasta el interior del edificio, cogiéndola del brazo.
— Todas las precauciones son pocas — comentó Peter — . A estas horas de la noche merodean tipos peligrosos por esta zona, y no me gustaría que nos estropearan la velada.
Tania forzó una sonrisa y se soltó de su mano disimuladamente. Cuando entraron en el ascensor procuró ponerse lo más lejos posible.
Una vez arriba, sentados en unos sillones ultramodernos y rodeados por las pinturas cubistas que cubrían las paredes, se tomaron un Martini y se pusieron a charlar.
— Entonces, dime, ¿dónde has estado? — Preguntó Peter — . Me he vuelto loco preguntando a todos tus amigos y ni siquiera Tim sabía nada.
— ¿No te comentó nada, Tim?
— Sí, algo me dijo de qué te estaba costando volver a concentrarte en tu trabajo, ¿es a eso a lo que te refieres?
— ¿No te mencionó a Finn Eastwood?
— ¿Finn Eastwood? — preguntó Peter extrañado — . ¿El protegido de tu madre? No, ¿por qué? ¿Es que has sabido algo de él después del accidente?
— Sí; precisamente he estado con él.
Peter, qué momentos antes se encontraba cómodamente sentado en un sillón, se incorporó de un salto.
— ¿Qué has estado con Finn Eastwood? — repitió con incredulidad — . Pero... ¿por qué? Tú no tienes la culpa de que se haya quedado inválido. ¡No me digas que tu madre te ha dejado a ti con el papel de enfermera hasta que vuelva! Tania, no puedes...
Tania se levantó y empezó a pasearse.
— No es eso. No lo has entendido, Peter. Debería habértelo contado antes... cuando viniste a verme al hospital. Entonces, cuando me preguntaste por qué estaba yo interesada en Finn Eastwood, debí explicártelo.
— ¿Qué tenías que haberme explicado? No será que... ¿No estarás enamorada de él?
— Sí. Le quiero.
— ¡No estarás hablando en serio!
— Sí, por eso quería verte y explicarte cómo puedes ponerte en contacto conmigo.
— Entonces, ¿estás viviendo con él?
— Sí.
— ¿Dónde? En Manchester no, ¿verdad?
— No. En Red Hills. Su abuela tiene una casa. Allí puedes escribirme o telefonearme.
— ¿Pero vives en casa de su abuela?
— No. Finn tiene una casa muy cerca, sin teléfono.
— ¿Y su abuela es una Eastwood también?
— No, se apellida Bronson. No sé el número de teléfono, pero supongo que te lo podrán decir en información.
Peter se puso de pie, como sonámbulo.
— No me lo puedo creer, Tania. ¿Cómo se te curre enamorarte de un inválido?

— ¡No vuelvas a llamarle inválido! — exclamó Tania, dejando su vaso violentamente sobre Ia mesa —. Finn no es un inválido. Sólo está parcialmente incapacitado. Dentro de un tiempo...
— Se recobrará. Ya... Si estuvieras tan convencida de ello, no te habrías enfadado tanto conmigo por Io que te he dicho.
Tania Ie miró abiertamente y Ie dijo con expresión orgullosa:
— La verdad es que no me importa si alguna vez se recupera o no. Bueno, me importa desde eI momento en que él Io desea; pero por mí misma, no. Yo soy muy feliz con Ias cosas tal y como están.
Peter frunció Ios labios.
— ¿No será porque mientras esté lisiado no corres eI peligro de que se enamore de otra? — preguntó Peter pérfidamente.
— No...
— No te creo. ¿Y qué piensas hacer si tu madre vuelve? ¿Y si Ie quiere después de todo? ¿Qué haría Eastwood si se viera obligado a elegir entre su carrera y tú?

Al día siguiente, eran Ias seis y media de Ia tarde cuando Tania llegó a Dirmorn Brufint. Cuando bajaba hacia Ia terraza, cargada con eI caballete y eI maletín de Ias pinturas, resbaló en uno de Ios peldaños y cayó golpeándose fuertemente en Ia espinilla. Lanzó un grito de dolor, pero en seguida se puso de pie y abrió Ia puerta de Ia casa.
— Soy yo — anunció en tono no demasiado fuerte.
En realidad, Ie molestaba un poco que Finn no hubiera ido para ver si se había hecho daño en Ia caída. Pero en seguida se dio cuenta de que no Ia había visto, ya que Ia sala estaba vacía, así como Ia cocina.
— Finn!
Subió corriendo Ia escalera y entró en su dormitorio sin llamar. Nadie. ¿Dónde podía estar? Se sentó en eI primer peldaño y hundió tristemente eI rostro entre Ias manos. En aquel momento oyó un ruido de agua... ¡El cuarto de baño! Sin pensarlo dos veces se levantó de un salto, abrió Ia puerta y entró.
— ¡Qué diablos...! ¡Tania!
El grito furioso de Finn terminó en una exclamación de impaciencia. Tania se quedó clavada en Ia puerta, demasiado contenta de verle como para fijarse en su gesto malhumorado. Por otra parte, eI hecho de que su único atuendo fuera una toalla enrollada alrededor de Ia cintura, también Ia incitaba en cierto modo a quedarse.
— Pero Tania, ¡sal ahora mismo de aquí!
Finn hizo ademán de coger su albornoz, pero Tania se adelantó y se Io sostuvo, con Ia intención de ayudarle a ponérselo. Se estremeció cuando sus dedos tocaron Ia piel de sus hombros. Hubiera deseado besarle, pero, conteniéndose, Ie ayudó a abrocharse eI cinturón y dijo:
— Me has asustado; no sabía dónde estabas. ¿No me oíste cuando te llamaba? Incluso he subido a buscarte. Es que... me he caído en Ios escalones de Ia terraza, por si te interesa saberlo.
Finn, que estaba ocupado en coger una muleta, levantó Ia cabeza de inmediato.
— ¿Qué has hecho para caerte?
— El caballete es muy grande, y tropecé — dijo Tania con gesto triste — . Por Io menos podías preguntarme si me he hecho daño, en vez de enfadarte tanto.

— Supongo que no habrá sido gran cosa, ya que has estado recorriendo toda la casa. Pero sí, te he oído y he salido de la bañera.
Tania bajó los ojos.
— Podías haber contestado cuando te he llamado. Ya veo que no me has echado mucho de menos.
— Te equivocas — respondió Finn sin demasiado calor — . Esta misma mañana estaba deseando tenerte cerca para poder retorcer tu bonito cuello. Pero claro, no estabas.
Tania le miró atónita.
— No comprendo.
— Mi abuela ha venido a verme — dijo Finn secamente — . Ahora, sal de aquí, por favor. Tengo que vestirme.
— ¡Que tu abuela ha venido aquí! — exclamó Tania sorprendidísima.
— Sí, por increíble que parezca, y aunque a ella le guste fingir lo contrario, no es ninguna inválida. Cierra la puerta al salir, por favor; me estoy quedando frío.
Tania se marchó temblando. ¿Para qué se habría molestado la anciana señora Bronson en bajar y lo que es más, subir el acantilado? ¿Sería por la conversación que mantuvieron? ¿Le habría contado a Finn que había estado en su casa?
Cuando Finn salió, Tania seguía de pie en el pasillo. Comprobó que no había vuelto a ponerse los vendajes y que ahora se valía bastante bien con una sola muleta.
Recordó vivamente entonces las desabridas palabras de Peter, y se preguntó cuál sería la reacción de Finn si Abigail volviera a entrar en su vida.
— ¿Por qué no te has quitado el abrigo? — preguntó Finn.
— Porque tengo que ir todavía al coche a por mi maleta — murmuró Tania un tanto incómoda — . Pero, pensándolo mejor, lo haré después. ¿Te apetece una taza de té?
— No, gracias. Dime, ¿por qué no me contaste que habías ido a ver a la vieja? ¿Es que tenías miedo de que te echara por haber ido a hablar con el enemigo?
— Ella no es tu enemiga.
— No estés tan segura. Lo que quiere es controlarme; tenerme en un puño.
— Se preocupa por ti. Quiere ayudarte.
— Lo que quiere es tenerme en sus manos.
— Se ha molestado en venir a verte, ¿no?
— Porque se sintió obligada después de hablar contigo.
— Eso no es verdad. Creo que estaba esperando la menor oportunidad. Está muy sola...
— Ya veo que te ha convencido.
— Eso no es verdad. Ten por seguro que yo no me dejo intimidar.
— Ah, ¿no? — dijo Finn con una risita desagradable — . Pues aun así, le contaste que me había marchado del hospital.
— No pretendía hacerlo.
— Ya, pero mi abuela te sacó la verdad sin que quisieras.
Tania afrontó su iracunda mirada sin parpadear.
— Y... ¿qué es lo que quería?
— Hablar conmigo.
— ¿De qué?
— No tengo por qué decírtelo, ya que tú no confías en mí.

— Yo confiaría, pero...
— ... pero temes mi reacción. Y dime, ¿es que ella te hizo preguntas acerca de nuestra relación?
— Quizás.
— De todas formas, tú le dijiste que eres la hija de Abigail.
Ante aquella afirmación, Tania se indignó.
— No. Ella ya lo sabía. En cualquier caso, ¿qué importa?
— Mi abuela dice que debería casarme contigo, ¿lo sabías?
Tania se sonrojó, y tuvo que hacer un esfuerzo para no apartar la mirada.
— No.
— Estoy intrigado por saber qué le dijiste para que cambiara así de opinión.
— ¿Y por qué me lo preguntas a mí? ¿Vino a verte sólo para decirte eso?
— No. También quería asegurarse de que no me habías abandonado, y para aconsejarme que hiciera un tratamiento con un fisioterapeuta en el hospital.
Tania contuvo el aliento.
— ¿Y has accedido?
— No.
— Ah.
— Tú te rindes fácilmente, ¿verdad? — comentó Finn sin venir a cuento — . Pues la vieja no. Esta tarde ha venido un fisioterapeuta a verme, a petición de mi abuela, claro. Ella sabía muy bien que yo no iba a ser capaz de echar de aquí a esa mujer.
Tania se quedó suspensa y aterrorizada.
— ¿Una mujer?
— La señorita Sherlvy, para ser exactos. Cuando por fin se marchó, me sentía peor que después de ser atropellado.
— Por eso...
— ... me estaba bañando, sí. Para intentar aliviar mis doloridos músculos.
Tania hizo un esfuerzo para sonreír.
— Entonces debe ser buena.
— ¿Por qué lo dices? ¿Por qué me ha dejado baldado?
— No, peroprobablemente eso te ayudará.
— Déjate de monsergas — dijo Finn agitando la cabeza — . Lo único importante es que la vieja se ha salido con la suya una vez más.
— Ella lo hace con buena intención.
— Lo mismo se podría decir de Pandora cuando abrió la caja. Pero estoy tentado a pensar que tiene poderes mágicos.
— ¿Por qué?
— Pues porque... quizás termine casándome contigo — comentó sin demasiado entusiasmo.
A Tania empezaron a temblarle las piernas.
— ¿... Cómo has dicho? ¿Casarme contigo?
— Sí, ¿por qué no? ¡Qué sorpresa se llevaría la vieja cuando descubriera que la hija de Abigail Racom puede ser tan falsa como su madre!
— ¿Por qué tienes que ser tan desagradable?
Tania tuvo que clavarse las uñas en la carne para no perder el control.
— ¿Y bien? — preguntó Finn.

— No esperarás que me tome en serio tu proposición, ¿verdad?
— Ah, ¿no?
La mirada de Finn Ia estaba destrozando, y Tania se daba cuenta de que, tal y como se Io había planteado, Ie era imposible aceptar. No podía ser así.
— Tal y como me Io dices, sólo puedo pensar mal, ¿no te das cuenta?
— ¿Qué es Io que piensas? — inquirió Finn abandonando su tono irónico para volverse hostil.
La cogió entonces por Ios hombros y Ia obligó a mirarle
— Yo creía que era eso Io que querías. ¿O es que después de vivir conmigo has cambiado de opinión?
— Quizás — dijo Tania humedeciéndose Ios labios — . O quizás necesite más tiempo para pensarlo.
— Olvídalo, entonces — exclamó Finn con una mirada furiosa — . Retiro mi proposición. Me doy cuenta de que nunca debería habértelo pedido, yo también estoy empezando a pensar mal, y creo que peor que tú.
Tania terminó de derrumbarse.
— Finn...
Pero él ya no Ia escuchaba. Se dirigió hacia Ia puerta, y antes de salir se volvió y Ie dijo:
— Márchate cuanto antes. ¡Será mejor que avises a Caroline para que prepare comida sólo para mí!

Capítulo 18

El salón Crystal del hotel Bradbury estaba repleto de gente, y Tania, que se estaba tomando su tercera copa de champán, se esforzaba por sonreír y parecer contenta. Era lo menos que podía hacer en una fiesta organizada en su honor; se lo debía a sus editores, que con tanto éxito habían lanzado el último libro. Efectivamente, y a pesar de todas las circunstancias adversas, El aprendiz de Elvira estaba a punto de salir a la luz.
El problema era que Tania siempre se sentía a disgusto cuando estaba lejos de La Casa de la costa. Eran raras las veces que dejaba a Finn solo y, cuando se veía obligada a hacerlo, siempre permanecía en Manchester el menor tiempo posible, aun sabiendo que él no se lo agradecería.
Le quedaba la tranquilidad de que desde que la señora Bronson decidiera que Caroline dividiese su tiempo a partes iguales entre su casa y la de su nieto, Finn nunca se quedaba solo del todo. La presencia del ama de llaves había contribuido a aliviar la tensión existente entre Tania y él. Además, Alice Sherlvy, la fisioterapeuta, le visitaba casi todos los días.
Los últimos tres meses no habían sido nada felices; Tania necesitó una buena dosis de paciencia para continuar allí después de aquella desastrosa discusión con Finn, sobre todo sabiendo que había sido ella la culpable de su malestar. Pero la proposición de matrimonio de Finn era inaceptable. A veces, Tania se preguntaba por qué se había quedado allí; hubiera sido mejor marcharse, como le dijo Finn. Pero algo la retenía, quizás la esperanza de que no estaba todo perdido: entonces le merecía la pena soportar el sarcasmo y la furia de Finn.
Por otra parte, el hecho de que la señora Bronson se hubiera puesto de su parte, era una pobre ayuda. Si se paraba a pensarlo. Tania no podía evitar echarle la culpa a la abuela de Finn del deterioro de su relación. Además, Finn culpaba a Tania de ser la causante de que su abuela se hubiese entrometido en sus relaciones. Parecía ser que su progresiva mejoría no había acabado con su amargo resentimiento.
Sentía muy lejana aquella noche en que Finn había acudido a su cama a tranquilizarla después de la pesadilla y le había hecho el amor. Normalmente, su trato se reducía a una distante frialdad, salvo cuando bebía demasiado whisky; entonces se mostraba cáustico y despectivo, y no la dejaba en paz con sus lascivas miradas. Si alguien le hubiese dicho antes que dos personas podían vivir así en una misma casa, guardando aquellas distancias, nunca lo habría creído. Lo único que mantenía su esperanza era el hecho de saber que él no la había echado todavía.
Sin embargo, había comprobado que Finn sólo se mostraba intratable con ella. A menudo oía sus risas cuando estaba con la fisioterapeuta, o incluso con Caroline. No podía evitar pensar que estaba desperdiciando las horas, horas que podría haber estado a solas con ella...
— ¿Lo estás pasando bien? — le susurró Peter al oído, pasándole el brazo por la cintura.
Tania salió de su ensimismamiento y le miró.
— No demasiado — confesó — . Hace mucho calor aquí. ¿Hará falta que me quede

mucho más tiempo?
— Bueno... los señores de los discursos se han ido, y el champán se ha acabado. Así que creo que nos podremos ir pronto, si tantas ganas tienes. Cenarás conmigo, ¿no?
Tania vaciló.
— No sé...
— ¡Pero si me lo habías prometido!
— Está bien, iré a cenar. Pero no quiero llegar tarde, porque mañana salgo para Red Hills temprano.
Peter dejó escapar un suspiro de resignación.
— Me pregunto cuánto tiempo aguantarás en estas condiciones; siempre con prisa por llegar a Red Hills. ¡Pero si no estás casada con él!
— Eso no es asunto tuyo.
— Si lo es, porque te aprecio y me importa lo que te pasa. Sé que, en teoría, yo no debería decírtelo, pero Eastwood nunca me ha gustado, es más, pienso que se está aprovechando de ti.
— Pero si tú no sabes nada de nuestra relación, Peter, No hables sin conocimiento de causa.
— Sé que estáis viviendo juntos... está muy claro. Además, Eastwood es muy listo y puede hacerte mucho daño, lo sé.
Tania se desentendió.
— Mira, prefiero no seguir hablando de este tema.
— Bien, bien, como quieras. Sólo una pregunta más: ¿sabe algo de tu madre?
— ¿Por qué te empeñas en mezclar a mi madre en este asunto? — exclamó Tania, que había llegado al colmo de su paciencia — . Ya te he dicho que Abigail continúa en Estados Unidos. Ya no quiere saber nada de Finn... ni de mí.
— Si tú lo dices... — respondió Peter en tono escéptico.
La respuesta de Tania fue tajante:
— Sí. ¿Me llevas a cenar o me voy a mi casa en taxi?

Al clarear el día, cuando Tania se disponía a abandonar su casa de Gourt, apareció su padre de improviso. Se saludaron con la frialdad ya habitual en ellos, y su padre apenas se inmutó cuando Tania le dijo que no tenía tiempo para quedarse a desayunar.
— Conduce despacio, hija — fue su único comentario.
Tania le besó con más ternura que de costumbre. Se alegraba de ver que el verano había mejorado su precario estado de salud.
— Cuídate. Despídeme de la señora Rogers y dale las gracias por haberme planchado las camisas.
— Sí, hija. Hasta pronto.
Tania llegó a Red Hills al atardecer, cuando el sol arrancaba destellos dorados del mar y de los tejados de zinc de la vieja casa señorial. Bajó apresuradamente por el estrecho sendero del acantilado, con el corazón palpitante. Estaba impaciente por ver a Finn, pero, súbitamente, algo la detuvo, algo que le traía recuerdos de una sensación vivida muchos años atrás. El viento llevaba a sus oídos las melancólicas notas de un piano. Se acercó muy despacio a la terraza de la Casa de la costa. ¡Era música! Música... cada vez más nítida, y al mismo tiempo una certeza turbadora la fue

invadiendo; era una pieza de piano, sí, pero una que jamás le había oído a Finn y que no era de su estilo, en absoluto. No era Brahms, ni Beethoveen... ¡No era música clásica! Sin duda. Caroline o Karina, cualquiera de las dos, había puesto la radio, en alguna emisora de listas de éxitos.
Tania dejó de cavilar y subió resueltamente los escalones que conducían a la terraza, pensando que Finn podría estar charlando con Karina, como hacía de vez en cuando. No lo dudó dos veces y entró precipitadamente, sin llamar.
La música cesó de inmediato. Tania se detuvo en seco, desconcertada; era evidente que Finn había estado tocando y que, al verla entrar, había intentado disimular, sin conseguirlo. No tuvo tiempo de levantarse, permanecía sentado en la banqueta, con las manos inertes sobre el teclado. Tania sintió un nudo en la garganta; habría dado cualquier cosa por poder escapar de allí y borrar aquella violenta escena. Pero ya era demasiado tarde, y sólo pudo quedarse mirando mientras Finn alargaba la mano hacia su bastón.
— Qué pronto has llegado — dijo poniéndose en pie.
Desde hacía, algún tiempo había dejado de usar las muletas. Ya no le hacían falta para caminar, aunque el dolor en la rodilla persistía.
— Sí... — murmuró Tania dejando la maleta en el suelo. Cerró la puerta y añadió con voz vacilante — . Lo siento.
Finn pareció no oír su disculpa. Se acercó a lamesa, sirvió un vaso de agua hasta arriba y se lo tendió.
— Anda. Te veo muy sofocada.
Tania lo aceptó y se bebió de un trago la mayor parte de su contenido.
— Gracias. Tenía mucha sed, ¿cómo te has dado cuenta?
— Parecías un poco alterada. Siéntate. Debe ser por el calor; no te sienta bien.
— No es por el calor — respondió Tania a la defensiva.
Con paso vacilante, se dirigió al sofá y se dejó caer. Era verdad. Estaba temblando; la cabeza le daba vueltas y no sabía qué pensar. ¿Qué estaba pasando allí? No podía asimilar la idea de que Finn hubiera estado tocando en secreto, a sus espaldas, sabiendo como sabía lo mucho que significaba para ella.
Finn ocupó un sillón frente a ella. Tania se sentía turbada al mirarle; su camisa dejaba entrever su pecho musculoso, cubierto de vello negro y ensortijado.
— ¿Por qué me miras así? — preguntó Finn, obteniendo como única respuesta una mirada fugaz. Después añadió — . ¿Qué esperas? ¿Que te pida perdón?
— Oh, no — respondió ella en tono acusador — . Nunca me atrevería a esperar tal cosa. Sólo quiero que me aclares algo. ¿estabas tocando verdad? Es evidente que has mejorado aún más de lo que yo pensaba.
Finn la miró con impaciencia.
— ¡No seas suspicaz! Sólo estaba tocando un poco por distraerme. Era una pieza mía, que escribí hace años, cuando todavía creía que llegaría a ser un gran compositor.
— Entonces... ¿era tuya?
— Sí. ¿Por qué tanto asombro? ¿Es que era tan mala?
— No — replicó Tania con vehemencia — . No, era muy buena, de verdad. ¡Me encantaba! Al oírla, creí que era una melodía pop.
Finn hizo una mueca.
— ¡Qué bien!

— Es verdad — continuó Tania con calor — . ¿Intentaste publicarla entonces?
— No. No creas que es tan fácil.
— ¡Pero si es muy buena! ¿Has escrito algo más?
— Últimamente, no.
— No me refiero a últimamente.
Finn encogió los hombros.
— Sí, tengo algunas otras. Componía bastante antes de marcharme a los Estados Unidos a probar fortuna — comentó con ironía.
— Creo que deberías enseñarle tu trabajo a alguien.
— Ah, ¿sí? ¿Crees que debería potenciar nuevos talentos en mí? Olvídalo, Tania. Yo he terminado con la música.
Tania suspiró.
— Pero todavía puedes tocar el piano...
— Puedo aporrear las teclas. Eso no es tocar.
— Pero si lo haces mucho mejor que antes...
Finn movió la cabeza.
— Te engañé, Tania. Aquel día que me senté al piano y te demostré que era incapaz de tocar estaba fingiendo.
Tania le miró fijamente.
— Entonces... ¿siempre has podido tocar como lo has hecho hoy?
— Bueno... — repuso Finn con cierta timidez — . Quizás no tan bien. He practicado algo.
Tania apretó los dientes.
— ¡Sin decírmelo a mí!
— Practicaba cuando no estabas.
— ¡Qué necio eres!
— Como quieras. No obstante, tenía la intención de decírtelo algún día.
— No te creo.
— Eres libre de creer lo que quieras.
Finn empezaba a cobrar su habitual expresión hostil, pero aun así Tania se resistía a quedarse callada.
— Supongo que Caroline sí estaría al corriente. ¡Y Alice también! Hasta es posible que crea que es gracias a ella.
— Sí, Alice me recomendó que ejercitara las manos todo lo posible.
Tania, presa de la furia, se levantó como un rayo.
— ¡Eres despreciable! — Exclamó con rabia — . ¡Sabías lo mucho que significaba para mí, y aun así me lo ocultabas!
— ¿Y todavía te extrañas? No te lo he dicho porque sabía que esto iba a pasar. ¡Por el amor de Dios, Tania, no te pongas dramática!
— Pero... ¡cómo te atreves! Te dedicas a tocar el piano a mis espaldas y luego me acusas de que me enfado sin razón.
Finn suspiró.
— No quería que te forjaras esperanzas inútiles.
— Ah, ¿sí? ¿No sería que querías volver a tu carrera sin decírmelo?
— ¡No digas ridiculeces!
En aquel momento, Tania recordó con claridad hiriente las palabras de Peter.

— ¡Ridiculeces! ¿Has estado en contacto con mi madre? ¿Acaso te ha dicho que está dispuesta a concederte otra oportunidad a condición de que esta vez te portes a su gusto?
Finn contrajo el rostro.
— ¡Estás loca!
— Ah, ¿sí?
Tania dejó escapar un sollozo ahogado, y se volvió para que Finn no pudiera ver lo mucho que le habían dolido sus palabras. Pensó con amargura que tendría que marcharse de allí cuanto antes. Finn era un traidor, un mentiroso, y lo único que conseguía ella quedándose era destruirse a sí misma.
— Tania...
Aquella palabra angustiada cayó sobre Tania como una caricia terrible. De pronto, Finn se acercó y ella sintió su respiración cálida y agitada en el cuello. Al notar sus manos alrededor de la cintura se quedó inmóvil y no pudo resistirse a su abrazo. Desde detrás, Finn recorría, ávidamente con la lengua la cálida piel de su nuca. Aquella caricia cálida, irresistiblemente sensual, terminó de rendirla, y Tania se dejó hacer.
Con un gemido ronco, Finn le clavó los dientes en el cuello, provocando en ella dolor y excitación al mismo tiempo, obligándola a retorcerse contra su cuerpo, incitándole con ello. Hacía tanto tiempo que no le tocaba, que no le besaba... Tania quería ver el efecto que aún podía producir en Finn. Entonces él la obligó a dar la vuelta y la estrechó contra sí, haciéndola sentir la rigidez palpitante de su virilidad.
— Si no te deseara tanto... — susurró Finn cogiéndole el rostro entre las manos, devorándola con los ojos.
Cuando ella entreabrió los labios para protestar, él se inclinó y los tapó con los suyos, moviéndose con insistencia. Fue aquella una violenta y apasionada incursión en sus sentimientos más profundos. Aquel beso la dejó débil e impotente, incapaz de resistirse a las caricias que siguieron. Finn deslizó las manos por sus senos, por sus muslos, después las introdujo por debajo de su camiseta, rozando sus erguidos pezones, mientras la lengua no cesaba de moverse en el interior de su boca. Hasta hacerla daño.
Tania se vio arrastrada por una oleada de sensaciones placenteras; temblaba esperando más caricias; deseaba que la tocara por todas partes, pero más que nada ansiaba sentirse poseída y que su cuerpo masculino la invadiese y la colmase. Entonces ella misma le buscó, le levantó la camisa y acercó el rostro al vello ensortijado de su pecho; deseaba acariciarle, recorrerle con sus labios, recibirle en su interior y poseerle como él ahora la estaba poseyendo con sus caricias.
Tania deslizó las manos desde su pecho hasta la abertura de su pantalón. Bajó la cremallera. Sintió entonces la palpitante urgencia del deseo de Finn entre sus dedos, su estremecimiento provocado por aquella caricia.
— Tania...
De repente, se oyeron pasos en la terraza, Finn y Tania quedaron inmóviles.
En cuanto reaccionó, Tania se apresuró a poner su ropa en orden. Finn la imitó. Cuando Alice Sherlvy llamó a la puerta, él había adoptado una actitud impasible, y sólo Tania hubiera podido notar la excitación que todavía encendía su mirada.
— Ya has vuelto — fueron las primeras palabras de la fisioterapeuta cuando Tania le abrió la puerta.

— Sí, he venido antes de lo esperado — contestó ella intercambiando una rápida mirada con Finn.
Alice entró en la habitación sin vacilar, evidentemente ignorante de la escena que acababa de tener lugar. La muchacha era algo mayor que Tania, de la misma estatura pero algo más robusta. Simpática, y muy femenina, compartía con Tania el gusto por la ropa informal, el perfume francés, y los poemas de los grandes autores románticos.
— Bien — dijo cuando vio que Finn andaba sin la ayuda del bastón — . Veo que te encuentras mejor que la última vez que te vi — y añadió dirigiéndose a Tania — . Hace dos días, cuando vine, estaba insoportable y se movía como un oso.
— No creo que Tania desee oír ese tipo de cosas, Alice — declaró Finn mientras iba a por el bastón, aparentemente dispuesto a usarlo después de todo — . ¿Dónde quieres que lo hagamos hoy? ¿Aquí o en la terraza?
— ¡Qué proposición! — exclamó Alice fingiéndose emocionadísima. Pero Finn no estaba de humor para responder a su broma.
— Bueno, ¿empezamos o no? — preguntó Finn impaciente.
Antes de salir, Alice lanzó una rápida ojeada a Tania y se encogió de hombros. Tania se quedó ensimismada en sus pensamientos. Le había sorprendido saber por Alice que Finn se había mostrado huraño en su ausencia. Quizás era una prueba de que en realidad la había echado de menos.
El tiempo pasó volando, y cuando Tania quiso darse cuenta, la fisioterapeuta ya se había marchado. Salió a la terraza y se encontró a Finn perezosamente tumbado en la hamaca donde Alice solía darle los masajes. Al verla, él la miró con los ojos entornados; se había quitado la ropa y sólo llevaba encima una toalla. Allí estaba, con su piel morena al descubierto, y a Tania le pareció fuerte y saludable como nunca; no pudo evitar un estremecimiento de deseo.
— Te veo muy descansado — comentó intentando ocultar el temblor de su voz.
Pero Finn se había dado cuenta. Inmediatamente, se puso de pie y se sujetó bien la toalla a las caderas.
— Voy a darme una ducha — dijo, dirigiéndose hacia la puerta.
Pero Tania se interpuso en su camino.
— Todavía no — dijo casi sin aliento.
Alargó la mano para tocarle, pero él la esquivó.
— Tengo que ducharme — respondió él tranquilamente, siguiendo su camino — . Siéntate y ten un poco de paciencia. En seguida vuelvo. Tú y yo tenemos que hablar.
Tania frunció los labios.
— ¿No podemos hablar ahora? — suplicó dando un paso hacia él.
— Estoy medio desnudo; no es decente.
— Para mí sí.
— No, Tania — respondió él duramente — . No.
Y sin molestarse en mirarla, entró en la casa a toda velocidad.
Cuando volvió, Tania se sentía rechazada y llena de rabia. La inoportuna llegada de Alice había roto aquello que habían conseguido, y ahora sentía que tocio sería distinto.
— ¿Quieres tomar algo? — preguntó.
— No.
Él se quedó mirando el fondo de su vaso, y se sentó en el sofá. Parecía ensimismado; Tania se preguntaba amargamente qué había pasado para que le hubiera cambiado el

humor de aquella manera.
Al cabo de un rato de silencio, Finn se levantó y fue a apoyarse en Ia barandilla.
Luego, cruzándose de brazos, Ia miró tranquilamente y Ie dijo;
— Quiero que te marches. Tania. Hoy esta misma noche: Io antes posible. Si te quedas, ya no podré responder de mis reacciones. Por eso quiero que te marches.
— ¿Que... me vaya?
— Sí — respondió Finn inexorablemente.
— Pero yo no quiero marcharme. Antes de que llegara Alice, nosotros...
— Antes de que llegara Alice yo había perdido Ia cabeza. Yo no quería, pero tú me provocaste. ¿Por qué? ¿Es que te ha dejado tu novio de Manchester?
— Yo no tengo ningún novio en Manchester.
— ¿No?
— No, Finn, ¿de qué estás hablando?
Finn hizo un gesto de despecho.
— Ese hombre... Morales. Siempre tiene muchas atenciones contigo.
— ¡Peter es mi agente!
— Pues te ha mandado varios mensajes a través de Caroline.
— Finn eran asuntos relacionados con mi trabajo, con mi nuevo libro. ¿No estarás celoso?
— ¿Por qué iba a estarlo? No tengo Ia exclusiva sobre ti — dijo cínicamente.
Tania sacudió Ia cabeza.
— No te comprendo.
— ¿No? Y supongo que antes sacarías a relucir eI nombre de tu madre sin ninguna mala intención, ¿verdad?
— Mi madre no tiene nada que ver con esto — Tania tomó una fuerte bocanada de aire — . Finn, ¿es que no podemos hablar como dos personas civilizadas? Llevamos ya mucho tiempo viviendo juntos.
— No hemos vivido juntos — afirmó Finn con crudeza — . Hemos compartido Ia misma casa, nada más. Ahora me doy cuenta de Ia locura que cometí dejando que te quedaras. Creía que si no te tocaba, eI peligro desaparecería. Pero esta tarde... tú me has demostrado que eI deseo sigue ahí, que no he conseguido superarlo, sólo mantenerlo oculto durante algún tiempo. Y no puedo seguir contigo sabiendo eso.
— ¿Por qué?
— Porque no quiero que mantengamos una relación así.
— No te creo.
— Pues no vas a tener más remedio que creerme.
— Finn, ¡tú me dijiste que te importaba!
— Entonces Ias cosas eran diferentes — respondió fríamente.
— ¿Por qué?
— Porque todavía me hacía Ia ilusión de que tú me querías.
— Claro que te quiero, tú Io sabes.
— No estoy hablando de piedad, Tania.
— ¡Yo tampoco!
— ¡Pero tus sentimientos no eran Io suficientemente fuertes para aceptar una relación permanente!
Tania Ie miró confundida.

— No sé lo que quieres decir.
— Sí lo sabes — respondió Finn, furioso — . Aquella tarde que la vieja vino a verme, te hice una proposición y la rechazaste.
Tania le miró boquiabierta.
— Pero tú no lo decías en serio — murmuró.
— Ah, ¿no?
— Me dijiste que tu abuela te había convencido.
— Sí, puede ser que dijera algo así.
— Lo sabes perfectamente — insistió Tania consternada — . Sabías que, tal y como me lo dijiste, sólo podía negarme. Querías que me negara.
— Ah, ¿sí?
— Deja de atosigarme, Finn. Es imposible que creas que yo no quiero casarme contigo. ¿Por qué me habría quedado, si no?
— Eso mismo me he preguntado yo muchas veces, y nunca he conseguido encontrar una respuesta satisfactoria. Hasta hoy.
Tania, que intentaba contener las lágrimas desde hacía más de una hora, ya no pudo más. Se volvió para ocultarse a su mirada. Había sido demasiado para ella: primero la sensación de verse traicionada al descubrir que él estaba tocando el piano; la apasionada escena que siguió; el terrible abandono en que se vio sumida en la terraza, y ahora aquella agonía de verse rechazada. Y obligada a marcharse... Estalló en sollozos, y entonces Finn se volvió a ella alarmado.
— Por Dios, Tania... — dijo acercándosele.
Pero Tania se apoyó en la pared y se negó a mirarle.
Entonces fue cuando lo vio. El sobre blanco estaba oculto entre los almohadones del sofá. Cegada por las lágrimas, lo cogió en sus manos. La letra era inconfundible, no necesitaba leerla. Era una carta de su madre dirigida a Finn.
Finn se detuvo cuando ella cogió la carta, y al ver que esperaba una explicación se encogió de hombros.
— Léela, si quieres — dijo con calma.
Pero Tania arrojó la carta sobre el sofá, como si su simple contacto la repugnara.
— No necesito leerla. Ya me imagino lo que dice. De alguna manera, no sé cómo, Abigail se las ha arreglado para envenenarte la cabeza y ponerte en contra mía. Después de todo este tiempo, ella sigue siendo más importante que yo para ti.
— Yo no sé qué creer — murmuró Finn — . Yo creía que podía confiar en ti...
— Ah, ¿es que ya no confías? ¿Por qué? ¿Qué te ha dicho ella? ¿Qué no era ella quien conducía el coche, sino yo?
— No seas tonta...
— ¿Tonta? Yo creía que podía confiar en ti y de pronto descubro que has estado escribiéndote con mi madre a espaldas mías.
— Yo no me he estado escribiendo con tu madre. ¿Quién te has creído que soy?
— Eso es lo que yo misma me estoy empezando a preguntar.
— Habla claro.
Tania se lanzó a decir todo lo que sentía atropelladamente, sin pensar.
— En primer lugar, me parece un poco raro que Abigail te escriba ahora, cuando estás empezando a recuperarte. ¡Si yo no fuera tan inocente, podría muy bien pensar que tú le habías escrito antes pidiéndole que te echara una mano!

— ¿Es eso lo que crees? — inquirió Finn con voz alterada.
— ¿Por qué no? Ella ya te ayudó antes, ¿por qué no iba a volver a hacerlo ahora?
— ¿Qué estás insinuando?
Tania se encogió de hombros, sin preocuparse ya por lo que decía.
— Yo no tengo la seguridad de que tus relaciones con mi madre se limitaran estrictamente a los negocios. Sólo tengo tu palabra de que no era una relación más personal. ¿Te escribe quizás para asegurarse de que su inversión todavía le puede proporcionar algún beneficio?
Finn levantó la mano, pero en el último momento retrocedió, y su mano pasó a escasos centímetros del rostro de Tania sin tocarla.
Se miraron, iracundos. La barrera de violencia que se había interpuesto entre ellos era insalvable. Ya no había más que decir. Finn susurró con voz ahogada por la rabia:
— Fuera de mi vista.
La ira había dado paso a la frialdad más absoluta. Ahogando un sollozo, Tania corrió al interior de la casa.

Capítulo 19

— Es muy bonito — comentó Peter cuando terminó de ver el salón — . Siempre has tenido buen gusto. Pero... ¿estás segura de que serás feliz viviendo aquí sola?
Tania se dio media vuelta para que su agente no pudiera verle la cara. Preguntas como aquella seguían teniendo el poder de intranquilizarla, aunque poco a poco se iba acostumbrando a la idea de la vida que la esperaba.
— Creo que sí. ¿Quieres una copa? Aunque tienes poco para elegir, sólo whisky o jerez. Te recomiendo el whisky, es muy bueno, me lo regaló mi padre.
Peter optó por el whisky; cuando se lo sirvió, inesperadamente la cogió por la muñeca.
— ¿Hasta cuando? — preguntó con el rostro súbitamente alterado — . ¿Es que acaso eres de hielo? Hace ya dos meses que estás así; más tarde o más temprano te vas a derrumbar.
— Suéltame la muñeca, Peter — dijo Tania con voz calmada. Después, dejó su vaso encima de la mesa y añadió — . Yo no me meto en tu vida, así que por favor, no intentes controlar la mía. Soy así y así pienso seguir. Y ahora, por favor, vamos a hablar de otra cosa.
Peter la miró con impaciencia.
— ¿Por qué no quieres hablar conmigo?
— Hace un momento estábamos hablando tranquilamente.
— Sabes perfectamente a lo que me refiero. Dime, ¿no has visto a tu madre todavía? Supongo que sabrás que ya está en Manchester.
Tania lanzó un profundo suspiro.
— Peter, por favor, te acabo de decir...
— ... que no me meta en vidas ajenas, ya sé. Pero da la casualidad que tú a mí me importas mucho, Tania, y sé que día a día te estás quemando.
— Quién, ¿yo? — inquirió Tania dejando escapar una risa nerviosa.
— Sí. Te estás destrozando. Desde que volviste de Red Hills has permanecido encerrada en ti misma... Como sigas así, te vas a volver loca.
Tania sonrió y apoyó la cabeza en el respaldo del sillón.
— Muchas gracias, eso es lo que me faltaba por oír.
Peter terminó su copa de un trago y se puso de pie.
— ¡Muy bien, Tania! — exclamó — . He conseguido guardar silencio durante dos meses. Pero he llegado a un punto en que ya no soporto verte así.
— Mira, Peter... — respondió Tania adoptando un tono aburrido. Pero él no se dio por vencido.
— Te lo digo de verdad — insistió — . Hoy no me marcho de aquí hasta que me digas lo que te pasó en Red Hills. Por Dios, Tania, ¿qué te hizo Eastwood?
— Peter, ya te lo he dicho, Finn y yo decidimos que no podíamos seguir juntos.
— No te creo. No creo que fuera tan simple.
— Eres muy libre de creer lo que quieras.
— Hace ya tanto tiempo que nos conocemos que me creo en la obligación de avisarte cuando veo que te equivocas, sobre todo viendo que tu padre parece haberse

desentendido de ti.
— No metas a mi padre en esto, por favor — dijo Tania, haciendo acopio de la poca paciencia que le quedaba — . Sé que lo haces por mi bien, de verdad, pero no necesito tu ayuda.
— Pero Tania, ¿no te das cuenta de que si no hablas con alguien vas a explotar? ¿A quién se lo vas a poder contar sino a mí?
Tania cerró los ojos un momento y dijo muy despacio:
— ¿Qué quieres que te diga? Sabes perfectamente lo que pasó. Finn y yo discutimos y yo me marché. Final de la historia.
— ¿Seguro? ¿Ya no le quieres? No me lo puedo creer. Si tú ya no le quisieras, yo todavía tendría posibilidades, ¿no?
Tania negó con la cabeza.
— Mira, Peter, no tengo por qué hablar de mis sentimientos.
— ¿Por qué no? ¡No los tenías tan claros hace un momento!
— No — reconoció Tania derrumbándose sobre el sofá — . No te equivocabas, mis sentimientos por Finn no han cambiado, pero... sé que mi madre le ha estado escribiendo.
— ¿Abigail?
— Sí — respondió Tania con voz cansada — . Yo no sé por qué, pero parece que Finn después de recibir su carta, confió más en ella que en mí... y yo perdí los estribos y dije muchas cosas que no debía haber dicho.
— ¿Y entonces te marchaste?
— Sí; él me pidió que me marchara. Bueno... me echó. Ni siquiera tuve tiempo de recoger mis cosas; él me las envió a casa unos días después.
— ¿Y no has sabido nada más de él?
— No, sólo me ha enviado la partitura de una pieza de música.
— ¿Qué pieza?
— Una composición suya. La oí una vez cuando la estaba interpretando y me gustó. Pensé que había probabilidades de que se la publicaran, aunque a él le parecía muy mala.
— ¿Y te la ha mandado a ti? ¿Por qué?
— No lo sé. Quizás precisamente porque le parecía mala; para demostrarme su desprecio.
Peter sacudió la cabeza.
— Qué raro...
— Sí, a mí me sorprendió mucho recibirla.
— ¿La tienes ahí?
— ¿Por qué?
— Me gustaría verla.
— Pero, ¿por qué? — inquirió Tania en tono impaciente.
— Porque sí; tú me acabas de decir que es buena, y tengo un amigo que se dedica a la música y le podría interesar.
— No es música clásica.
— Mi amigo no trabaja con música clásica. Tania vaciló.
— No sé si debería.
— ¿Por qué no? Si te la mandó, es tuya. Y acabas de decirme que te parece lo

suficientemente buena como para aspirar a publicarla.
— Ya lo sé, pero...
— ¿Pero qué?
— Quizás mi opinión no tenga ningún valor.
— ¡No me digas! ¿Es que esa música te trae recuerdos sentimentales que te incapacitan a la hora de juzgarla?
— Qué más da... Al fin y al cabo... — murmuró Tania con un suspiro. Después se levantó — . Ahora mismo te la traigo.
Cuando Peter tuvo en sus manos la partitura, la estudió con mucho cuidado, casi con reverencia.
— Concertó — leyó señalando la palabra que Finn había escrito en la primera hoja — . ¿Qué significa eso? Tú me dijiste que no era una pieza clásica.
Tania negó con los hombros.
— No lo es. Quizás ese sea el título.
— Bueno, ahora que lo dices, es un título bastante atractivo. Concertó. Es muy sugerente.
— No la perderás, ¿verdad?
— No. Haré fotocopias y te devolveré el original rápidamente. A Ariel le daré una copia.
— ¿Quién es Ariel?
— Es mi amigo, el que se dedica a la música. Tú déjamelo a mí, y no temas, al fin y al cabo no tienes nada que perder.

Dos días después, Tania se encontraba trabajando en su estudio cuando alguien llamó a la puerta, interrumpiéndola. Al abrir, se quedó clavada en el sitio por la impresión.
— ¡Madre!
Abigail, elegantemente vestida, miró a su hija con un vago gesto de impaciencia y entró, sin más.
— No voy a quedarme esperando a que me invites a entrar, cariño — miró a su alrededor — . Así que este es tu pequeño escondite. ¡Qué mono!
— ¿Qué quieres, madre? — Preguntó apoyándose contra la puerta — . ¿Cómo has sabido dónde vivía? ¿Te dio papá la dirección? No tienes ningún derecho a...
— No seas tonta, cariño — le interrumpió Abigail mientras se paseaba mirando el cuarto con gesto displicente — . Somos parientes, aunque no nos guste. Quería verte; no creo que sea algo tan raro. Tú me importas.
— Vamos a dejarnos de comedias, madre. ¿Por qué has venido? Tú y yo no tenemos nada que decirnos.
— No estoy de acuerdo — Abigail dejó caer su chaqueta sobre el sofá y la miró por encima del hombro — . ¿Me puedo sentar?
Tania vaciló, pero como sabía que en realidad no podía negarse, suspiró resignada.
— Si quieres... Estaba a punto de preparar café. ¿Te apetece una taza?
— No, yo no quiero nada, cariño — dijo Abigail con un pequeño gesto de repugnancia — . Pero tú no dejes de tomarte algo, lo necesitas. ¡Estás delgadísima!
Tania se acercó al sofá, pero en vez de sentarse junto a su madre, se apoyó en el brazo en actitud tensa. Esperó con cierto temor a que su madre se decidiera a hablar.
— Tu padre me ha dicho que llevas viviendo aquí casi dos meses. Desde que volviste de Red Hills, ¿verdad? ¿Por qué no fuiste a casa?

La respuesta de Tania fue cortante.
— No quería seguir viviendo en casa. Pensé que ya había llegado el momento de independizarme. Ya me doy cuenta de que a ti mi nuevo apartamento no te ha parecido nada bien, pero a mí me gusta.
— Tiene cierto encanto bohemio, que es lo que a ti te gusta, ¿no?
— Sí.
— Bien. Me alegro de verte tan contenta. Sabía que pronto se te pasaría el encaprichamiento por Finn.
— Ah ¿sí? Me imagino que tú no tendrás nada que ver con el hecho de que Finn y yo lo hayamos dejado.
— ¡Yo! — exclamó Abigail con aparente consternación — . Por favor, Tania, no intentes culparme a mí de la desastrosa vida que has llevado. Da gracias porque has salido sin mayores daños. Podría haber sido un desastre.
— ¿Un desastre?
— Sí, porque lo que hiciste fue absurdo. Te impusiste a él por la fuerza... No, no me mires con esa cara. El mismo me lo ha contado. Insististe en quedarte, aun en contra de su voluntad, sabiendo que no tenías nada que hacer. Yo ya te lo había advertido, Finn no es de los que se casan. Imagínate que te hubieras quedado embarazada: ¿qué habrías hecho?
Tania estuvo a punto de contarle toda la verdad, pero se contuvo. Abigail no se enteraría de nada por ella. Si Finn decidía contarle cómo habían vivido aquellos tres meses en la Casa del mar, era problema suyo.
— ¿Quieres decirme algo más, o has terminado ya?
— Todavía tengo algo más que decirte — prosiguió Abigail acaloradamente — . Quería que fueses la primera en saber que me he ofrecido a tomar a Finn bajo mi protección de nuevo. Contra lo que todo el mundo creía, ha recobrado en gran parte la destreza de sus manos, y aunque le cueste meses, quizás años, volver a tocar profesionalmente, yo vuelvo a tener confianza en él. Hay un osteólogo en Suiza que ha conseguido un extraordinario éxito con su tratamiento. No sé si te acordarás de Martin Adler, el especialista en saltos de longitud que se rompió una pierna el año pasado. Pues bien, se puso en manos del doctor Strongh y ahora lo más probable es que se una al equipo olímpico. Es un hombre muy listo... Strongh, claro. Finn tendrá todo el tiempo que quiera para practicar, porque voy a comprarle una casa en Suiza para que no tenga que ir a un hotel. Por supuesto, estaré con él siempre que pueda.
Tania permaneció en silencio mientras duró el largo discurso de su madre, y su rostro no registraba ningún gesto que pudiera delatar sus sentimientos.
Abigail sonrió con petulancia.
— Y bien, ¿es que no tienes nada que decir? Pensé que en el fondo me estarías agradecida. Al fin y al cabo, le estoy devolviendo lo que perdió.
Tania palideció aún más de lo que ya estaba, y a duras penas consiguió decir:
— Lo que tú le hiciste perder, madre.
— ¡Muy bonito! — exclamó Abigail irritada — . Lo que ocurrió... ocurrió. Fue un accidente. Yo cogí el coche sin pensar lo que hacía, lo reconozco, Pero es que estaba casi enloquecida de pena...
— ¡No! ¡De pena no, de celos! Tú sabías que Finn y yo habíamos estado juntos y no lo pudiste soportar!

— De acuerdo, de acuerdo. Estaba celosa. ¿Cómo no iba a estarlo? Finn me pertenecía a mí, no a ti.
— ¡Las personas no pertenecen a nadie, madre!
— Eso es una interpretación muy ingenua por tu parte. Finn y yo éramos amantes.
— ¡No!
— ¡Sí! Éramos amantes — reafirmó Abigail mirándola con pena — . ¿Es que él te dijo lo contrario? Era de esperar. Tú siempre has sido una chica muy puritana, ¿verdad?
Tania se puso en pie violentamente y, temblando, le enseñó la puerta.
— Quiero que te marches, madre. No estoy dispuesta a escuchar esta sarta de mentiras en mi propia casa.
— ¿Mentiras? — preguntó Abigail arqueando sus pintadas cejas — . Si verdaderamente creyeras que te estaba mintiendo, no me arrojarías de tu casa.
Tania dejó caer el brazo a lo largo del cuerpo.
— Lo único que te importa eres tú misma, madre; por encima de todo.
— Tonterías. A mí me importan muchas cosas.
— ¿Te importa Finn?
— Claro que sí. De lo contrario no me gastaría tanto dinero en él.
A Tania le dolía la cabeza. Después de aquello le iba a resultar imposible trabajar.
— No lo sé — dijo — . Por favor, quiero que me digas qué es lo que le escribías a Finn en aquella carta. ¿Qué mentiras le decías sobre mí?
— Qué manía te ha entrado con que miento, Tania. Simplemente, le escribí la verdad. Algo que tú nunca has hecho.
— ¿Verdad? ¿Qué verdad?
— Lo de tu padre, por supuesto. La verdad es que tardé algún tiempo en darme cuenta, pero al final me imaginé que habías estado protegiendo a Clarence. Es muy propio de ti.
— ¿Pero cómo iba a protegerle?
— Muy sencillo. No diciéndole a Finn que fue Clarence quien me empujó a cometer aquella locura.
Tania la miró con fuego en los ojos.
— Pero yo di por hecho que Finn lo sabía. Estaba segura de que tú se lo habías dicho.
— Lo siento, pero no. Además, creo que se ha llevado una fuerte impresión al enterarse, sobre todo cuando le expliqué que tú te sentías... cómo decirlo... responsable de lo ocurrido.
Tania temblaba de pies a cabeza.
— O sea, que le has venido a decir que yo se lo estaba ocultando.
— Sí, era la verdad.
— ¡No!
Abigail se encogió de hombros y se dirigió hacia la puerta.
— Bueno, de todas maneras, ya no me importa. Dadas las circunstancias, era lo mejor que podía haber ocurrido. Vuestra... relación no tenía futuro. Hiciste muy bien marchándote, porque te has ahorrado muchos sufrimientos.
— ¿Por qué tuviste que mezclarme en tu vida? ¿Por qué no te olvidaste de que yo existía? — exclamó Tania con rabia.
Abigail, que ya estaba abriendo la puerta, se volvió a ella.
— Era Luke quien me empujaba a hacerlo, no lo hacía yo porque quisiera. Ya sabes lo

sentimental que es Luke en Io referente a Ia familia. Pensaba que era beneficioso desde eI punto de vista publicitario que se nos viera juntas.
Tania Ia miró boquiabierta.
— ¿Sólo Io hacías por eso?
— ¿Por qué, si no? Yo nunca he sido una mujer maternal. Además, tú eso Io sabes muy bien, ¿no, cariño?

Capítulo 20

Cuando Peter fue a visitarla algunos días después, Tania había conseguido, con mucho esfuerzo, olvidar aquella desagradable intrusión de su madre. Sin embargo, las palabras de Abigail la asaltaban en las noches de insomnio; su palidez se había acentuado y unas profundas ojeras le ribeteaban los ojos. Su extrema delgadez empezaba ya a ser alarmante y le daba un aspecto frágil y enfermizo. No cesaba de repetirse, que se recuperaría si se ponía a trabajar, y, sin embargo, su capacidad creadora brillaba por su ausencia.

La primera reacción de Peter al verla fue de sincera preocupación.

— ¿Qué diablos has estado haciendo? — exclamó inmediatamente.

Pero Tania rehusó su mirada y le preguntó por qué había ido a verla.

— Pero, ¿necesito un motivo? Te llamaba y no cogías el teléfono. Dime qué otra cosa podía hacer.

— ¿Eras tú quien llamaba? — Tania se ruborizó — . Yo tenía miedo de que fuera mi madre. Vino hace algunos días y no quería volver a hablar con ella.

— Ah, ¿sí? No entiendo cómo no se da cuenta de que no tiene nada que hacer contigo y te deja en paz.

Tania no quería hablar más del tema, así que se sentó en el sofá y adoptó una expresión fingidamente alegre.

— Bueno — dijo — . No puedo creerme que no tengas otra cosa mejor que hacer que venir a verme. ¿Qué es lo que ocurre?

— He venido a devolverte la partitura.

— Ah, la música. Dime, ¿le gustó a tu amigo Ariel?

Peter se recostó en su asiento y cruzó las piernas.

— Sí, de hecho, le ha gustado mucho. Le interesa saber si Eastwood ha escrito algo más.

Tania se puso de pie.

— ¿Por qué me lo preguntas a mí?

— Bueno, se me ocurrió que tú podrías saberlo.

Tania negó con la cabeza.

— Pregúntaselo a él — dijo evasivamente — . Ese asunto no tiene nada que ver conmigo.

— De acuerdo, — asintió Peter en tono conciliador — . Yo le dije a Ariel que me parecía que tú no ibas a querer mezclarte en este asunto. Además, la cosa es complicada; Ariel conoce a un grupo que quizás estaría dispuesto a interpretar la canción.

— Pero, ¿cómo? ¿Un grupo de música moderna?

— Exactamente. Por supuesto, el sonido sería bastante diferente al del piano, pero Ariel está seguro de que podemos tener un éxito entre manos.

Tania esbozó un gesto escéptico.

— No creo que sea tan fácil.

— Mira, Tania, hay muchas cosas en las que la suerte juega un papel primordial, y

quien te diga lo contrario, se equivoca. Y además muchas veces no cuenta lo que sepas, sino a quien conozcas.
— ¿A quién conozcas?
— Hemos tenido suerte. Ariel Zeus es amigo mío, y el Concertó le ha gustado mucho.
Tania le miró perpleja. El sello de discos Zeus era uno de los más importantes del momento.
— ¡Ariel Zeus!
— Sabía que te gustaría la idea. Entonces, ¿qué dices? ¿Vas a dar luz verde al proyecto?
— ¿Yo? — exclamó Tania alarmada — . Peter, ¡pero esto no tiene nada que ver conmigo! La composición es de Finn, no mía.
— Pero él te la envió.
— Ya.
— ¿Significa eso que te vas a negar?
Tania apretó la partitura contra el pecho.
— Yo... no me siento con derecho a tomar esa decisión.
Peter no podía ocultar su impaciencia; no obstante, cedió:
— De acuerdo, entonces tendremos que ponernos en contacto con Eastwood personalmente, ¿no? Como tú dices, la composición es suya. Seguramente no pondrá tantas objeciones como tú. ¿Te das cuenta de lo que esto puede significar, Tania? Si llega a las listas de éxitos...
— No, Peter — dijo Tania sin poder reprimir un estremecimiento — . Creo que no has comprendido. Abigail... vino para decirme que Finn va a volver a trabajar con ella. Ha encontrado un médico en Suiza que podrá ayudarle a recuperar la habilidad perdida en las manos. En cuestión de meses, quizás un año o así, se espera que pueda volver a dedicarse a la interpretación. Entonces no creo que le interese componer ese tipo de música, ¿te das cuenta?
Peter, que la había escuchado perplejo, se levantó.
— ¿Quieres decir que después de lo ocurrido todavía...?
— Sí — repuso Tania, que se ponía enferma sólo con pensarlo.
— Debe de estar loco.
— Quizás sólo sea ambición — dijo Tania en voz baja — . Y ahora, ¿te importaría hablar de otra cosa?

Los sábados por la tarde Lain Street se convertía en una calle muy bulliciosa. A Tania no le gustaba salir esos días. Sin embargo, en aquella ocasión no tenía más remedio, ya que se había quedado sin comida y necesitaba comprarla en el supermercado; así que se puso unos vaqueros, un plumífero y bajó.
Cuando se aproximaba a la verja del jardín de su edificio, vio el coche aparcado al otro lado de la calzada. Era un deportivo de color verde oscuro. Dentro estaba él.
Su primera reacción hubiera sido salir corriendo; pero luego lo pensó mejor. No tenía nada que temer de él, pensó indignada. Además, ¿con qué derecho aparecía allí?
— Tania.
Al mismo tiempo que pronunciaba su nombre, Finn abrió la puerta y salió del coche. Tania notó inmediatamente que se movía con mucha más facilidad que antes. Nadie hubiera dicho que sólo seis meses atrás no podía dar un paso sin muletas.

— Finn, ¿qué estás haciendo aquí? — inquirió Tania.
Finn apretó los labios.
— Ya lo descubrirás. O sea, que ésta es tu casa, ¿no? ¿En qué piso vives?
— En el primero. La casa tiene ocho apartamentos: dos en el bajo, dos en el primer piso...
— Ya me hago una idea — dijo Finn avanzando hacia la verja — . ¿Entramos?
— No. No sé por qué has venido aquí, Finn, pero preferiría que no entraras. Tú y yo no tenemos nada más que decirnos, y la verdad...
— ¡Tania! — exclamó respirando fatigosamente — . ¡No puedes hacerme esto! Cuando tú viniste a mi casa yo te dejé entrar. ¿No crees que me debes el mismo trato?
— Aquello fue diferente, porque me desmayé en tu puerta y no tuviste más remedio.
— ¿Es que te gustaría que yo repitiera la escena? No me sería difícil. El viaje hasta Manchester me ha dejado agotado. La pierna me está doliendo mucho.
Tania lanzó una mirada de impotencia y después se volvió hacia él.
— Finn, ¿por qué me haces esto? ¿Por qué quieres verme? Yo... Abigail me ha contado lo que piensas hacer. Si vienes a darme alguna explicación, prefiero no oírte. Todo ha terminado entre nosotros. Me alegro de que a ti te hayan salido tan bien las cosas al final.
— Por favor, ¿entramos? — dijo Finn con rudeza; pero su voz sonaba débil.
Una vez arriba, Tania apenas podía dominar sus nervios.
— ¿Te apetece una copa? — preguntó — . Sólo puedo ofrecerte jerez o café.
— No, gracias. Ven y siéntate — dijo señalando el sitio junto a él — . Quiero hablar contigo.
Tania se humedeció los labios ansiosamente.
— Mira, Finn...
— He dicho que vengas a sentarte — repitió él con fría solemnidad — . Parece que te vas a caer de un momento a otro. Me doy cuenta de que quizás yo sea el responsable de tu mal aspecto; por eso quiero hablar contigo.
— ¿Qué? — inquirió Tania horrorizada — . ¿Qué me dices? ¿Qué... que quizás tú seas el responsable de mi mal aspecto? ¿Quién te ha dicho eso? ¿Mi madre? ¡Dios mío! Hace falta tener sangre fría...
— ¡Tranquilízate, Tania! — dijo Finn poniéndose de pie e inclinándose sobre ella — . Sé que lo estoy haciendo mal...
— ¡Sí! ¡Sí!
Tania temblaba de pies a cabeza, con una mezcla de cólera y desesperación; cólera, porque él se había creído en el derecho de ir a verla para ofrecerle unas palabras de disculpa; y desesperación porque, hasta aquel momento, había mantenido la secreta esperanza de que Abigail la hubiera mentido a pesar de todo.
— ¡Vete! Tu... tu amante ya me ha explicado la situación con pelos y señales, así que...
— ¡Ella no es mi amante! — exclamó Finn cogiéndola por los brazos y atrayéndola con fuerza — . Por el amor de Dios, Tania, eso ya lo solucionamos — le pasó la mano por el cuello para obligarla a volver el rostro hacia él — . Quería decirte lo que pasa en realidad antes de que llegásemos a este extremo, pero no me dejas otra elección.
Entonces, aprovechándose del momento de confusión, la besó. Tania se debatió desesperadamente y le mordió los labios hasta que sintió el sabor de su sangre. Pero él continuó insistiendo, con furia, abriéndose paso con la lengua, hasta que la debilidad

y el deseo que latía en Tania convirtieron su pánico en pasión. Dejó de arañarle y hundió las uñas en sus hombros, abandonándose entre sus brazos.
Como si hubiera sentido su rendición, Finn aflojó la presión de su boca, y el beso se hizo suave y sensual. Deslizó entonces las manos desde sus hombros hasta la cintura, buscando bajo la camisa el contacto de su piel. Después tocó sus labios con infinita suavidad, rodeándolos primero con pequeños besos antes de apoderarse con avidez de su boca. Tania comprendió de pronto con desesperación que se estaba dejando seducir.
— ¡Eres un bastardo! — gritó cuando pudo separar su boca de la suya, volviendo la cabeza.
Pero Finn no estaba dispuesto a dejarla escapar tan fácilmente.
— ¿Por qué soy un bastardo? — inquirió agarrándola con una mano por la nuca, mientras con la otra le sujetaba el puño con que Tania intentaba golpearle — . ¿No me decías tú a mí que no creyera las mentiras de Abigail? ¡Pues ahora eres tú quien las toma al pie de la letra!
— ¡No intentes cambiar de tema! — gritó Tania, retorciéndose con todas sus fuerzas — . ¿Qué quieres de mí, Finn? ¿Qué tipo de hombre eres tú? No me quieres; me echaste de tu casa. ¿Por qué vuelves ahora, cuando todo ha terminado entre nosotros?
— Tú no crees eso, ni yo tampoco — replicó él con voz dura — . Si me dejaras explicarte...
— ¿Explicarte? — Le interrumpió Tania — . ¿Explicar qué? ¿Tus razones para aceptar la oferta de Abigail? ¿Qué te vas a marchar a vivir a Suiza...?
— ¡Yo no me voy a Suiza!
Pero Tania no le escuchaba.
— ¿Qué te pasa, Finn? ¿Es que te remuerde la conciencia? Pues no, no te preocupes; ¡ha sido culpa mía! ¡Debí darme cuenta de que estaba mi madre antes que yo!
Finn la liberó de pronto y Tania, que no lo esperaba, estuvo a punto de perder el equilibrio y caer. Le vio dirigirse hacia el sofá con paso vacilante, arrastrando la pierna. Cuando llegó, se dejó caer con tal cansancio que Tania se dejó convencer.
— ¿Qué estás haciendo? — exclamó a la defensiva, dándose cuenta de que estaba a punto de rendirse otra vez — . No puedes quedarte aquí. Tengo... tengo que trabajar. Oh, Finn, ¿por qué me atormentas de esta manera? ¿Qué quieres que diga? ¿Qué quieres que haga?
— Cásate conmigo — dijo él con firmeza.
— ¿Que... qué has dicho? — exclamó Tania, incapaz de creer lo que acababa de oír.
— Que te cases conmigo — repitió él como si estuviera hablando del tiempo.
— Pero... ¿no te das cuenta de que es una crueldad burlarte así de las personas? ¡Márchate inmediatamente! Si esto es una treta que has urdido con mi madre...
— ¡Por el amor de Dios olvídate de tu madre! Me has preguntado qué quería y te lo he dicho. Y ahora te aconsejo que pienses cuidadosamente tu respuesta antes de dármela, porque no te lo voy a volver a pedir nunca más.
Tania no pudo sostener su mirada.
— Finn, por favor...
— Te lo voy a repetir una vez más: quiero casarme contigo. ¿Te convences ahora?
Tania sentía un nudo en la garganta.
— Pero... no entiendo. ¿Y Abigail?

— ¿Qué pasa con Abigail?
— Me ha dicho que va a arreglar las cosas para que puedas volver a tocar. Me habló de un especialista suizo que es capaz de hacer milagros. ¿Es que no es verdad?
— Sí, no dudo que exista tal médico, pero si te hubieras molestado en escucharme sabrías que no pienso ir a Suiza. Seguramente Abigail te dijo muchas cosas, la mayoría de ellas, falsas.
Tania no podía dar crédito a sus oídos.
— ¿Quieres decir... que ella no te ha visto?
— Sí — asintió Finn — , vino a verme; es más, yo mismo la invité.
— ¿Qué tú la invitaste? — preguntó Tania sorprendida.
— Sí. Siéntate aquí conmigo y te lo contaré.
— ¿A tu lado? — preguntó Tania con cierta aprensión.
— ¿Por qué no? — dijo Finn con una sonrisa irónica — . ¿O es que todavía me tienes miedo?
Tania vaciló.
— No, yo... bueno, ¿por qué no?
Tania se sentó procurando mantener una prudente distancia en previsión de lo que pudiera ocurrir. Pero Finn fue más rápido y se pegó a ella tranquilamente.
— Bien, Tania. Empecemos por el principio. ¿Te acuerdas de la carta de Abigail que viste?
Tania pensó que aquella pregunta era estúpida; ¡cómo la iba a olvidar! Asintió y esperó con ansiedad a que él continuara.
— Supongo que Abigail ya te habrá contado lo que me decía en aquella carta.
Tania volvió a asentir.
— Bien — agregó Finn — . Entonces podrás imaginar cómo me sentí yo al leerla... Enterarme así de que habías venido a Red Hills sólo porque tu madre te lo pidió.
— ¿Qué? — exclamó Tania fuera de sí.
Finn lanzó un suspiro.
— Me acabas de decir que sabías qué decía aquella carta.
Pero Tania no podía articular palabra, se limitaba a mover la cabeza de un lado a otro.
— ¡No lo comprendo! — exclamó — . Eso no fue lo que Abigail me contó. Ella me dijo que tú estabas furioso conmigo, porque yo te había ocultado que mi padre la incitó a... cometer aquella locura.
— ¿Tu padre?
Tania esbozó un gesto de impotencia.
— Sí, estarás enterado de qué papá fue a ver a mi madre aquella noche, en cuanto Abigail volvió de Italia. Él... le contó que habíamos estado juntos, que la estabas engañando. Quería separarnos a toda costa.
— ¿Te refieres a la noche del accidente? — preguntó Finn.
— Sí.
— Pero si yo ya lo sabía — dijo entonces Finn perplejo — . Me lo dijo tu madre un par de días después del accidente. Entró a la fuerza en mi habitación del hospital, aun sabiendo que yo no quería verla. Parecía pesarosa... y era cierto, estoy convencido. Tu madre se arrepintió de lo que había hecho un segundo después de que ocurriera, pero ya era tarde.
— ¿Entonces...? — preguntó Tania, que no salía de su asombro.

— Es lo que te estoy diciendo — repuso Finn retirándole el pelo de la frente con un gesto inesperadamente tierno — . Tania, necesito que me digas si viniste a Red Hills porque te lo pidió Abigail.
— ¡No! — exclamó Tania vehementemente — . Pero si ella no quería que fuera contigo; intentó convencerme de que perdía el tiempo.
La expresión de Finn se suavizó al momento.
— ¡Aja! Entonces, ¿por qué viniste?
Tania desvió la mirada.
— Lo sabes perfectamente. Finn, si esto es...
— No saques conclusiones todavía — dijo Finn, que había estado acariciándole el pelo casi distraídamente y deslizó la mano hasta su nuca — . Déjame contarte cómo fue.
— Si quieres... — murmuró Tania.
— Necesito decírtelo. Aunque en realidad preferiría hacer algo más placentero.
— Finn!
Tania le miró entre el temblor y la protesta, incapaz de resistirse, mientras Finn le introducía un dedo entre los labios, acariciando su húmedo interior.
— Bien — continúe» — . Cuando llegaste a la Casa de la Costa aquel día, yo ya te quería, pero no te lo dije porque no me pareció justo para ti. Estaba prácticamente inválido y pensaba... incluso pienso ahora que tú estabas motivada por la compasión.
— ¡No!
Finn le apretó fuertemente la rodilla, como si quisiera tranquilizarla.
— No hace falta que me lo digas; ahora ya sé que no se trataba de eso, entonces estaba tan apenado por mí mismo que me resultaba más fácil creer en tu compasión que en tu amor.
— Pero no me dijiste que me marchara — murmuró Tania sin querer.
Él sonrió.
— ¿Cómo iba a echarte? Cada vez que te marchabas a Manchester a ver a ese Morales, yo me quedaba enfermo de celos.
— Por eso intentabas presionarme para que me marchara por mi propia voluntad, ¿no?
— Bueno, pensé que si lograba que te cansaras de mí, siempre me quedaría el consuelo de creer que tú realmente no me querías... ¿comprendes?
Tania movió la cabeza lentamente.
— No puedo.
— ¿Por qué? ¿No me crees? ¿Se te ocurre alguna otra razón para que te dejara quedarte? Sobre todo después de que mi abuela se metiera por medio.
— Yo... llegué a pensar que me odiabas y que me culpabas de lo ocurrido.
— ¿Odiarte? — dijo Finn elevando la mirada — . Pero, amor mío, tú no sabes lo difícil que era para mí no tocarte...
Tania se estremeció.
— ¿Y la carta?
— Ah, sí, la carta. Llegó en el momento crucial; de haberlo sabido, Abigail no lo podría haber hecho mejor. Aquella tarde, antes de que Alice llegara, yo había decidido declararme. ¡Demonios! Si no nos hubiera interrumpido, habría dejado a un lado todas mis cautelas... Acababas de descubrir que yo había vuelto a tocar el piano... no te lo dije antes por qué quería hacerlo lo mejor posible para darte una sorpresa, y necesitaba tiempo. Después... ya sabes lo que pasó: llegó la carta de Abigail y yo no

estaba en condiciones de leerla con serenidad y distinguir lo verdadero de lo falso... Me comporté como un loco y tú te marchaste.
— ¡Pero si me marché es porque tú me dijiste que me fuera!
— No era la primera vez que te lo pedía — dijo Finn suavemente — . ¿Por qué las otras veces no me obedeciste y entonces sí?
Tania carraspeó con dificultad.
— Supongo... que porque en esa ocasión te había escrito Abigail. Pero dime, ¿por qué luego le pediste que fuera a verte?
— Porque tenía que dejar claro de una vez para siempre que nuestra asociación de intereses había terminado.
— Pero ella vino a mi casa.
— Después de haber hablado conmigo, claro. No me extraña, tu madre es una mujer rencorosa. Como había fracasado conmigo, tenía que hacerte daño a ti a cambio.
— Pero... — dijo Tania en tono vacilante — . ¿Le contaste que yo me quedé en Red Hills en contra de tu voluntad?
— Sí. Cuando me contó la historia de que había sido ella quien te había convencido para que fueras conmigo, yo le dije que no lo creía. La prueba era que tú no te habías querido marchar aún a pesar mío. Eso le dije.
— ¡Ah! ¿Y qué pasó entonces?
Finn suspiró.
— Se marchó; no sin antes lanzar imprecaciones y amenazas, pero los dos sabíamos que no tenían ya razón de ser. En nuestra relación los sentimientos nunca habían contado para nada. No te creas lo que pueda haberte dicho.
— Lo sé. Te creo a ti. Pero Finn, ¿por qué has tardado tanto en venir?
Finn la miraba insistentemente, mientras le acariciaba el muslo con ternura.
— Porque antes tenía que demostrarme a mí mismo ciertas cosas. Te envié mi pieza de música para que fueras comprendiendo que te quería, pero como no recibía contestación...
— ¿Es que la esperabas?
— Sí, tenía que empezar a saber algo de ti. Sin embargo, tu ausencia me obligó a llevar a cabo una idea que tú misma me habías dado.
— ¿Yo?
— Sí, tú — replicó Finn con una mirada ardiente — . La música... ¿no te acuerdas? ¿Intentaste publicarla?
— Sí, no exactamente la pieza que te había enviado, sino otras.
— ¿Y qué te dijeron? — preguntó Tania expectante.
— Bueno... no es tan fácil, pero al menos me he puesto en contacto con ese mundillo y he hecho amigos.
— ¡No acudirías a Ariel Zeus!
— No. Hablé con Max Gipson. Nos habíamos visto en Estados Unidos. Vino al club una noche, poco después de que yo conociera a Abigail, y me escuchó tocar algunas canciones mías. Me dijo que si alguna vez me quería dedicar a componer en serio, me pusiera en contacto con él. Pero ya sabes cómo es la gente... Te prometen cosas. Yo no tenía muchas esperanzas, pero resulta que le han gustado las dos canciones que le envié y está dispuesto a grabar él mismo una de ellas.
— ¡Oh, Finn!

Tania estaba maravillada. Max Gipson era uno de los cantantes más famosos del pop americano.
— Qué bien, ¿verdad? — exclamó Finn. Y en tono suplicante, añadió — . Entonces, ¿qué dices? ¿Me perdonas por todo?
— ¡Pero Finn! Si siempre has sabido que te amo. Por favor, bésame. Te prometo que esta vez no te detendré.
— Así que este es tu dormitorio — murmuró Finn, incorporándose sobre la almohada — . Es muy bonito. Al entrar no lo he apreciado, porque estaba demasiado ocupado mirándote a ti...
Tania esbozó una sonrisa trémula, y se acurrucó contra él por debajo de las sábanas. Le resultaba difícil creer tanta felicidad.
Finn le retiró el pelo empapado de sudor de la frente.
— Estás muy pálida, Tania. Tenemos que hacer algo. ¿A ti te gusta Cancún? He pensado que podríamos pasar parte de nuestra luna de miel allí. Después Max nos ha invitado a su casa de Los Angeles.
Tania se dejó besar el cuello con delicia.
— ¡Con tal de estar contigo me da igual cualquier parte!
— Lo mismo pienso yo. Oye, Tania... ese Ariel Zeus que has mencionado antes, ¿quién es?
— El mismo de los discos Zeus.
— Ah, ¿sí? ¿Y cómo es que le conoces?
— Peter es amigo suyo, y le enseñó la canción que me mandaste. Y, bueno... Zeus quiere producirla. Peter vino el otro día a proponérmelo, pero me negué.
— ¿Por qué?
— Porque era tuya, no mía. Le dije a Peter que hablara directamente contigo.
— Pero si yo te la había dado — repuso Finn — . ¿Sabes? Creía que quizás el título te persuadiría para volver.
— Concertó... ¿por qué?
— Porque es una pieza en tres movimientos — murmuró Finn apoyando la cabeza sobre la suave piel de sus senos — . Tú y yo habíamos compartido los dos primeros... Faltaba el tercero.
Tania se arqueó de placer al sentir la boca húmeda de él en su pecho.
— ¡Oh, Finn! Ámame — dijo apenas sin aliento.
Y sus movimientos fueron una invitación voluptuosa que Finn no pudo resistir.

Fin